

Γ
CORRER CON
LOS CABALLOS



*La Búsqueda
de Una Vida Mejor*

EUGENE H. PETERSON

*Corro por el camino de tus mandamientos, porque has
ampliado mi modo de pensar.*

Salmo 119:32 (NVI)

CORRER CON LOS CABALLOS

También en español por Eugene H. Peterson

*Una obediencia larga en la misma dirección:
El discipulado en una sociedad instantánea*

La Búsqueda
de Una Vida Mejor

EUGENE H. PETERSON

EDITORIAL
PAIDOS

CORRER CON
LOS CABALLOS

Correr con los caballos

©2006 por Editorial Patmos, Miami, Florida, U.S.A.

Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés con el título *Run with the Horses* por InterVarsity Press, Downer's Grove, Illinois USA

© 1983 por Inter-Varsity Christian Fellowship of the United States of America

Las citas bíblicas utilizadas en este libro han sido tomadas en su mayoría de la Nueva Versión Internacional – NVI – 1,999 de la Sociedad Bíblica Internacional.

Traducido al español por Marisoly Álvarez-Scarpitta
Diagramación: Wagner de Almeida

ISBN:1-58802-268-4

Categoría: Vida cristiana

*Para Eric
también hijo de un sacerdote*

1 ¿Cómo competir con los caballos?	9
2 Jeremías	19
3 Antes	31
4 Soy sólo un muchacho	43
5 No confíes en palabras de mentira	55
6 Desciende a casa del alfarero	67
7 Pasur azota a Jeremías	77
8 Mi herida incurable	87
9 Veintitrés años... sin cesar	101
10 Toma un rollo en blanco y escribe en él	111
11 La casa de los recabitas	121
12 Carta a los exiliados	133
13 Capitán... Rey... Eunuco	145
14 Compré el campo de Anatot	155
15 Contra las naciones	167
16 En tierra de Egipto serán exterminados	179
Notas	191

1 ¿Cómo competir con los caballos?

Si corriste con los de a pie y te cansaron, ¿cómo contenderás con los caballos? Y si en la tierra de paz no estabas seguro, ¿cómo harás en la espesura del Jordán?

Jeremías 12:5

Mi queja hacia la sociedad contemporánea es su decrepitud. Existen pocos placeres que sean lo suficientemente llamativos como para tentarme, casi no hay belleza que me hechice, nada erótico que me excite, posición o círculo intelectual que me rete o me provoque, ni filosofías o teologías florecientes o arte nuevo que capte mi atención o cautive mi mente, ningún movimiento político, social o religioso apasionante que me estimule o emocione. No hay hombre libre que me guíe, ni santo que me inspire. No hay pecadores lo suficientemente pecaminosos como para que me impresionen o que compartan mis dificultades. Nadie lo suficientemente humano como para validar el estilo de vida "vigente". Es difícil mantenerse en un mundo tan aburrido sin terminar siéndolo también.

Confío el futuro a los pocos humildes que aman sinceramente y que buscan a Dios apasionadamente en el mundo maravilloso y desordenado de realidades redimidas y relacionadas que yacen frente a nuestras narices.

William McNamara¹

El gran misterio es por qué tantas personas viven tan pobremente. Más que pecaminosamente, neciamente. Más que cruelmente, estúpidamente. Existe poco que admirar y mucho menos que imitar en las personas destacadas de nuestra cultura. Tenemos celebridades, pero no santos. Famosos animadores entretienen a una nación de aburridos insomnes. Criminales infames llevan a cabo las agresiones de tímidas conformistas. Atletas consentidos y petulantes juegan en lugar de holgazanes y apáticos espectadores. La gente, aburrida y sin propósito, se entretiene a sí misma con basura y trivialidades. Ni la aventura de la bondad ni la búsqueda de la rectitud ocupan los titulares.

El hombre moderno es "un negocio sombrío", dice Tom Howard. "Para disgusto nuestro hemos descubierto que la declaración de autonomía no fue emitida por una raza de hombres libres y magistrales, sino más bien por una raza que puede ser descrita por sus poetas y dramaturgos sólo como aburrida, irritada, desesperada, amargada y congestionada".²

Esta condición ha producido un raro fenómeno: individuos que viven vidas triviales y luego se involucran en hechos malvados para darles significado. Asesinos y secuestradores que intentan dar el brinco de la oscuridad a la fama matando a una persona prominente o poniendo en peligro las vidas de quienes viajen en un avión. Con frecuencia tienen éxito. Los medios de comunicación hacen públicas sus palabras y muestran sus acciones. Los escritores compiten entre sí analizando los motivos y proveyendo perfiles psicológicos de éstos. Ninguna otra cultura ha estado tan ávida en recompensar el sinsentido y la maldad.

Si miramos, por otro lado, a nuestro alrededor para saber lo que significa ser una persona madura, íntegra y bendecida, no encontramos mucho que ver. Estas personas están a nuestro alrededor, quizás muchos más de los que hubo nunca, pero son difíciles de localizar. Ningún reportero los entrevista. Ningún show los toma en cuenta. No son admirados. No son imitados. No marcan la moda. No tienen valor monetario alguno. No se da un Oscar a la integridad. Al finalizar el año nadie elabora una lista con las diez vidas más decentes.

Sed por la integridad

De igual forma, seguimos teniendo una sed insaciable por la integridad, un hambre por la rectitud. Cuando nos disgustamos verdaderamente con los cretinos y farsantes que se nos presentan diariamente como celebridades, algunos de nosotros volvemos a las Escrituras para satisfacer nuestra necesidad de alguien a quien imitar. ¿Qué significa ser un verdadero hombre, una verdadera mujer? ¿Qué forma toma en la vida diaria la humanidad auténtica y madura?

Cuando vamos a las Escrituras en busca de ayuda en este tema, podemos sorprendernos. Una de las primeras cosas que nos impresionan sobre los hombres y mujeres de las Escrituras es que fueron decepcionantemente poco heroicos. No encontramos ejemplos morales espléndidos. No encontramos modelos virtuosos impecables. Esto es siempre algo que impresiona a los lectores novatos de la Biblia: Abraham mintió, Jacob traicionó, Moisés murmuró y se quejó, David cometió adulterio, Pedro blasfemó.

Leemos y comenzamos a sospechar una intención: una estrategia consistente para demostrar que las figuras grandes y significativas en la vida fueron creadas del mismo barro que el resto de nosotros. Encontramos que la Biblia es parca en la información que da sobre las personas mientras que es generosa en lo que nos dice sobre Dios. Se rehúsa a alimentar nuestras ansias por héroes a quienes adorar. No complacerá nuestro deseo adolescente de unirnos a club de fanáticos. La razón es, creo yo, bastante clara. Los clubes de fanáticos alientan vidas de segunda mano. Por medio de fotografías y objetos que pertenecieron a personajes famosos, autógrafos y visitas turísticas, nos asociamos con alguien cuya vida es (según nosotros) más emocionante y glamorosa que la nuestra. Encontramos diversión en nuestra propia existencia monótona a través de la vida de alguien exótico.

Lo hacemos porque estamos convencidos de que somos pocos atractivos y ordinarios. El pueblo o ciudad en que vivimos, el vecindario en el que crecimos, los amigos que frecuentamos, las familias o matrimonios que tenemos, todo parece ser tan irrelevante. No encontramos la manera de ser importantes en tales áreas, con tales compañías, entonces nos rodeamos de evidenci-

as de alguien que sí lo es. Llenamos nuestras fantasías con imágenes de una persona que vive más aventuradamente que nosotros. Tenemos gente emprendedora a nuestro alrededor que nos provee (por un precio, por supuesto) con el material para encender el fuego de estas vidas de segunda mano. Hay algo triste y lamentable en todo este negocio, pero florece aún así.

Las Escrituras, sin embargo, no participan en este juego. Algo muy diferente sucede en la vida de la fe: cada persona descubre todos los elementos de una aventura única y original. Se nos previene acerca de seguir las huellas de alguna otra persona y se nos llama a una incomparable asociación con Cristo. La Biblia pone muy en claro que cada vez que hay una historia de fe, esta es completamente original. El genio creativo de Dios no tiene fin. Él jamás, fatigado e incapaz de sostener los rigores de la creatividad, recurre a la producción en masa. Cada vida es un lienzo nuevo en el cual usa líneas y colores, sombras y luces, texturas y proporciones que jamás había usado antes.

Vemos lo *que* es posible: todos y cada uno de nosotros somos capaces de vivir una vida entusiasta que sobrepase los límites de un estereotipado envase que una sociedad cohibida por el pecado provee. Este tipo de vidas unen espontaneidad y propósito y reviven un paisaje deshidratado con significado. Vemos también *cómo* es posible: sumergiéndose en una vida de fe, participando en lo que Dios inicia en cada vida, explorando lo que Dios está haciendo en cada evento. Las personas que vemos en cada página de las Escrituras son extraordinarias por la intensidad con la que viven siguiendo a Dios, la minuciosidad con la cual todos los detalles de sus vidas son incluidos en la palabra de Dios para ellos, en el actuar de Dios en ellos. Son estas personas, quienes son conscientes participar en lo que Dios dice y hace, quienes son más humanos, quienes están más vivos. Estas personas son evidencia de que a ninguno de nosotros se nos pide que vivamos "a este pobre y mediocre nivel" otro día más, otra hora más.

Un modelo de Hombre

Esta cualidad doble de las Escrituras –la capacidad de intensificar una pasión por la excelencia combinada con una indiferencia

hacia los logros humanos como tales— me llama poderosa y particularmente la atención en el libro de Jeremías.

Cleanth Brooks escribió lo siguiente: “Uno busca un modelo de hombre, intentando en un mundo crecientemente deshumanizado identificarse a sí mismo con un hombre que actúe como un ser moralmente responsable y no que ande como si fuera un mero objeto”.³ Jeremías es, en mi opinión, un “modelo de hombre”, una vida excelencia que los griegos llamaron *aretê*. En Jeremías está muy claro que la excelencia viene de una vida de fe, de estar cada vez más interesado en Dios que en sí mismo, y que tiene casi nada que ver con comodidades, fama o logros personales en la historia. Jeremías estimula mi pasión por una vida plena. Al mismo tiempo, cerraba firmemente la puerta contra intentos de alcanzar esta clase de vida por medio de la autopromoción, autosatisfacción o mejoramiento propio.

Es extremadamente difícil ilustrar la bondad de manera atractiva; es mucho más sencillo retratar a un canalla interesante. Todos nosotros tenemos mucho más experiencia en el pecado que en la bondad, por lo que un escritor tiene más material imaginario con que trabajar para crear un personaje malo que uno bueno. En novelas, poemas y obras de teatro la mayoría de los personajes memorables son villanos o víctimas. La gente buena, de vidas virtuosas, parecen un poco tontas. Jeremías es una impresionante excepción. En la mayor parte de mi vida adulta me ha atraído. La complejidad e intensidad de esta persona capturó y retuvo mi atención. Lo cautivante en este hombre es su bondad, su virtud, su excelencia. Tuvo una vida plena. No tuvo una vida color de rosas, al contrario, atravesó tormentas violentas de hostilidad y la furia de la duda amarga. No hay un solo rastro de satisfacción, complacencia o ingenuidad en Jeremías. Cada músculo de su cuerpo fue presionado hasta el límite por la fatiga, cada pensamiento en su mente fue sujeto al rechazo, cada sentimiento en su corazón fue sometido al ridículo. La bondad en Jeremías no significó “ser bueno”. Fue algo más como la *valentía*.

Jeremías me ha ayudado a nivel personal, pero también pastoralmente, y los intereses personales y pastorales convergen entre sí. Como pastor reto a otros a vivir una vida plena y proveo guía

para hacer esto. Pero, ¿cómo hacer esto sin estimular inadvertidamente el orgullo y la arrogancia? ¿Cómo estímulo el apetito por la excelencia sin alimentar al mismo tiempo la determinación egoísta de hacer caer a todo aquel que se atravesase en el camino? En todas partes encontramos voces alentadoras que abogan por una vida mejor. Es bueno tal estímulo. El consejo, sin embargo, que acompaña este estímulo ha introducido una malicia ilimitada en nuestra sociedad, y me opongo enérgicamente a él. El consejo es que podemos alcanzar nuestra plena humanidad por medio de la satisfacción de nuestros deseos. Esto ha sido una receta para la miseria para millones.⁴ El consejo bíblico sobre este asunto es claro: “no se haga mi voluntad, sino la tuya”. Pero, ¿cómo puedo guiar a otras personas a que se nieguen a sí mismos sin que tengan la idea errónea de que estoy estimulándolos a ser la alfombrilla en la cual todos limpian sus zapatos? El difícil arte pastoral consiste en alentar a la gente a crecer en excelencia y a vivir de manera generosa, a perderse y encontrarse a sí mismo al mismo tiempo. Es paradójico, pero no imposible. Jeremías resalta entre quienes lo han hecho: una identidad plenamente desarrollada (y, por lo tanto, extraordinariamente atractiva) y una persona completamente desinteresada (y, por lo tanto, maduramente sabia). Por medio de conversaciones, charlas, retiros, sermones, Jeremías ha sido un ejemplo y mentor para mí a lo largo de veinticinco años.

Una búsqueda por la excelencia

Vivimos en una sociedad que trata de disminuirnos hasta el nivel de zombis de tal forma que corramos mecánicamente, comprando y consumiendo. Es necesario reaccionar. Jeremías es una reacción: un ser humano bien desarrollado, maduro y robusto, viviendo por la fe. Mi procedimiento aquí es seleccionar las partes biográficas del libro de Jeremías y reflexionar en ellas en el contexto de la vida cotidiana actual. Se conoce más de la vida de Jeremías que de cualquier otro profeta, y su vida es mucho más significativa que su enseñanza.⁵ Es digno de mención, creo yo, que cuando la gente trataba de identificar a Jesús, Jeremías era uno de los nombres que salían a relucir (Mt. 16:14). Enlistando la imaginación piadosa en el examen meditativo de estas páginas

de las Escrituras, espero provocar la insatisfacción por cualquier cosa que no sea lo mejor. Deseo proveer documentación fresca de que la única manera en la que cada uno de nosotros puede tener una vida plena es a través de una vida de fe radical en Dios. Cada uno de nosotros necesita ser movido a llevar una vida plena, tomar conciencia de los hábitos morales torpes, sacudirse de las tareas banales e insignificantes. Jeremías hizo esto por mí. Y no sólo por mí. Millones de cristianos y judíos han sido motivados y guiados hacia la excelencia a medida que han atendido a la palabra de Dios dada a y por medio de Jeremías.

He ordenado los pasajes que he escogido para reflexión en orden aproximadamente cronológico. El libro de Jeremías no está ordenado en sí mismo de manera cronológica, y contiene en sí mismo algo más que biografía. Esto significa que los lectores no pocas veces son confundidos por las transiciones y luchan por encontrar el lugar apropiado para cada dicho. No he intentado resolver estos acertijos o explicar las dificultades. Tampoco he descrito el complejo trasfondo histórico internacional de la época, conocimiento que es de inmensa ayuda en la lectura del libro de Jeremías. Esto significaría escribir otro tipo de libro mucho más largo. Para los lectores que quieran ampliar su conocimiento de Jeremías y ser guiados detalladamente a través del texto, recomiendo tres libros: *Jeremiah and Lamentations* (Jeremías y Lamentaciones) de R.K. Harrison (InterVarsity Press) para una introducción buena e interesante al mundo y mundo de Jeremías; *The Book of Jeremiah* (El Libro de Jeremías) de John A. Thompson (Editorial Eerdmans) para un tratamiento más avanzado y detallado; y *Jeremiah* (Jeremías) de John Bright (Editorial Doubleday) para un estudio más completo del profeta y su profecía.

Competiendo con caballos

Vitezslav Gardavsky, el filósofo y mártir checo que murió en 1978, tomó Jeremías como su "modelo de hombre" en su campaña contra una sociedad que planeaba cuidadosamente cada detalle de su existencia material eliminando el misterio y el milagro, y extrayendo toda libertad a la vida. En su libro *God Is Not Yet Dead* (Dios aún no está muerto), dice que la terrible amenaza contra la

vida no es la muerte, ni el dolor, ni ninguna variación en los desastres de los cuales tratamos obsesivamente de protegernos por medio de nuestros sistemas sociales y estrategias personales. La terrible amenaza es "que podemos morir antes de nuestra muerte física, antes de que la muerte sea una necesidad natural. El verdadero horror yace en esta muerte *prematura*, una muerte después de la cual seguiremos viviendo por muchos años".⁶

Existe un memorable pasaje referente a la vida de Jeremías cuando, agobiado por la oposición y absorto en la autocompasión, estuvo a punto de rendirse a esta muerte prematura. Él estaba listo para abandonar su llamado único en Dios y ser un número estadístico más en Jerusalén. En aquel momento crítico, escuchó la reprimenda: "Si corriste con los de a pie y te cansaron, ¿cómo contenderás con los caballos? Y si en la tierra de paz no estabas seguro, ¿cómo harás en la espesura del Jordán" (Jer. 12:5). El bioquímico Edwin Chargaff actualizó las preguntas: "¿Qué quieres alcanzar? ¿Grandes riquezas? ¿Un pollo más barato? ¿Una vida más feliz, más larga? ¿Es poder sobre tus vecinos lo que buscas? ¿O buscas mayor sabiduría y una piedad más profunda?"⁷

La vida es difícil, Jeremías. ¿Te vas a rendir con la primera señal de oposición que se presente? ¿Te vas a retirar cuando has descubierto que la vida es mucho más que tres comidas al día y un lugar cómodo donde dormir por la noche? ¿Vas a salir corriendo en el momento en que hombres y mujeres están más interesados en mantener tibios los pies que en vivir para la gloria de Dios? ¿Vas a vivir cobarde o valientemente? Te llamé para que tuvieras una vida plena, para que buscaras la rectitud, para que fijaras tu rumbo hacia la excelencia. Es más sencillo ser neurótico, lo sé. Es más sencillo ser un parásito. Es más sencillo relajarse en los brazos tiernos de La Media. Es menos complicado, pero no mejor. Más fácil, pero no más significativo. Más sencillo, pero no más satisfactorio. Te llamé a una vida con propósito más allá de lo que crees que eres capaz de vivir y te prometí las fuerzas adecuadas para cumplir tu destino. Ahora, a la primera señal de dificultad te quieres rendir. Si estás fatigado con esta muchedumbre corriente de mediocres apáticos, ¿cómo estarás cuando la verdadera carrera comience, la carrera contra los rápidos y determinados caballos

de la excelencia? ¿Qué es lo que en realidad quieres, Jeremías, arrastrarte con la multitud, o correr con los caballos?

Es comprensible que existan cosas que nos alejen de la excelencia, el riesgo, la fe. Es más sencillo definirse a sí mismo mínimamente (“un bípedo desemplumado”) y vivir de manera segura dentro de aquella definición que ser definido máximamente (“poco menos que Dios”) y vivir aventuradamente en esta realidad. Es poco probable, creo yo, que Jeremías fuera espontáneo o rápido en su respuesta a la pregunta de Dios. Los ideales extáticos de una vida nueva han sido salpicados con el cinismo del mundo. El ímpetu eufórico del entusiasmo juvenil ya no estaba más en él. Él sopesó las opciones. Evaluó el costo. La duda lo llevó de un lado al otro. Cuando la respuesta llegó, ésta no fue verbal sino biográfica. Su vida fue la respuesta: “Competiré con los caballos”.

2 Jeremías

Las palabras de Jeremías hijo de Hilcías, de los sacerdotes que residieron en Anatot, en tierra de Benjamín. Palabra de Jehová que le vino...

Jeremías 1:1-2

¿Qué hay en un nombre? La historia de la raza humana está escrita en nombres. Nuestros amigos objetivos no entienden que están en un mundo de objetos que pueden ser contados y numerados. Han reducido los grandes nombres del pasado a polvo y cenizas. Lo llaman historia científica. Sin embargo, el significado completo de la historia está en la prueba de que antes del presente vivió gente que es importante conocer.

Eugen Rosenstock-Huussy¹

La primera cosa que recuerdo que quería ser cuando creciera era ser un guerrero indio. El lugar en donde crecí había sido tierra indígena hasta hacía un par de generaciones antes de que yo naciera. Podía ir caminando desde mi casa hasta las faldas de las Montañas Rocosas en veinte minutos. La mayoría de los sábados durante los años de mi infancia llevaba conmigo mi almuerzo y pasaba el día en aquellas colinas, explorando los bosques y riachuelos, imaginándome a mí mismo enfrentándome habilidosamente contra traicioneros indígenas.

Si alguien me hubiera presionado para explicar lo que hacía en aquellos paseos, no estoy seguro de que lo habría hecho, pero los sentimientos son aún fuertes y vívidos en mi memoria: un sentimiento de aventura en el desierto en contraste con la vida segura y prosaica del pueblo; un sentimiento de bondad en lucha con el mal, ya que en aquellos días las únicas historias sobre indígenas que yo había oído los presentaban arrancando la cabellera a inocentes viajeros.

Todas las grandes historias del mundo tratan sobre uno de estos dos temas: que toda la vida es una exploración como aquella de la *Odisea* o que toda la vida es una batalla como aquella de la *Iliada*. Las historias de Odisea y Aquiles son arquetípicas. La infancia de cada uno provee la materia prima que es moldeada por gracia en la vida de una fe madura.

La mayoría de mis suposiciones aquellos maravillosos sábados eran incorrectas. El desierto que yo pensaba estaba explorando era propiedad de la Ferroviaria Great Northern y su destrucción ya había sido tramada por ejecutivos en algún rascacielos de la ciudad de Nueva York; los indígenas que yo creía eran oscuros asesinos, eran en realidad, como supe luego, nobles y generosos, víctimas de la rapacidad de los primeros colonos. Mis supuestos eran incorrectos; aunque dos cosas fueron esencialmente ciertas en cuanto a lo que experimenté. Primero, la vida era mucho más allá de lo que yo había conocido hasta entonces en mi hogar y en la escuela, en las calles y callejones de mi pueblo, y era importante saber que era, ir fuera y explorar. Segundo, la vida era una lucha del bien contra el mal y la batalla era por los más altos intereses: la victoria del bien sobre el mal, de la bondad sobre la

maldad. La vida es una continua exploración de una mayor realidad. La vida es una constante batalla contra todo aquel o todo aquello que corrompa o minimice su realidad.

Luego de unos cuantos años recorriendo aquellas colinas sin encontrar nunca indígenas, me di cuenta que el mercado laboral para guerreros indígenas había cesado. Me vi forzado a abandonar aquella fantasía, y lo hice de muy buena gana cuando llegó el momento, porque he creído siempre que la realidad es mucho mejor que la fantasía. Al mismo tiempo me encontré a mí mismo bajo la presión de abandonar la opinión que siempre había tenido que la vida es una aventura y es también una competencia. No lo hice entonces, y no lo haré ahora.

Algunas personas a medida que crecen se vuelven menos. Cuando eran niños tenían gloriosas ideas de quienes eran y de lo que la vida tenía para ellos. Treinta años después nos encontramos con que se han dedicado a algo sucio y estúpido. ¿Qué hace que las aspiraciones de la infancia se transformen en anemia adulta?

Otras personas a medida que crecen se vuelven más. La vida no es un declive inevitable hacia la estupidez; para algunos es un ascenso a la excelencia. Lo fue para Jeremías. Jeremías vivió alrededor de sesenta años. A lo largo de su vida no hubo signo alguno de deterioro o marchitamiento. Siempre presionó los límites de la realidad, explorando nuevos territorios. Siempre fue vigoroso en la batalla, retando y probando al mezquino, al falso, al infame.

¿Cómo lo hizo? ¿Cómo lo hago yo? ¿Cómo me deshago de las fantasías de la infancia y, al mismo tiempo, aumento mi presencia en la realidad de la vida? ¿Cómo abandono lo infantil manteniendo la percepción profundamente acertada del niño de que la vida es una aventura, de que la vida es una competencia?

¿Qué hay en un nombre?

El libro de Jeremías comienza con un nombre propio, *Jeremías*. Otros siete nombres propios le siguen: Hilcías, Benjamín, Josías, Amón, Judá, Joacim, Sedequías. El nombre propio es la parte más importante de la oración en nuestro idioma. El grupo de nombres propios que da inicio al libro de Jeremías hace alusión exactamente a lo que es más característico de Jeremías: el rol personal en

contraposición con el rol estereotipado, lo individual en contraste con la borrosa multitud, el espíritu único en contraste con el humor cultural generalizado. El libro en el cual encontramos el más memorable registro de lo que es ser humano en el sentido más completo y desarrollado, comienza con nombres propios.

El dar nombre se refiere a lo esencial. Este acto, un acto que ocurre al comienzo de la vida de cada uno, tiene un enorme significado. Todos hemos recibido un nombre. Desde entonces el curso de la vida es trazado en el océano de la realidad en búsqueda de la rectitud. Eugen Rosenstock-Huussy ha extraído el significado de dar nombre: "El nombre es el estado del habla en el cual no hablamos de la gente, las cosas o los valores, sino en el cual hablamos *a* las personas, las cosas, los valores... El nombre es la manera correcta de llamar a una persona para que ella responda. El significado original del lenguaje fue este mismo hecho, que pudiera ser usado para hacer que las personas respondan".²

Al nacer recibimos un nombre, no un número. El nombre es la parte de la oración por medio del cual somos reconocidos como personas. No somos clasificados como una especie animal. No somos etiquetados como un componente químico. No somos valuados por nuestro potencial económico ni recibimos un valor en dinero. Recibimos un nombre. El nombre que recibimos no es tan importante como el acto de *recibirlo*.

La estatura impresionante de Jeremías como ser humano — Ewald lo llama "el profeta más humano"³— y la creciente vitalidad de aquella humanidad por sesenta años tiene su origen en haber recibido un nombre, junto con la centrada seriedad con la que tomó su nombre y el nombre de otros. "Ser llamado por su verdadero nombre es parte del proceso de convertirse en sí mismo de todo oyente. Debemos recibir de otros un nombre; esto es parte de nacer completamente".⁴ Jeremías recibió un nombre y estuvo inmerso en nombres. Nunca fue reducido a una función o absorbido por una moda sociológica, ni capituló ante una crisis histórica. Su identidad e importancia se desarrollaron a partir del acto de recibir un nombre y su respuesta a él. El mundo de Jeremías no comienza con la descripción del escenario o un esbozo de la cultura, sino con ocho nombres propios.

Cada vez que pasamos de nombres propios a etiquetas abstractas, gráficos o datos estadísticos, estamos menos en contacto con la realidad y disminuimos nuestra capacidad de tratar con lo que es mejor y en el centro de la vida. Somos siempre, no obstante, estimulados a hacer esto. En muchas áreas de la vida la transmisión adecuada de nuestro número de carné de identidad es más importante que la integridad con la que vivimos. En muchos sectores de la economía el título que ostentamos es más importante que nuestra habilidad para hacer cierto trabajo. En muchas situaciones la imagen pública que la gente tiene de nosotros es más importante que las relaciones personales que desarrollemos con ellos. Cada vez que nos plegamos a este movimiento de lo personal a lo impersonal, de lo inmediato a lo remoto, de lo concreto a lo abstracto, somos disminuidos, somos menos. Se requiere resistencia si deseamos mantener nuestra humanidad.

“Es un desastre espiritual”, advierte Thomas Merton, “que un hombre se conforme con su identidad exterior, con la fotografía tipo pasaporte de sí mismo. ¿Acaso su vida se reduce a sus huellas digitales?”⁵ Pero las fotos tipo pasaporte, normalmente, son preferidas, incluso exigidas, en la mayoría de nuestras relaciones en el mundo.

Haciendo los preparativos para viajar a otro continente, solicité un pasaporte. Presenté mi certificado de nacimiento junto con la planilla de solicitud. El empleado de la oficina postal al cual entregué el documento era un hombre al cual había conocido personalmente por diecinueve años. Éste rechazó la solicitud: Yo no había presentado el certificado original de nacimiento, sino una fotocopia. Le traje entonces el documento original que también fue rechazado porque debía estar en relieve. Escribí al estado en donde había nacido y pagué por una copia grabada. Todo aquel tiempo había estado tratando con una persona que sabía mi nombre y había visto mi vida en la comunidad por diecinueve años. Este conocimiento personal de primera mano había sido rechazado a favor de un documento impersonal.

Creo que puedo reconstruir los hechos que justifican tal procedimiento. Existe el peligro de espionaje extranjero. Nuestro gobierno tiene la responsabilidad de mantener a nuestro país seguro. No sería confiable depender de la lealtad del personal y el

conocimiento de un trabajador de la oficina postal para determinar la identidad de nadie. Insistir en un certificado de nacimiento grabado es una forma de evitar falsificaciones.

En mi situación el procedimiento fue más divertido que frustrante, pero el incidente en sí mismo, un inconveniente menor, es síntoma de un mayor peligro a nuestra humanidad: si soy tratado frecuente y autoritativamente de manera impersonal, comienzo a pensar en mí mismo de la misma forma. Me considero a mí mismo en términos de cómo encajo dentro de las normas estadísticas; me evalúo a mí mismo en términos de mi utilidad; hago un avalúo de mí mismo en relación a lo mucho o lo poco que otros me quieren. En el proceso de seguir estos procedimientos me encuentro a mí mismo definido por una etiqueta, restringido a una función, funcionando al nivel de mi número de carné de identidad. Se requiere de un esfuerzo firme y sostenido para mantener nuestros nombres al frente. Nuestros nombres son más importantes que el devenir en la economía, mucho más importantes que las crisis de las ciudades, mucho más importantes que un gran paso adelante en la exploración espacial. Esto es así porque un nombre se dirige exclusivamente a la criatura humana. Un nombre reconoce que soy esta persona y no otra distinta.

Nadie puede valorar mi importancia examinando el trabajo que hago. Nadie puede determinar mi valor decidiendo el salario que me pagarán. Nadie puede saber que es lo que hay en mi mente examinando mis calificaciones escolares. Nadie puede conocerme midiéndome, pesándome o analizándome. Llámenme por mi nombre.

Un camino de esperanza

Los nombres no sólo hacen referencia a lo que somos, irremplazablemente humano, también anticipa lo que seré. Los nombres nos llevan a ser lo que seremos. Una vida de crecimiento y desarrollo es anunciado por un nombre. Los nombres *significan* algo. Un nombre propio designa lo que es irreductiblemente personal, y también nos llama a ser lo que todavía no somos.

El significado de un nombre no se descubre por medio de etimología experta o mediante introspección meditativa. No es validado tampoco mediante aprobación burocrática, y ciertamente

tampoco es revelado a través de la vanidad de las relaciones públicas. El significado de un nombre no se encuentra en el diccionario, ni en la inconciencia, ni en el tamaño de la letra. Su significado lo encontramos en *relación* con Dios. Fue el Jeremías al que le vino "palabra de Jehová" el que se dio cuenta de cuál era su auténtico y eterno ser.

Otorgar nombre es una forma de esperanza. Asignamos un nombre a un niño en memoria de alguien o en base a alguna cualidad que esperamos que ella o él tenga en el futuro: un santo, un héroe, un antecesor admirado. Algunos padres trivializar esto dando a sus hijos los nombres de alguna estrella de cine o alguien millonario. ¿Inofensivo? ¿Lindo? Pero tenemos una forma de tomar las identidades que nos son asignadas. Millones viven el engaño superficial del artista y la codicia explotadora del millonario porque, en parte, gente importante en sus vidas les asignaron un papel o fantasearon una ilusión y fallaron en esperar un futuro humano para ellos.

Cuando tome un infante en mis brazos ante la pila bautismal, le pregunto a los padres, "¿Cuál es el nombre cristiano de este niño?" No les pregunto solamente, "¿Quién es el niño al que estoy sosteniendo?", sino también, "¿Qué desean que llegue a ser este niño? ¿Qué visión tienen para esta vida?" George Herbert sabía del poder evocativo de dar nombre cuando dijo a sus compañeros pastores en la Inglaterra del siglo dieciséis que en el bautismo "no admitían nombres vanos o frívolos".⁶

El condado de Yoknapatawpha, en Mississippi, es la región creada por el novelista William Faulkner para demostrar la condición moral y espiritual de la vida en nuestros tiempos. Un examen de los hombres y mujeres que viven allí es un incentivo poderoso para la imaginación para darnos cuenta tanto de los aspectos cómicos como trágicos de lo que está sucediendo entre nosotros avanzamos (o no) en la vida. Unos de los niños se llama Montgomery Ward. Montgomery Ward Snopes.⁷ Es el nombre perfecto para un niño que es entrenado para ser un exitoso consumidor. Si desea que su hijo crezca comprando y gastando, haciendo uso de las diversiones disponibles en los centros comerciales, probando su virilidad comprando cosas, entonces

usted tiene el nombre correcto: Montgomery Ward Snopes, santo patrono de las persona para quien el ritual de compras es el nuevo culto, la tienda por departamentos la nueva catedral, y las páginas publicitarias la Escritura infalible.

Una de las tareas supremas de la comunidad de fe es anunciarnos claramente y lo más pronto posible el tipo de vida dentro de la cual podemos crecer, ayudarnos a fijar nuestra vista en lo que significa ser un ser humano completo. Ninguno de nosotros, por el momento, está completo. Dentro de una hora, dentro de un día, habremos cambiado. Estamos en el proceso de transformarnos en más o en menos. Hay un millón de intercambios químicos y eléctricos sucediendo en cada uno de nosotros en este preciso instante. Transacciones espirituales e intrincadas decisiones morales y están teniendo lugar. ¿En qué nos estamos transformando? ¿En más o en menos?

Juan, escribiendo a la primera comunidad de cristianos, dijo: "Amados, ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal como él es" (1 Jn. 3:2). *Somos* niños; *seremos* adultos. Aún no vemos los resultados de lo que nos estamos transformando, pero conocemos cuál es la meta, ser como Cristo, o en palabras de Pablo, llegar a ser un "hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Ef. 4:13). No nos deterioramos. No nos desintegramos. Nos *transformamos*.

Una vez se le preguntó a William Stafford en una entrevista lo siguiente: "¿Cuándo decidió ser un poeta?" Respondió que la pregunta era incorrecta: todos nacemos siendo poetas, toda persona descubre la forma en que las palabras suenan y funcionan entre sí, cuidado y disfrute en palabras. Yo sólo he seguido haciendo, dijo, lo que todos comienzan a hacer. "La verdadera pregunta es por qué las demás personas dejaron de hacerlo".⁸

Jeremías continuó haciendo lo que todos los demás comienzan a hacer, ser humano. Y nunca se detuvo. Durante más de sesenta años continuó viviendo dentro del significado de su nombre. El significado exacto de *Jeremías* no es seguro: puede significar "El SEÑOR exalta" o "el SEÑOR arroja". Lo que sí es cierto es que "el SEÑOR", el nombre propio de Dios, está en su nombre.

El día en que su hijo nació, Hilcías y su esposa le dieron nombre tomando en cuenta la manera en que Dios actuaría en su vida. Por la esperanza de que verían los años transcurrir y a su hijo como uno en quien el Señor se alzaría: *Jeremías* –el Señor es exaltado. O, por la esperanza que vieron en el futuro de que su hijo sería una persona que Dios lanzaría a la comunidad como una jabalina representativa de Dios, penetrando las defensas del egoísmo con justicia divina y misericordia: *Jeremías* –el Señor arroja. De cualquier forma, está claro que Dios está en el nombre. La vida de Jeremías fue compuesta con la acción de Dios. Los padres de Jeremías vieron a su hijo como un espacio viviente en el cual lo humano y lo divino se integrarían. La vida de Dios, de una u otra forma (¿exaltando?, ¿arrojando?), encontrarían un medio de expresión en el hijo de ellos. Dar nombre no es un capricho; es un medidor de esperanza en relación con el futuro. Y “la esperanza no es un sueño sino una forma de hacer los sueños realidad” (Cardenal L. J. Suenens).

Ningún niño es sólo un niño. Cada uno es una criatura en la cual Dios intenta hacer algo grande y glorioso. Ninguno es sólo el producto de los genes aportados por los padres. Quienes somos y quienes seremos guarda relación con lo que Dios es y con lo que él hace. El amor de Dios, su providencia y salvación, están incluidos en la realidad de nuestra experiencia junto con nuestro metabolismo, tipo sanguíneo y huellas digitales.

La mayoría de los nombres en la historia de Israel estuvieron compuestos con el nombre de Dios. Los nombres anticipaban lo que cada quien sería en su adultez. *Josías*, el Señor sana; *Joacim*, el Señor levantará; *Sedequías*, el Señor es justo; *Jeremías*, el Señor exalta, o el Señor arroja. Algunas de estas personas vivieron según el significado de sus nombres. Jeremías y Josías lo hicieron. Otros, como Joacim y Sedequías, fueron una vergüenza para sus nombres, parodiando con sus vidas la gran promesa de sus nombres. Sedequías tenía un nombre glorioso, pero lo traicionó. Joacim tenía un nombre maravilloso, pero lo abandonó.

Existen al menos tres categorías dentro de las cuales Jeremías pudo haber caído tranquilamente, tomando su lugar entre los profesionales religiosos de su época: profeta, sacerdote u hombre

sabio. Estos eran los roles aceptados para las personas que se preocupaban por las cosas de Dios y el camino de la humanidad. La negativa de Jeremías de aceptar cualquiera de los roles disponibles y su excéntrica insistencia en vivir la identidad de su nombre lo colocó en evidente contraste con la desgastada suavidad de aquellos que se habían adaptado a las expectativas de la opinión personal y quienes habían conseguido el contenido de sus mensajes no preguntando “¿Qué hay para comer?” sino “¿Qué se tragará José?” Su angular integridad expuso la autocomplacencia superficial en la que vivían. Fueron provocados y se enfurecieron: “Venid y preparemos un plan contra Jeremías, porque la instrucción no le faltará al sacerdote ni el consejo al sabio ni la palabra al profeta. Venid calumniémoslo y no atendamos a ninguna de sus palabras” (Jer. 18:18). Sacerdotes, sabios, profetas y afines sintieron que su bienestar profesional estaba siendo amenazado por la singularidad de Jeremías. Presas del pánico, tramaron su desgracia. Su “instrucción”, “consejo” y “palabra” estaban en peligro de ser expuestos como fraudes piadosos por la honestidad y vida apasionada de Jeremías.

Los franceses acuñaron la frase *deformation professionnelle* –deformación profesional- la propensión o tendencia a errar que es inherente al rol que uno haya asumido, vale decir, médico o abogado. La *deformación* a la cual los profetas, sacerdotes y sabios estaban sujetos era promocionar a Dios como una comodidad, usar a Dios para legitimar sus propios intereses. Esto es algo sencillo y frecuente. Sucede sin que se le busque deliberadamente.

*Lo que no había previsto
Fue el día gradual
Debilitando la voluntad
Perdiendo su claridad...⁹*

Un nombre propio, no un papel asignado, es nuestro es nuestra libreta de ahorros dentro de la realidad. Es también nuestra constante orientación dentro de la realidad. Cualquier otra cosa que no es nuestro nombre –título, oficio, número, rol— es menos que un nombre. Separados del nombre que nos marca como creados

de manera única y nos refiere de manera personal, podemos caer en fantasías que están fuera del alcance del mundo real que nos hacen vivir de manera inefectiva e irresponsable. En otros casos, vivimos según el estereotipo que otras personas nos han asignado y que se encuentran fuera del alcance del carácter único con el cual Dios nos creó, y por tanto vivimos reducidos al aburrimiento, perdiendo nuestra claridad.

Jeremías, un nombre unido al nombre y actuar de Dios. La única cosa más importante para Jeremías que su propio ser, era el ser de Dios. Él luchó en el nombre del Señor y exploró la realidad de Dios, y en el proceso creció y se desarrolló, floreció y maduró. Siempre estuvo extendiéndose, encontrando cada vez más la verdad, entrando en contacto más con Dios, haciéndose más él mismo, más humano.

3 Antes

Antes que te formara en el vientre, te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones.

Jeremías 1:5

¿Qué ciencia podrá algún día ser capaz de revelar al hombre el origen, naturaleza y carácter de aquel poder conciente para desear y amar lo que constituye su vida? Ciertamente no es nuestro esfuerzo, ni el de nadie más alrededor nuestro lo que pone a andar tal corriente. Y ciertamente tampoco es nuestra solicitud, ni la de nuestro amigo, la que impide su flujo o controla su turbulencia. Podemos, por supuesto, trazar a los largo de las generaciones algunos de los antecedentes de la corriente que nos lleva; y podemos también, por medio de ciertas disciplinas y estímulos morales y físicos, regularizar o aumentar la apertura a través de la cual la corriente es liberada en nosotros. Pero ni la geografía ni los artificios nos ayudaran en la teoría ni en la práctica a canalizar las fuentes de la vida. Mi propio ser es dado a mí más de lo que es formado por mí. El hombre, dice la Escritura, no puede añadir un codo a su estatura. Mucho menos aún añadir una unidad al potencial de su amor, o acelerar en otra unidad el ritmo fundamental que regula la madurez de su mente y de su corazón. En último caso la vida profunda, la vida de la fuente, la vida recién nacida, escapa completamente a nuestra comprensión.

Pierre Teilhard de Chardin¹

Me encontraba sentado en el mostrador de una charcutería en Brooklyn, comiendo un emparedado de pastrami con pan de centeno y teniendo una conversación ligera con el dueño del establecimiento. Después de unos quince minutos de conversación desordenada, sin que ninguno de los dos dijera al otro nada de interés, el hombre se puso en pie delante de mí adoptando una postura de intensa concentración y dijo: "No me lo diga, usted es de... déjeme ver... usted viene de... Nebraska".

"No", le dije, "Soy de Montana".

El hombre se desilusionó, "Normalmente no me equivoco tanto".

El ritmo de la conversación mejoró. Supe que mi interlocutor estaba muy orgulloso de su habilidad para reconocer los acentos regionales. Personas de todas partes del país, de todas partes del mundo, venían a su negocio. Él tenía un buen oído. Desarrolló una magnífica destreza para descubrir el origen de las personas escuchando las variaciones dialectales en el habla.

Me sentí halagado de ser el objeto de su curiosidad. El único interés previo que puedo recordar haya mostrado en mí un dependiente fue tomar mi orden correctamente y asegurarse de que yo hubiera entendido bien el precio.

"¿Qué te cobro?"

"Un pastrami con centeno. ¿Cuánto es?"

"Un verde y setenta y cinco"

El lenguaje es informativo y utilitario. Cuando ha terminado su trabajo o se detiene o se transforma en chisme. Pero por aquellos breves momentos en aquel lugar de Brooklyn, alguien escuchaba mis palabras por algo más que simple información; aquel hombre buscaba *conocimiento*. Aquella persona deseaba saber de donde venía y lo que había experimentado que había dado como resultado mi manera de pronunciar las palabras de la manera en que lo hice. No fui reducido a ser un consumidor hambriento al que se le podía sacar provecho económico. Yo tenía particularidades geográficas, una idiosincrasia lingüística. En mí había más que necesidades biológicas y potencial económico, y él estaba interesado en ello o, al menos, en una parte de ello.

En una época periodística en la cual las únicas cosas que califican como merecedoras de atención son lo inmediato y lo

extraordinario, no estoy acostumbrado a ser considerado de esta forma. En una era comercial en la que cada persona es evaluada como una unidad económica y el tiempo es dinero, no estoy acostumbrado a tan relajada consideración. Pero sólo esta clase de atención es la que me permite expresar las muchas facetas de la humanidad y el complejo significado que tienen para quién soy. Separado del *antes*, el *ahora* tiene poco significado. El *ahora* es sólo una delgada porción de lo que soy; aislado del rico depósito del *antes*, no puede ser entendido.

Así los biógrafos investigan en los archivos familiares. Los psiquiatras recuperan recuerdos reprimidos e indagan sobre las impresiones de la infancia. Los amantes hurgan en los álbumes de fotografía buscando saber todo lo posible el uno del otro, sabiendo que cada detalle profundiza la comprensión y, por ende, el amor. El *antes* son las raíces del *ahora* visible. Nuestras vidas no pueden ser leídas como si fueran un periódico sobre las noticias de última hora; son novelas íntegras que incluyen el desarrollo del personaje y de la trama, siendo cada párrafo esencial para su madura apreciación.

Sabiendo que la humanidad completamente apasionada y desarrollada de Jeremías tenía necesariamente un complicado e intrincado trasfondo, nos preparamos para examinarla. Hasta ahora sólo hemos echado un vistazo. Hasta ahora tenemos esto: tres escuetos e inexpresivos datos: el nombre de su padre, Hilcías; el oficio de su padre, sacerdote; su lugar de nacimiento, Anatot. Queremos saber más. Sin información adicional, ¿cómo podremos obtener una adecuada comprensión de la humanidad de Jeremías? Necesitamos saber las condiciones sociales y económicas de Anatot para poder trazar las primeras influencias en la pasión de Jeremías por la justicia. Necesitamos saber si su padre fue pasivo o enérgico para así evaluar la compleja vida emocional del hijo. Necesitamos saber si su madre fue sobre protectora y cuándo destetó a su hijo si deseamos explicar la increíble tenacidad del profeta en su adultez. Necesitamos conocer los métodos de enseñanza usados por los sabios locales para distinguir lo original de lo convencional en la enseñanza y predicación de Jeremías. Las preguntas aumentan. La falta de evidencia es frustrante. Lo que necesitamos es un avance

significativo en el descubrimiento de manuscritos del Anatot del siglo séptimo antes de Cristo, manuscritos que contengan anécdotas, datos estadísticos y cartas, la materia prima para la reconstrucción del mundo en el cual nació Jeremías.

Fantaseemos con una primicia arqueológica. Mientras tanto lo que tenemos al alcance de nosotros es mucho más útil: la investigación teológica. En lugar de hablar sobre lo que los padres de Jeremías hicieron, hablaremos sobre lo que Dios hizo: "Antes que te formara en el vientre, te conocí, y antes que nacieras, te santifiqué, te di por profeta a las naciones" (Jer. 1:5).

El primer movimiento

Antes de que Jeremías conociera Dios, Dios ya lo conocía a él: "Antes que te formara en el vientre, te conocí". Esto cambia todo lo que hayamos pensado jamás sobre Dios. Creemos que Dios es un objeto sobre el cual tenemos preguntas. Tenemos curiosidad sobre Dios. Nos hacemos preguntas sobre Dios. Leemos libros sobre Dios. Participamos en largas sesiones de estudio nocturno sobre Dios. Vamos de vez en cuando a la iglesia para saber cómo van las cosas con Dios. Reflexionamos sobre el amanecer o una sinfonía para cultivar un sentimiento de reverencia hacia Dios.

Pero esta no es la realidad de nuestras vidas con Dios. Mucho antes de que si quiere se nos hubiera ocurrido la idea de hacernos preguntas sobre Dios, Dios ya se hacía preguntas sobre nosotros. Mucho antes de que nos interesáramos en el tema de Dios, Dios nos sometió al más intensivo y exhaustivo conocimiento. Antes de que si quiera cruzara por nuestras mentes que Dios pudiera ser importante, Dios nos señaló como importantes. Antes de que fuésemos formados en el vientre, Dios nos conocía. Fuimos conocidos antes de conocer.

Esta verdad tiene un resultado práctico: ya no vamos de aquí para allá, ansiosos y llenos de pánico, buscando una razón para nuestra existencia. Nuestras vidas no son rompecabezas que deben ser armados. Más bien, vamos a Dios, quien nos conoce y nos revela la verdad de nuestras vidas. El error fundamental es comenzar con nosotros mismos y no con Dios. Dios es el centro a partir del cual la vida se desarrolla. Si utilizamos nuestro ego

como el centro del cual se desarrolla la geometría de nuestras vidas, viviremos excéntricamente.

Toda sabia reflexión es corroborada por la Biblia. Entramos a un mundo que no creamos. Crecemos en una vida que fue provista para nosotros. Llegamos a un complejo de relaciones con otras voluntades y destinos que ya están plenamente operativos antes de que seamos incluidos en ellas. Si vamos a vivir apropiadamente, debemos estar concientes de que estamos viviendo en el medio de una historia que ya fue comenzada y que será concluida por otra persona. Esta otra persona es Dios.

Mi identidad no comienza cuando comienzo a entenderme a mí mismo. Existe algo previo a lo que pienso de mí mismo, y eso es lo que Dios piensa de mí. Esto significa que todo lo que pienso y siento es por naturaleza una respuesta, y a aquel a quien estoy respondiendo es Dios. Nunca digo la primera palabra. Nunca hago la primera movida.

La vida de Jeremías no comenzó con Jeremías. La salvación de Jeremías no comenzó con Jeremías. La verdad de Jeremías no comenzó con Jeremías. Él entró a un mundo en el cual las partes esenciales de su existencia ya eran historia antigua. Y con nosotros es igual.

Algunas veces cuando conversamos de manera cercana y profunda con otras tres o cuatro personas, otra persona se añade al grupo y comienza abruptamente a decir cosas, discutir posiciones y a hacer preguntas ignorando completamente lo que fue dicho durante las dos horas anteriores, ignorante del delicado balance que había sido alcanzado en la conversación. Cuando esto sucede, siempre quiero decir: "¿Sería mucha molestia que cerraras la boca por un momento? Sólo siéntate y escucha hasta que te pongas al corriente de lo que estamos hablando. Sinfonízate primero con lo que está sucediendo, y entonces serás bienvenido a nuestra conversación".

Dios es más paciente. Él soporta nuestras interrupciones, vuelve atrás y nos pone al día sobre las viejas historias, repitiendo la información primordial. Pero sería muchísimo mejor si nos tomáramos el tiempo para entender el sentido de las cosas, para encontrar nuestro lugar. La historia en la cual la vida calza ha avanzado

bastante cuando entramos en escena. Es una conversación emocionante, brillante, llena de muchas voces. La clave está en descubrir la identidad detrás de las voces y familiarizarse con el contexto en el cual las palabras son usadas. Entonces, poco a poco, aventuramos una declaración, hacemos una reflexión, hacemos una pregunta o dos, incluso nos atrevemos a hacer una objeción. No es mucho antes que nos volvemos participantes regulares en la conversación en la cual, a medida que se desarrolla, llegamos a conocernos a nosotros mismos incluso mientras somos conocidos.

Eligiendo equipo

El segundo punto de información que tenemos del trasfondo de Jeremías es este: "antes que nacieras, te santifiqué". *Santificar* significa apartar para Dios. Significa que el humano no es una rueda de la suerte. Significa que una persona no es el teclado de un piano en el cual las circunstancias tocan los tonos de moda.² Significa que somos escogidos de la corriente irreflexiva de la circunstancialidad para algo más importante que Dios está haciendo.

¿Qué es lo que Dios está haciendo? El está salvando, rescatando, bendiciendo, proveyendo, juzgando, sanando, iluminando. Hay una guerra espiritual en progreso, una batalla moral suprema. Existe la maldad y la crueldad, la infelicidad y la enfermedad. Existe la superstición y la ignorancia, la brutalidad y el dolor. Dios está en una continua y sostenida batalla contra todo esto. Dios es a favor de la vida y en contra de la muerte. Dios es a favor del amor y en contra del odio. Dios es a favor de la esperanza y en contra de la desesperación. Dios es a favor del cielo y en contra del infierno. No existe un terreno neutral en el universo. Cada metro cuadrado es un espacio en guerra.

Antes de siquiera haber nacido, Jeremías fue enlistado en bando de Dios en esta guerra. No le fue dado un par de años para mirar alrededor y decidir en qué lado estaría, o si se decidiría a escoger alguno. Él ya había sido escogido como combatiente del lado de Dios. Y todos lo somos. Nadie existe como un simple espectador. O asumimos la vida a la cual hemos sido consagrados

o nos apartamos traicioneramente de ella. No podemos decir: "¡Espera un momento! Todavía no estoy listo. Espera hasta que haya evaluado todas las posibilidades."³

Por mucho tiempo los cristianos se llamaron los unos a los otros "santos". Todos eran santos sin importar si sus vidas eran fáciles o difíciles, o lo experimentados o inexperimentados que fueran. La palabra *santo* no se refería a la cualidad o virtud de sus actos, sino a la tipo de vida para la cual habían sido escogidos, la vida en el campo de batalla. No era un título dado después de alguna obra espectacular, sino la marca de aquel en cuyo lado estaban. La palabra *santo* es la forma nominal del verbo *santificar* que dio forma espiritual a Jeremías aún antes de que tuviera forma biológica.

En el vecindario en el cual viví cuando estaba en primer grado todos los demás niños eran mayores que yo. Cuando teníamos juegos entre los vecinos y había que formar los equipos, yo era siempre el último en ser elegido. En una ocasión —probablemente más de una, pero esta quedó grabada en mi memoria— después que todos los demás habían sido elegidos, me quede solo parado en medio de los dos equipos. Los capitanes discutían entre sí sobre quien tendría que elegirme. De repente me di cuenta que tenerme era una desventaja. A medida que avanzaba la discusión entre ellos pasé de ser un cero a ser un número negativo.

Con Dios no sucede así. Ni un cero ni un número negativo. Tengo un lugar apartado el cual sólo yo puedo llenar. Nadie puede substituirme. Nadie puede reemplazarme. Antes de que fuera buena para cualquier cosa, Dios decidió que era bueno para lo que él estaba haciendo. Mi lugar en la vida no depende de lo bien que salga en el examen de admisión. Mi lugar en la vida no es determinado por el mercado disponible para mi tipo de personalidad.

Dios está fuera para ganar al mundo con amor y cada persona ha sido seleccionada de la misma forma que lo fue Jeremías, para ser apartados y ganar al mundo con él. Dios no espera a ver cómo nos desenvolvemos para decidir si nos elegirá o no. Antes de que naciéramos nos escogió para ser parte de su equipo, nos santificó.

El Gran Dador

La tercera cosa que Dios hizo con Jeremías antes de que Jeremías hiciera nada por sí mismo fue esto: "te di por profeta a las naciones". Dios da. Él es generoso. Él es tremendamente generoso. Antes de que Jeremías siquiera existiera ya había sido dado.

Esta es la forma en que Dios obra. Él hizo esto mismo con su propio hijo, Jesús. Él lo dio. Lo dio a las naciones. No lo ostentó. No lo mantuvo en un museo. No lo exhibió como un trofeo. "De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna" (Jn. 3:16).

Dios dio a Jeremías. Puedo escuchar a Jeremías quejándose: "espera un momento. No te des tanta prisa en darme. Tengo algo que decir al respecto. Tengo mis derechos humanos. Tengo unas cuantas decisiones que tomar por mí mismo sobre mi vida". Y me imagino la respuesta de Dios: "Lo siento, pero ya lo había decidido antes de que nacieras. Ya está hecho, serás dado".

Tenemos poder de decisión sobre algunas cosas y sobre otras no. En esta, no. Es la clase de mundo en el cual nacimos. Dios lo creó. Dios lo sustenta. Dar es el estilo del universo. Dar es el tejido en la tela de la existencia. Si tratamos de vivir tomando en lugar de dando, vamos contra la dirección de las fibras. Es como tratar de ir contra la ley de la gravedad, la consecuencia serán huesos rotos y moretones. De hecho, vemos muchas vidas lisiadas, deformes, distorsionadas entre quienes desafían el hecho de que toda vida es dada y debe seguir siendo dada para que pueda ser fiel a su propia naturaleza.

Hay un acantilado rocoso a la orilla del lago de Montana en donde pasaba parte de cada verano. Hay grietas en la superficie de la roca en las cuales las golondrinas hacen sus nidos. En un verano observé durante varias semanas a las golondrinas en veloz vuelo recolectando insectos por sobre la superficie del agua y luego descender en picada dentro de las cavidades del acantilado, alimentando primero a sus parejas y luego a sus polluelos recién empollados. Cerca de una de las grietas del acantilado una rama muerta se extendía poco más de un metro sobre el agua. Un día estuve encantado al ver tres pequeñas golondrinas sentadas una

junto a la otra sobre la rama. Sus padres amplios y dramáticos circuitos de caza de insectos sobre el agua y luego volvieron a las enormes cavidades que aquellas pequeñas aves transformaron a medida que abrían sus picos para alimentarse.

Esta escena se repitió por un par de horas hasta que los padres decidieron que sus polluelos ya habían comido lo suficiente. Una golondrina adulta tomó consigo los polluelos y comenzó a empujarlos hasta el final de la rama, más, más y más. Uno de los polluelos cayó. En algún lugar entre la rama y el agua, poco más de un metro más abajo, sus alas comenzaron a funcionar y el polluelo fue libre de volar por sí mismo. Luego, el segundo. El tercero no se dejaría intimidar. En el último momento se resbaló de la rama lo suficiente como para balancearse hacia abajo, luego volvió a asirse fuertemente, cual tenaz bulldog. El padre ni se inmutó. Lo picoteó en la desesperadamente aferrada garra hasta que fue más doloroso para el pobre polluelo mantenerse colgando que arriesgarse a las inseguridades del vuelo. El polluelo se soltó y las inexpertas alas comenzaron a agitarse. La golondrina adulta sabía lo que el polluelo no sabía —que podía volar— y que no habría peligro alguno en hacer aquello para lo cual estaba perfectamente diseñado para hacer.

Las aves tienen patas y pueden caminar. También tienen garras y pueden asirse con seguridad a las ramas. Pueden caminar y pueden aferrarse. Sin embargo, *volar* es su actividad característica, y no es sino hasta que vuelan que tienen una vida plena bella y grácil.

Dar es lo que mejor hacemos. Es nuestra naturaleza. Fue la acción diseñada dentro de nosotros aún antes de nuestro nacimiento. *Dar* es lo que define al mundo. Dios se da a sí mismo. También da todo lo que existe. No hace excepción alguna con nosotros. Somos dados a nuestras familias, a nuestros vecinos, a nuestros amigos, a nuestros enemigos, a las naciones. Nuestra vida es para otros. Esta es la manera en la que la creación trabaja. Algunos de nosotros tratamos desesperadamente de mantenernos para nosotros mismos, de vivir para nosotros mismos. Lucimos tan descuidados y patéticos haciendo esto, aferrándonos a la rama muerta de una cuenta bancaria para nuestra querida vida, teme-

rosos de arriesgarnos a confiar en las alas sin probar del dar. Creemos que no podemos vivir generosamente porque nunca hemos tratado de hacerlo. Pero mientras más pronto comencemos a hacerlo, mucho mejor, porque al final tendremos que dar nuestras propias vidas, y mientras más tiempo esperemos menos tiempo tendremos para el rápido ascenso y descenso de la vida de gracia.

Jeremías pudo haberse mantenido aferrado al callejón sin salida en donde nació en Anatot. Puedo haberme apegado a los hábitos sosos de su cultura. Pero no lo hizo. Él creyó en lo que le fue dicho sobre su trasfondo, que Dios mucho antes lo había dado, y que él participaba en el dar por medio de su vocación.

Dignidad y disposición

Muchos hechos críticos suceden antes de mi concepción y nacimiento que predeterminan la realidad que experimento: hechos biológicos que me hacen ser un bípedo que camina y no un pez que nada; hechos geográficos que me proveen un clima agradable en lugar de la era del hielo; hechos científicos que permiten que los médicos nos visiten cuando estamos enfermos y no curanderos brujos; hechos políticos que me hacen ser un ciudadano en una democracia y no un siervo en un estado feudal. Pero los hechos más importantes de todos son los que Dios hizo antes de que fuera concebido, antes de que naciera. Él me conocía, por lo tanto no soy un accidente; él me escogió, por lo tanto no puede ser un cero; él me dio, por lo tanto no debo ser un consumidor.

Existen esfuerzos frenéticos en nuestra cultura para rescatar arruinadas autoestimas reforzando a la gente por medio de palabras alentadoras y de afirmación, que les dicen que son espectaculares, que son el número uno, y que recibirán algo muy bueno en el momento justo. El resultado no consiste en personas grandes sino pequeñas, en egos pigmeos. Pero, ¿cómo logramos tener un sentido de importancia sin inflar el ego? ¿Cómo nos hacemos importantes sin volvernos auto-importantes, seguros sin ser arrogantes, dignificados sin lucir ridículos?

Jeremías fijó el modelo. ¿Alguna vez vivió alguien tan bien sin estos reservorios profundos de dignidad y disposición —sin ras-

tros de superficialidad— como lo hizo Jeremías? Lo hizo partiendo de la meditación en el maravilloso *antes* de su vida, y *vivió* este trasfondo sin ir *contra* él. Esto, y no Anatot, era de donde venía Jeremías, y el acento en su hablar delataría su origen a cualquiera con un oído sensible.

Es difícil cultivar este tipo de profunda conciencia en la memoria. No recibimos ayuda de nuestros contemporáneos quienes raramente se remontan más allá de los minutos de su anterior encuentro en un intento por comprender la agenda de su humanidad. Estamos tan acostumbrados a considerar todo a través del prisma de nuestros sentimientos actuales y de nuestras más recientes adquisiciones que es un cambio radical considerar al vasto *antes*. Pero si hemos de vivir bien, es necesario que lo hagamos. De otra forma, tendremos una vida débil e insegura, ignorantes de la gloria que nos conoce, elegidos y dados a otros por Dios.

4 Soy sólo un muchacho

Yo dije: "¡Ab, ab, Señor Jehová! ¡Yo no sé hablar, porque soy un muchacho!". Me dijo Jehová: "No digas: 'Soy un muchacho', porque a todo lo que te envíe irás, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová... Porque yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes y el pueblo de la tierra."

Jeremías 1:6-8, 18

"No estoy hecho para empresas peligrosas —exclamó Frodo—. Hubiese preferido no haberlo visto nunca. ¿Por qué vino a mí? ¿Por qué fui elegido?"

- Preguntas que nadie puede responder —dijo Gandalf-. De lo que puedes estar seguro es de que no fue por ningún mérito que otros no tengan. Ni por poder ni por sabiduría, a lo menos. Pero has sido elegido y necesitarás de todos tus recursos: fuerza, ánimo, inteligencia."

J. R. R. Tolkien¹

Dios le pidió a Jeremías hacer algo que él no podía. Por supuesto, se negó. Si se nos pidiera hacer algo que sabemos no podemos hacer, sería una tontería aceptar la tarea, porque pronto nos veríamos avergonzados delante de todos.

El trabajo que Jeremías había rechazado era el de ser profeta. Hay dos **convecciones** entrelazadas que caracterizan a un profeta. La primera convicción es que Dios es personal, vivo y activo. La segunda convicción es que lo que sucede justo ahora, en este mundo en este momento en la historia, es crítico. Un profeta está obsesionado con *Dios*, y un profeta está inmerso en el *ahora*. Dios es tan real para un profeta como lo es su vecino de al lado, y su vecino de al lado es un vórtice en el cual el propósito de Dios se cumple.

El trabajo del profeta es llamar a la gente a vivir bien, a vivir correctamente, a ser humanos. Pero es más que un llamado a decir algo, es un llamado a vivir el mensaje. El profeta debe ser lo que dice. Tanto la persona como el mensaje del profeta nos retan a estar a la altura de nuestra creación, de vivir dentro de nuestra salvación, a ser todo lo que fuimos destinados a ser.

No podemos ser humanos si no estamos en relación con Dios. Podemos ser animales y no tener conciencia de Dios. Podemos ser un conglomerado de minerales y no tener conciencia de Dios. Ser humanos, sin embargo, exige como prerrequisito una relación con Dios. "Como decían los escolásticos: *Homo non proprie humanus sed superhumanus est*—lo que significa que para ser verdaderamente humano, se debe ir más allá de lo meramente humano".²

Una relación con Dios no es algo que se añade después que completamos nuestro crecimiento básico, es el núcleo esencial del crecimiento. Elimina este núcleo, y no habrá humanidad alguna sino tan sólo una cáscara, la apariencia pero no la sustancia de lo humano. Tampoco podemos ser humanos si no existimos en el presente, porque el presente es donde Dios nos encuentra. Si evitamos los detalles del presente actual, renunciamos a un gran trozo de nuestra humanidad. Soren Kierkegaard parodia nuestra falta de atención a nuestra realidad inmediata cuando escribe sobre el hombre que se vio envuelto en cosas, proyectos y causas tan abstractas para él mismo que un día se despertó y se encontró a sí mismo muerto.³

Un profeta hace saber a la gente quién es Dios y cómo es, qué es lo que dice y qué es lo que hace. Un profeta nos despierta de nuestra soñolienta complacencia para que podamos ver el gran e impresionante drama que es nuestra existencia, y luego nos empuja al escenario para que presentemos nuestra parte ya sea que creamos o no que estemos listo para hacerlo. Un profeta nos disgusta cuando rechaza nuestros eufemismos y arranca nuestros disfraces, exponiendo luego nuestros motivos egoístas y actitudes inhumanas donde todo el mundo pueda verlos como son en realidad. Un profeta hacer que todo y todos luzcan significantes e importantes –importante porque Dios lo hizo a él, a ella, o a aquello; significativo porque Dios lo usa justo ahora de manera activa a él, a ella, o a aquello. Un profeta hace difícil continuar con una vida descuidada y egoísta.

Súplica inadecuada

Ningún trabajo es más importante que el de profeta, porque ¿qué cosa puede ser más importante que la presentación persuasiva de la invisible pero viviente realidad de Dios? Y, ¿qué es más importante que una demostración convincente del significado eterno de las cosas ordinarias y visibles de la vida diaria? Pero importante o no, Jeremías se rehusó a hacerlo. No estaba calificado para hacerlo. No había salido bien en el curso sobre Dios en la escuela. No había vivido lo suficiente como para saber cómo funciona el mundo. “¡Ah, ah, Señor Jehová! ¡Yo no sé hablar, porque soy un muchacho!”.

Tenemos mucha práctica en hacer súplicas inadecuadas para evitar tener la vida plena a la cual Dios nos llama. ¡Qué excusa tan trillada! Soy sólo un muchacho; Soy sólo una ama de casa; Soy tan sólo un laico; Soy sólo un pobre predicador; Sólo llegué al octavo grado; No tengo suficiente tiempo; No tengo la suficiente preparación; No tengo la seguridad necesaria; o siguiendo el ejemplo bíblico: “¡Ay, Señor! nunca he sido hombre de fácil palabra” (Ex. 4:10). Se nos pide demasiado. No podremos arreglárnoslas. No podremos con la carga.

Si miramos a nosotros mismos y somos completamente honestos, nunca seremos adecuados. Por supuesto, no siempre somos

honestos. Evadimos y copiamos en los exámenes. Disimulamos un poco acá; y mentimos un poco allá. Pretendemos ser más seguros de lo que en realidad somos.

*Nuestra raza jamás hubiera llegado lejos,
Si no hubiéramos aprendido a mentir
Y a lucir más confiados de lo que somos
Cuando se trata de fingir.⁴*

La vida es, de hecho, demasiado para nosotros. Este asunto de vivir teniendo conciencia de Dios, relación con él, amor sincero hacia el prójimo, y reverente apreciación del mundo alrededor excede nuestras capacidades. No somos lo suficientemente listos; no tenemos la energía suficiente; no podemos concentrarnos adecuadamente. Somos apáticos, haraganes y descuidados. No todo el tiempo, es verdad. Tenemos rachas de amor, arranques apasionados de fe, episodios impresionantes de valiente compasión. Pero luego volvemos a la indolencia o la avaricia. Pronto volvemos a las viejas costumbres, repartiendo la palabrería simplista que lleva a pensar a otros tontamente que somos mejores de lo que en realidad somos. Algunas veces incluso nos mentimos a nosotros mismos pensando que somos muy buenas personas, de hecho. Jeremías conocía el problema desde adentro: “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?” (Jer. 17:9).

Pero la honestidad despiadada siempre nos dejará destrozados por nuestra incompetencia. El mundo es un lugar aterrador. Si no sentimos un poquito de miedo, simplemente no tenemos idea de la realidad. Si estamos conformes con nosotros mismos, o no tenemos estándares muy altos o sufrimos amnesia en relación con la realidad central, porque “¡Horrenda cosa es caer en manos del Dios vivo!” (He. 10:31). Pascal dijo: “No temas, lucha contra el miedo; pero si no temes, entonces ten temor”.⁵

Existe una enorme diferencia entre lo que creemos que somos capaces de hacer y aquello a lo que Dios nos llama a hacer. Nuestras ideas acerca de lo que podemos o queremos hacer son triviales; las ideas de Dios para nosotros son grandiosas. El llamado de Dios a Jeremías para ser profeta es equivalente al llamado que

nos hace a nosotros de ser personas. Las excusas que damos son razonables; frecuentemente tienen que ver con la realidad, pero son sólo excusas y son rechazadas por el Señor, quien dice: "No digas: 'Soy un muchacho', porque a todo lo que te envíe irás, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte, dice Jehová". El Señor extendió luego su mano y tocó la boca de Jeremías, diciendo: "He puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y destruir, para arruinar y derribar, para edificar y plantar" (Jer. 1:7-10).

Los tres pares de verbos (*arrancar/destruir, arruinar/derribar, edificar/plantar*) son todos incluyentes. En el camino de la fe no podemos escapar porque es demasiado para nosotros. Nos sumergimos en ella porque se nos ha ordenado y estamos equipados para ello. No son nuestros sentimientos los que determinan nuestro nivel de participación en la vida, tampoco es nuestra experiencia la que nos califica para lo que haremos y seremos; es lo que Dios decide sobre nosotros. Dios no nos envía a la vida emocionante y peligrosa de la fe porque estemos calificados; nos escoge para calificarnos para aquello que él quiere que seamos y hagamos: "He puesto mis palabras en tu boca... te he puesto en este día sobre naciones".

Ocho versículos más abajo Jeremías ya no es inadecuado para el trabajo. "Porque yo te he puesto en este día como ciudad fortificada, como columna de hierro y como muro de bronce contra toda esta tierra, contra los reyes de Judá, sus príncipes, sus sacerdotes y el pueblo de la tierra. Pelearán contra ti, pero no te vencerán, porque yo estoy contigo, dice Jehová, para librarte" (Jer. 1:18-19). Todo lo que sabemos de Jeremías demuestra que, de hecho, esto fue lo que sucedió. En los cuarenta años de su ministerio público en las décadas más confusas y caóticas en toda la historia de Israel, Jeremías fue invencible. Aunque internamente estuvo en agonía muchas veces, nunca se apartó de su camino. Se burlaron de él cruelmente y fue perseguido severamente, pero nunca se desvió de su posición. Hubo mucha presión sobre él para que cambiara, para que cediera, se rindiera y se escondiera. Nunca lo hizo. Él fue un "muro de bronce".

¿Cómo hizo Jeremías pasar de ser el reticente hacedor de excusas "¡Ah, ah, Señor Jehová! Soy un muchacho" a ser la "columna de hierro" y aceptar el trabajo de profeta? Dios equipó a Jeremías para la vida mostrándole dos visiones. Estas dos visiones llevaron a Jeremías de la debilitante incompetencia a la energética obediencia.

Una vara de almendro

La primera visión fue de una vara de almendro: "La palabra de Jehová vino a mí, diciendo: '¿Qué ves tú, Jeremías?'. Yo respondí: 'Ve una vara de almendro'. Me dijo Jehová: 'Bien has visto, porque yo vigilo sobre mi palabra para ponerla por obra'" (Jer. 1:11-12).

El árbol de almendro es el primer árbol en florecer en Palestina. Antes de tener hojas nuevas, da flores blancas como la nieve. Mientras que la tierra aún está congelada por el invierno, las cálidas flores, libres y descuidadas nos sorprenden con la promesa de la primavera. Cada primavera sucede otra vez: la aparición de las flores en los bosques y jardines antes que las hojas, antes de que el pasto sea verde de nuevo. Y sabemos lo que viene luego: aves migratorias llenarán pronto los aires con su canto; las hojas adornarán los árboles con su verdor; las frutas comenzarán a desarrollarse. El florecimiento es una delicia en sí mismo, hermoso de ver, fragante de oler. Pero es más que eso. Es anticipación. Es una promesa. Es como las palabras. "Porque yo vigilo sobre mi palabra para ponerla por obra". Las palabras, como el florecer del almendro, son promesas, la anticipación de lo que está por suceder. Se *transforman* en algo. "El verbo *se hizo* carne".

La visión es acentuada con un juego de palabras. La palabra *almendro* y la palabra *vigilar* son casi idénticas en hebreo. "¿Qué ves Jeremías? Veo una vara de *shaqed* ('almendro'). "¡Bien! Así es, porque yo *shoqed* ('vigilo') sobre mi palabra para cumplirla. Estoy vigilando mi palabra como un pastor vigila su rebaño. Ninguna de las palabras que has oído se disipará. Ninguna se perderá. Traeré cada palabra a algún tipo de conclusión viviente".

El método fue audiovisual: una imagen visual junto con un juego de palabras auditivo enseñó esperanza a Jeremías. Cada primavera por el resto de su vida el florecer del almendro, *shaqed*,

le traería *shoqed* (“vigilar”) a la memoria (“Porque yo vigilo sobre mi palabra para ponerla por obra”) y por el resto de su vida cada vez que escuchara pronunciar la palabra cotidiana *shoqed* (“vigilar”) —y no serían muchos los días en los cuales no la escucharía— la imagen visual del *shaqed* (“almendro”) liberaría todas las asociaciones enriquecedoras y energéticas de la primavera.

No es posible vivir la vida de fe, ya sea por un profeta o una persona común, sin algún tipo de visión sustentadora como esta. Muy en el fondo necesitamos ser convencidos, y de una forma u otra necesitamos recordatorios periódicos de que las palabras no son sólo palabras. En particular, las palabras de Dios no son sólo palabras. Son promesas que se cumplen. Dios hace lo que promete. Dios hace lo que dice.

Una olla hirviendo

La segunda visión fue de una olla hirviendo: “Vino a mí la palabra de Jehová por segunda vez, diciendo: ‘¿Qué ves tú?’. Yo dije: ‘Veo una olla hirviendo, que se vierte desde el norte’” (Jer. 1:13). La olla estaba inclinada de manera que el agua hirviendo se derramara hacia el sur. La villa de Anatot y las calles y patios de Jerusalén estaban directamente en el camino de esta corriente.

El agua hirviendo cayendo sobre Israel es idéntica a los ejércitos enemigos listos para una invasión (Jer. 1:14-16). Las naciones del norte estaban hirviendo una olla de guerra que inundaría la tierra con maldad: muerte, violaciones y pillaje. La agitada turbulencia en el horizonte se iba derramar sobre las tranquilas colinas de Judea. Los oficiales y reyes enemigos, audaces y burlones, acamparían justo en frente de las puertas de la ciudad y alrededor de sus murallas. Esta guerra inminente estaba ligada al juicio de Dios. El agua hirviendo lavaría la tierra. “Creo que es bueno bañarse en agua caliente”, decía G. K. Chesterton, “te mantiene limpio”.⁶ El juicio candente vendría porque la gente había abandonado su relación de amor con Dios e iniciado ritualitos religiosos e insignificantes idolatrías (Jer. 1:16). La guerra interrumpiría sus tontas, necias, distraídas y sucias vidas y los obligaría a poner atención en aquello que es esencial y eterno: la vida y la muerte, Dios y la humanidad, la fe y la fidelidad, el compromiso y la obediencia.

El tema de la visión es negativo (en contraste con la visión del almendro), pero el mensaje es positivo, porque el efecto es *contener* el mal. La olla hirviendo es un contenedor, localizado en un lugar específico en el mapa.

Ni Jeremías ni el pueblo necesitaban una visión para saber que el peligro aguardaba por ellos en el norte. Todos lo sabían.⁷ El ejército neobabilónico estaba en movimiento y toda persona medianamente inteligente lo sabía. Sin embargo, la visión les avisaba que el mal tiene límites. La visión de la olla hirviendo localizaba y limitaba el mal que afligía a todos con un tipo de metafísica paranoia.

Ignorantes e inexpertos permitimos que el mal se filtre como la niebla en la atmósfera y en nuestras emociones, oscureciendo la silueta delgada de la realidad y absorbiéndolo todo en su gris húmedo y siniestro. En una atmósfera como esta nos aterrorizamos por cualquier rumor, saltamos al menor ruido, nerviosos y ansiosos. Es realmente cierto que existe el mal en el mundo, y gran cantidad. Esto es aterrador. Si vivimos realistamente, con nuestros ojos abiertos, vemos mucho mal en el mundo. Viendo todo este mal, ¿cómo podemos estar tranquilos? ¿Cómo podemos hacer uso de prácticas despreocupadas como dar un vaso de agua fría a un extranjero sediento? La visión responde esta interrogante: el mal no lo es todo ni está en todas partes. Es decir, tiene un origen y un final. El mal que tiene su control paralizante sobre todos no es un mal salvaje e incontrolable; es un juicio cuidadosamente ordenado, con Dios como comandante. La olla hirviendo reduce el mal a un lugar y un propósito. No podemos permitirnos ser ingenuos en relación al mal, debe ser enfrentado. Pero no debemos dejarnos intimidar por él. Éste será utilizado por Dios para traer el bien. Uno de los aspectos más extraordinarios de las buenas noticias es que Dios usa a los malvados para cumplir sus buenos propósitos. La gran paradoja del juicio es que el mal se transforma en combustible en el horno de la salvación.

Sin la ayuda de una visión como esta, perdemos nuestro sentido de la proporción y estamos incapacitados para responder de manera valiente y abierta a cualquier situación que se nos presente en el día. Si nos olvidamos de que los periódicos son los

“pie de página” de las Escrituras y no una interpretación alternativa, al final tendremos miedo de levantarnos de la cama cada mañana. Demasiados de nosotros gastamos tiempo excesivo leyendo la página editorial y muy poco leyendo las visiones proféticas. Sacamos nuestras interpretaciones de los asuntos políticos, económicos y morales de los periodistas cuando sólo deberíamos estar obteniendo información; podemos tener un mejor *significado* del mundo en la Palabra de Dios.

Las dos visiones, la rama de almendro floreciente y la olla de agua hirviendo fueron las Harvard y Yale de Jeremías. Las imágenes singulares de las visiones se grabaron en lo profundo de la retina de su fe. Por medio de estas visiones mantuvo su equilibrio, sanidad y pasión en el teatro de la gloria de Dios y en medio del holocausto del pecado humano. Ya fuera que estuviera extasiado por el esplendor o asqueado por el hedor del mal, mantuvo los pies en la tierra, sin jamás retirarse a la cueva de la autocompasión, sin jamás cerrar sus ojos al horrible mal que le rodeaba, sin jamás rechazar cínicamente el estallido de la gloria alrededor suyo.

La primera visión convenció a Jeremías que la palabra de Dios abunda en maravillas y que sus maravillas no son ilusiones. La segunda visión convenció a Jeremías de que el mundo es muy peligroso, pero de que el peligro no es catastrófico.

Para estar equipados para lo que Dios nos llama a ser —profeta, persona— y no estar limitados todas nuestras vidas por la incompetencia, necesitamos conocer supremamente estos dos temas, Dios y el mundo, y ser instruidos profundamente en ellos. En ambos temas las primeras impresiones y apariencias superficiales son engañosas. Subestimamos a Dios y sobrestimamos al mal. No vemos lo que Dios hace y llegamos a la conclusión de que él está haciendo nada. Vemos todo lo que hace el mal y pensamos que tiene bajo su control a todos. Las visiones van más allá de las apariencias. Por medio del almendro y de la olla hirviendo aprendemos a vivir con esperanza y a nunca ser intimidados por el mal. Si vamos a vivir a imagen de Dios, concientes de todo lo que es Dios, abiertos y atentos a todo lo que él está haciendo, debemos confiar en su palabra, confiar en lo que no vemos. Si vamos a vivir en el mundo, atentos a cada particularidad,

amando en todos los malos momentos sin sentirnos repugnados o atemorizados por ellos, ni conformarnos a ellos, tendremos que enfrentar un mal inmenso, pero al mismo tiempo este será un mal limitado y controlado.

Moldeado por las visiones

¿Funcionaron las visiones? ¿Lo hicieron? La vida de Jeremías es evidencia de que las visiones fueron el pénsun de estudios que lo transformó directamente de ser un muchacho inseguro a un adulto sólido y maduro. Jeremías fue moldeado por las visiones, no por las modas de su época ni por los sentimientos sobre sí mismo. Sabemos que con frecuencia se sentía terrible y que fue amenazado terriblemente. Con frecuencia se sintió débil; casi completamente desesperado. Pero, de hecho, siempre fue fuerte. Sus emociones frecuentemente le fallaron; pero su fe siempre lo sostuvo rápidamente.

Su fuerza no fue alcanzada por crecientes callos en su altamente sensible espíritu. A lo largo de su vida Jeremías experimentó un rango asombroso de emociones. Su espíritu registró, según parece, todo. Él fue uno de esas personas finamente entonadas que recogían y respondían al menor temblor alrededor suyo. Al mismo tiempo, fue también completamente insensible a las agresiones y burlas, a la persecución y la oposición.

La integración profunda de fuerza y sensibilidad, de firmeza y sentimiento, es rara. Vemos algunas veces personas sensibles que son inestables la mayor parte del tiempo. Entran en pánico a la menor señal de peligro. Su sensibilidad los incapacita para actuar frente a las duras crueldades del mundo. En contraste, otros son rígidos moralistas, con una rectitud severa. No existe duda alguna sobre su correcta posición dogmática, pero sus principios son martillos que fracturan los huesos y maltratan la carne. El mundo forma un enorme circuito alrededor de estas personas. Es peligroso estar en su compañía por mucho tiempo porque si llegan a detectar cualquier debilidad mental o moral en nosotros, tendremos suerte en escapar con tan sólo un dolor de cabeza.

Pero Jeremías no fue así. Educado por la rama de almendro, su respuesta a lo personal, fuera Dios o los seres humanos, se

profundizó y desarrolló. Educado por la olla hirviendo, sus capacidades externas para tratar con el mal deshumanizante y resistir intimidación despersonalizadora lo hicieron invencible: fue “como ciudad fortificada, como columna de hierro y como muro de bronce”. Nada mal para alguien que comenzó siendo sólo “un muchacho”.

5 No confíes en palabras de mentira

Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo: “Ponte a la puerta de la casa de Jehová y proclama allí esta palabra. Diles: Oíd palabra de Jehová, todo Judá, los que entráis por estas puertas para adorar a Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos y vuestras obras, y os baré habitar en este lugar. No fiéis en palabras de mentira, diciendo: ¡Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este!”

Jeremías 7:1-4

Jesucristo tiene ahora muchos amadores de su reino celestial, mas muy pocos que lleven su cruz. Tiene muchos que desean la consolación, y muy pocos que quieran la tribulación. Muchos compañeros halla para la mesa, y pocos para la abstinencia. Todos quieren gozar con El, mas pocos quieren sufrir algo por El. Muchos siguen a Jesús hasta el partir del pan, mas pocos hasta beber el cáliz de la pasión. Muchos honran sus milagros, mas pocos siguen el vituperio de la cruz.

Tomás de Kempis¹

Manasés fue el peor rey que jamás tuvieron los hebreos. Fue un hombre completamente malo presidiendo un gobierno completamente corrupto. Reinó en Jerusalén por cincuenta y cinco años, un cincuenteno oscuro y malvado.

Él impulsó la adoración pagana que involucraba a toda la comunidad en orgías sexuales. Colocó prostitutas en todos los santuarios de todo el territorio. Importó brujos y hechiceros quienes esclavizaron al pueblo en la superstición y los manipularon con su magia. Este hombre no pudo hacer nada peor. Parecía que sus bárbaras crueldades no tenían fin. Su capacidad para inventar nuevas formas de mal parecía infinita. Su apetito por lo sórdido era insaciable. Un día colocó a su propio hijo sobre el altar para algún terrible ritual de brujería, quemándolo como ofrenda (2 R. 21).

El gran templo salomónico de Jerusalén, resplandeciente por su santa simplicidad, libre de toda representación de la forma divina para que el Dios invisible pudiera ser adorado, fue invadido de magos y prostitutas. Ídolos con la forma de bestias y monstruos profanaron el lugar santo. La lujuria y la codicia fueron divinizadas. Los asesinatos eran algo corriente. Manasés había arrastrado al pueblo a un lodazal más apestoso que cualquier otro que el mundo jamás hubiera visto. El juicio del historiador sagrado fue tajante: "Manasés los indujo a que obraran peor que las naciones que Jehová destruyó delante de los hijos de Israel" (2 R. 2:9).²

Jeremías nació durante la última década del reinado de Manasés. Este fue el mundo en el cual Jeremías aprendió a caminar, a hablar, a jugar. Es imposible imaginar un ambiente peor que este para criar a un hijo. Era una sociedad depravada: "Rondando andan los malos cuando la infamia es enaltecida entre los hijos de los hombres" (Sal. 12:8).

Cincuenta y cinco años de espantoso reinado llevaron casi la fe al olvido. Algunas personas ancianas recordaban oráculos proféticos y escenas de la verdadera adoración. Los rumores de santidad corrían sin duda alguna. Un remanente escondido de gente fiel mantenía una existencia fugitiva. Entonces Manasés murió. Su hijo Amón le sucedió. La gente estaba a la expectativa esperando ver si las cosas cambiarían. No fue así. El mal continuó. Pero la paciencia del pueblo ya estaba colmada. Habían llegado

al límite y no podrían soportar más. Amón fue asesinado. Su hijo de ocho años, Josías, fue puesto en el trono.

Las reformas de Josías

Comienza aquí uno de los más extraordinarios capítulos en la historia de este pueblo quienes son nuestros ancestros. De alguna forma hubo en este niño rey una inocencia y un espíritu incorrupto que Dios pudo hacer para traer nueva vida a la tierra.

Nos preguntamos cómo hizo Josías para obrar de la manera en que lo hizo, porque no tuvo ningún modelo recto que seguir. Su bondad se originó en algún nivel profundo que escapa a nuestra investigación. Algunas veces, cuando veo un enorme espacio de asfalto negro para estacionar, pienso en Manasés y Josías. El asfalto es feo y desagradable. Una fresca creación verde fue puesta en el olvido para dar lugar a esta superficie monótona y estéril. Una tecnología dura y brutal había destruido una delicada vida matizada por la conveniencia de los adoradores del dios Mamón. Pero al poco tiempo, aparecen las grietas y el pasto, las flores silvestres, e incluso los brotes de árboles, se abren paso. Las fuerzas subterráneas de la vida atraviesan la patina superficial de la muerte. Los ingenieros de mantenimiento reparan, rellenan y sellan para mantener suave e intacta la superficie del pavimento. Si se descuidan una o dos estaciones, una vegetación aparentemente frágil pero, en realidad formidable, hará aparición.

*Hablo de las inadvertidas
Fuerzas que dividen el corazón
Y hacen sacudir al pavimento-
Fuerzas ocultas en el silencio
Gentes y plantas...*³

Manasés había cubierto la tierra santa con el pavimento de Sodoma y Gomorra. Pero lo santo no había desaparecido completamente, tan sólo era imperceptible. Josías fue uno de los primeros brotes que atravesaron el negro betumen. A cierta profundidad, un deseo intuitivo por Dios que padres corruptos no había podido aplastar, que un medio ambiente malvado no

había podido aniquilar, le hizo preguntarse: ¿Cómo podría establecerse un mejor reinado? ¿Qué podía hacer él como rey para recuperar la salud y bondad en el vertedero de basura que era Jerusalén? Tenía que empezar por algún sitio. Comenzó en el lugar de adoración.

Las vidas de las personas son tan buenas como su adoración. El templo de Jerusalén era la evidencia arquitectónica de la importancia de Dios en la vida del pueblo. Todas y cada una de las vidas se entrecruzaban en el templo. Su significado se establecía allí. Los valores se creaban allí. La adoración define la vida. Si la adoración es corrupta, la vida también será corrupta. Por cincuenta y siete años la lujuria y la violencia del templo se había filtrado en las calles, en las casas y pueblos de la nación. Josías comenzó limpiando el templo.

Mientras el templo era renovado y reparado, Hilcías el sacerdote encontró en él un viejo libro. El libro fue llevado a Josías y le fue leído en voz alta. Era el libro de Deuteronomio. Imagínese el impacto de tal lectura. Josías está allí, enojado por el mal de su padre y su abuelo y determinado a hacer algo al respecto, pero sin saber qué hacer exactamente. No disponía de un anteproyecto, de ninguna dirección o consejo. La única cosa que había heredado de su padre y de su abuelo fue cincuenta y siete años de maldad. Ahora tenía este poderoso documento sobre el amor de Dios y nuestra adoración a él, definiciones claras de lo que está bien y lo que está mal, e indicaciones exactas de cómo tomar decisiones morales y conducir una adoración inteligente. En los oídos de Josías aquella lectura era "un trueno de conciencia".⁴

La respuesta del joven rey fue rápida y poderosa. Inmediatamente puso en práctica todo lo que había leído. Ahora que sabía cómo era la adoración verdadera, desterró todo vestigio de falsa adoración. La inmoralidad subsidiada por el gobierno fue eliminada. Las prostitutas religiosas que se había asentado de manera especial en el templo fueron echadas. Los brujos y hechiceros que había establecido sus negocios en los alrededores del templo fueron dispersos. Josías envió a sus agentes por todo el país para que anunciaran lo que habían descubierto en aquel rollo. Los viejos altares fueron derribados y la gente aprendió

cómo debían adorar. Era algo emocionante, dramático y glorioso. “Jamás hubo una reforma tan radical en sus propósitos y tan consistente en su ejecución!”⁵

La porquería de medio siglo de corrupción fue paleada fuera de la ciudad, fuera de la tierra. El lugar había sido un zoológico religioso. En los antiguos lugares de adoración era posible satisfacer cualquier deseo repugnante, toda ambición asesina era permitida. Había un ritual y un Dios o diosa para cada capricho. Bajo Manasés, la religión estaba centrada en lo que William James llamó en una memorable frase, el “pequeño ego convulsivo”.⁶ La religión era la asistencia sobrenatural para hacer lo que deseara: hacer dinero, asegurar una buena cosecha, sentirse bien, matar a la persona que odia, aventajar a su vecino. Ahora, bajo Josías, la religión se centraba en el verdadero Dios. La religión pasó a ser lo que debe ser, pero frecuentemente no es —una manera de descubrir el significado de la vida, de impartir justicia en la sociedad, de encontrar orientación en la consecución de la excelencia, de adquirir la disciplina de vivir con integridad, de percatarnos de como Dios nos ama y de aprender a como amar a Dios en retribución.

Un asiento en primera fila

Jeremías tenía un asiento en primera fila en el teatro de esta reforma. Es difícilmente concebible que haya permanecido como un simple espectador. No era el tipo de persona que permanece al margen. Él ayudó. Participó en la reforma con su predicación. Tenemos fragmentos de sus sermones.

“Con tus fornicaciones y tu maldad”, dijo, “has contaminado la tierra” (Jer. 3:2). El pueblo había abandonado al Dios que los había amado y llamado a ser y se habían dado a sí mismos en imprudente derroche a cada dios y diosa con que se toparon. Los desperdicios de vivir negligentemente trabajaron perniciosamente en el suelo del pensamiento y las corrientes del lenguaje, envenenando cada parte de la sociedad.

Jeremías les rogó: “Arad campo para vosotros” (Jer. 4:3). La superstición y la idolatría forman una dura corteza que nos hace insensibles y cerrados a la palabra que Dios habla para misericordia y salvación. El arado es una metáfora para el arrepentimiento que

prepara el terreno de nuestros corazones para recibir lo que Dios tiene para nosotros.

Jeremías fue mordaz y sarcástico: “Aunque te vistas de grana, aunque te adornes con atavíos de oro, aunque pintes con antimonio tus ojos, en vano te engalanas” (Jer. 4:30). ¿Crees que usando cosméticos puedes cambiar tu destino? Son ustedes mismos los que necesitan ser cambiados.

A través de todo esto Jeremías transmitía esperanza: “Paraos en los caminos, mirad y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino. Anda por él y hallaréis descanso para vuestra alma” (Jer. 6:16). *Hay* sendas antiguas, bien trazadas y claramente demarcadas, que llevan al bien y a Dios. Las escrituras —en este caso el rollo de Deuteronomio— señalan el camino. Si las ignoramos, tropezaremos con obstáculos. La predicación de Jeremías fue incansable en cuanto a insistir en la llana y sencilla verdad: que Dios está entre nosotros, y que podemos y debemos vivir en amor fiel a él.

Sólo una reforma superficial

La reforma se completó. Todo lo que la orden de un rey podía hacer se hizo: los grandes crímenes pararon, la religión supersticiosa empaquetada, la adoración inmoral prohibida. Pero deshacerse del mal no hace que la gente sea automáticamente buena. No pasó mucho tiempo para que Jeremías se diera cuenta de que la reforma había sido sólo superficial. Todo y nada había cambiado al mismo tiempo. Los cambios externos había sido enormes; pero los cambios internos eran imperceptibles.

No mucho después encontramos a Jeremías de pie a las puertas del templo de Jerusalén predicando un extraño sermón. Este era el mismo templo donde había tenido lugar una impresionante y exitosa reforma. Podríamos esperar una nota de felicitaciones, alabándoles por haber limpiado el lugar, por haberse deshecho de los brujos, haber prohibido la prostitución religiosa, hacer de nuevo que las calles fuera seguras para caminar sin ser robados o asesinados. Pero no escuchamos nada de esto. Todo el mundo se dirige al templo a ofrecer sacrificios como se les había ordenado hacer según el libro del momento Deuteronomio. Adorar al Señor

es algo popular y emocionante. La multitud estaba eufórica: "Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este".

¿Y qué dice Jeremías de esto? Lo siguiente: "No fiéis en palabras de mentira, diciendo: '¡Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este!'" El pueblo estaba en templo repitiendo la frase religiosa de moda y creyendo que todo estaba simplemente bien. Estaban en el lugar correcto, y decían las palabras correctas, pero *ellos* no eran correctos. La reforma era necesaria, pero no era suficiente. Porque la religión no es un asunto de acuerdos, lugares o palabras, sino de vida y amor, de misericordia y obediencia, de personas con una genuina fe.

Justo cuando Jeremías esperaba encontrar al pueblo libre de la corrupción de Manasés, entregado a una vida de fe y usando su energía en amor, practicando la justicia y la paz, llega al templo y ¿qué es lo que ve? Ve al pueblo estúpidamente complacidos consigo mismos y repitiendo la frase del momento "Templo de Jehová, templo de Jehová, templo de Jehová es este". Jeremías se enfurece.

Los lugares son importantes, muy importantes. Los locales y edificios son lugares donde nos reunimos para nuevas acciones y nuevos esfuerzos. Pero estar de pie en una iglesia cantando un himno no nos hace más santos como tampoco estar de pie en un granero y relinchando nos hace ser caballos.

Las palabras son importantes, muy importantes. Lo que decimos y la forma en que lo decimos expresa lo que es más personal e íntimo en nosotros. Pero repetir compulsivamente palabras santas no crea una relación, así como tampoco decir veinte veces al día "te amo" nos hace hábiles donjuanes.

Sólo porque la reforma fue exitosa pudo suceder algo como esto. El templo era ahora claramente el templo de Jehová y no un santuario pagano. Cuando la gente iba a él no compraba amuletos, ni visitaba a las prostitutas religiosas, ni pagaba por conocer el futuro; iban a adorar de la manera en que Moisés les había enseñado. Estaban en el lugar correcto, diciendo las palabras correctas. Y aún así Jeremías dice que la presencia de ellos allí y sus palabras eran una mentira.

Nacer de nuevo, Nacer de nuevo, Nacer de nuevo

Este sermón de Jeremías es muy importante para nosotros. Es especialmente importante en época de éxito, cuando todo va bien, cuando la iglesia es admirada y la asistencia es fabulosa. Pensamos que todo está bien y las estadísticas son extraordinarias. La iglesia nunca corre demasiado peligro cuando es popular y millones de personas dicen "He nacido de nuevo, he nacido de nuevo, he nacido de nuevo".

Jeremías se preocupa tanto por el lugar y palabras correctos como cualquier otra persona. Él, después de todo, luchó duro por esta reforma. Pero el lugar correcto y las palabras correctas no son la vida de fe, sino tan sólo la oportunidad para alcanzar la vida de fe. Pueden ser fácilmente usados como una fachada respetable para la propia corrupción. Jeremías acusó al pueblo de estar haciendo esto, de usar el templo de Dios como la fachada de una guarida de ladrones (Jer. 7:11).

Una guarida de ladrones es un lugar seguro para esconderse entre una y otra incursión en el campo para asaltar a viajeros débiles y desprotegidos. Después de sus rondas de saqueo los ladrones regresan a la cueva en donde están a salvo. Esta es la acusación de Jeremías: "Ya consiguieron un lugar seguro, ¿no es así? Este lindo y limpio templo. Se la pasan toda la semana fuera en el mundo haciendo lo que les place, tomando ventaja de los demás, explotando al débil, maldiciendo a las personas que no ceden a sus planes, y luego reparan en este lugar en donde todo es correcto, ordenado y protegido". Seiscientos cincuenta años después Jesús usó las palabras de Jeremías en su sermón de limpieza del templo (Mr. 11:15-19) y Pablo de manera similar advirtió a Timoteo sobre aquellos "que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella" (2 Ti. 3:5).

Jeremías es claro en su acusación: "Hurtáis, matáis, adulteráis, juráis en falso, quemáis incienso a Baal y vais tras dioses extraños que no habíais conocido, ¿y ahora venís y os presentáis delante de mí en esta Casa sobre la cual es invocado mi nombre, y decís: 'Somos libres', para seguir haciendo todas estas abominaciones?" Su actuación religiosa había sido impecable, pero su vida diaria era despreciable.

Es mucho más sencillo reformar el exterior que el interior. Ir a la iglesia correcta y decir las palabras correctas es mucho más fácil que llevar una vida de justicia y amor en medio de las personas con las que se trabaja y se vive. Ir una vez a la semana a la iglesia y pronunciar un entusiasta amén es mucho más sencillo que comprometerse con una vida diaria de oración y meditación de las Escrituras, lo cual lleva a preocuparse por la pobreza y la injusticia, el hambre y la guerra.

Imágenes sin sustancia

¿Las personas que hacen esto tratan deliberadamente de quitar la pelusa del ojo de sus vecinos y simular que Dios los bendice? Algunos sí, pero creo que la mayoría no. No creo que tengan segundas intenciones. Creo que han vivido por tanto tiempo en base a las apariencias externas que no tienen sentido alguno de la realidad interna. Creo que quedaron tan deslumbrados con el éxito de la reforma que creyeron que eso era todo. Vivimos en una cultura donde la imagen lo es todo y la sustancia es nada. Vivimos en una cultura donde un nuevo comienzo es mucho más atractivo que seguir un largo camino. Las imágenes son importantes. Los comienzos son importantes. Sin embargo, la imagen sin la sustancia es una mentira. Un comienzo sin una continuación es una mentira.

Jeremías trató de hacer entender al pueblo esta obvia pero evitada realidad enviándolos a un viaje de campo a Silo: "Id ahora a mi lugar en Silo, donde hice habitar mi nombre al principio, y ved lo que le hice por la maldad de mi pueblo Israel" (Jer. 7:12).

Silo fue una vez el lugar santo más famoso en la historia hebrea. Localizado en el centro del país, había sido el foco más antiguo de adoración y búsqueda de consejo en Israel. Cuando Josué trajo al pueblo a la tierra luego de ser liberados de Egipto y de vagar por cuarenta años en el desierto, Silo fue el lugar en donde se establecieron, colocaron el tabernáculo y dividieron la tierra entre las doce tribus. La reverenciada arca del pacto fue conservada allí. El gran profeta Samuel pronunció sus palabras de consejo allí. Silo fue un magnífico comienzo. Silo fue una imagen gloriosa. Mas ahora, Silo era tan sólo un montón de piedras en medio

del campo, podía atestiguarlo cualquier viajero que fuera de Galilea a Jerusalén. Silo había sido el lugar correcto; en Silo se dijeron las palabras correctas; pero cuando el lugar correcto dejó de caminar con Dios y cuando las palabras correctas dejaron de expresar amor y fe, Silo fue destruida.

Si esto le sucedió a Silo, también podía sucederle a Jerusalén – y a cualquier otro lugar donde la gente se reúne para adorar a Dios. No es suficiente estar en el lugar correcto, tampoco basta decir las palabras correctas; nunca será suficiente hasta que caminemos con Dios veinticuatro horas al día doquiera que vayamos, y que cada cosa que digamos sea una expresión de amor y fe.

Una carrera para toda la vida

Cuando hablo con personas que vienen a mí en preparación para el matrimonio, frecuentemente les digo: "Las bodas son sencillas, los matrimonios son difíciles". La pareja desea planificar una boda, yo deseo planificar un matrimonio. Ellos desean saber donde deben estar colocadas las damas de honor, yo quiero desarrollar un plan para el perdón. Ellos quieren discutir sobre la música de la ceremonia, yo quiero hablar sobre las emociones del matrimonio. Puedo hacer una boda en veinte minutos con los ojos cerrados, pero un matrimonio requiere años y años de alerta cuidadosa atención.

Las bodas son importantes. Son hermosas, extraordinarias, emocionales, y algunas veces también caras. Lloramos y reímos en las bodas. Nos cuidamos de estar en el lugar correcto, en el momento correcto y decir las palabras correctas. El lugar donde la gente se coloca es importante. La manera en que la gente se viste también lo es. Cada detalle –estas flores, aquel candelero– es memorable. Pero al mismo tiempo, las bodas son sencillas.

Los matrimonios, en cambio, son complejos y difíciles. En el matrimonio hay que trabajar en cada detalle de la vida, en las promesas y compromisos adquiridos durante la boda. En el matrimonio desarrollamos la rica y larga vida de amor fiel que la boda anuncia. El evento de la boda sin la vida del matrimonio no vale mucho. Es irrelevante si el hombre y la mujer se colocan sus

trajes de boda y repiten la ceremonia en cada aniversario y dicen: "Estoy casado, estoy casado, estoy casado", si no comparten amor diariamente, si no hay continua ternura entre ellos, si no se escuchan atentamente, si no hay entre ellos un dar y un bendecir que sean creativos e inventivos.

La reforma de Josías fue como una boda. Jeremías estaba preocupado por el matrimonio. Era un gran logro repudiar a Manasés y restablecer el pacto del pueblo con su Dios, pero era una carrera para toda la vida abrazar el amor de Dios y andar en sus caminos. El pueblo celebró la reforma de Josías, pero ignoraron el mensaje de Jeremías. Mas el logro de toda una vida de Jeremías sobrevivió, la sensiblería religiosa de las masas jamás pudo cortar su percepción ni enmudecer su insistente testimonio.

6 Desciende a casa del alfarero

*Palabra de Jehová que vino a Jeremías, diciendo:
"Levántate y desciende a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras". Descendí a casa del alfarero, y hallé que él estaba trabajando en el torno. Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en sus manos, pero él volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla.*

Jeremías 18:1-4

Es de hecho por analogía, según creo, que la mente hace sus movimientos más ricos, y es por analogía según creo que la mente hace su más profundo uso de lo que ha comprendido; o en todo caso creo que esta es una forma adecuada de mirar el trabajo de la mente en una sociedad como la nuestra, sin un carácter fijo, y operando bajo una revelación que resulta haber sido imperfectamente comprendida. Es por medio de la analogía, después de todo, que el halcón puede escuchar de nuevo al cetrero, que las cosas pueden estar de nuevo juntas, y ser sostenidas en el centro.

R. P. Blackmur¹

Willi Ossa fue un artista que trabajó como portero nocturno en una iglesia del oeste de Nueva York para mantener a su esposa y su pequeña hijita. Durante el día pintaba. Alemán de nacimiento, Willi creció durante los años de la guerra y luego se casó con una joven estadounidense, hija de un oficial del ejército de ocupación. Conocí a Willi cuando era estudiante de teología y trabajaba en la misma iglesia como pastor asistente.

A Willi le gustaba hablar de religión, y a mí me gustaba hablar de arte. Nos hicimos amigos. Nos llevamos bien y teníamos largas conversaciones. Willi decidió pintar mi retrato. Fui a su casa en la calle 92 oeste, un par de veces por semana cuando iba camino a la iglesia a trabajar y me sentaba por unos 30 minutos mientras él hacía mi retrato. Día tras día, semana tras semana, permanecí sentado mientras él pintaba. Un día su esposa entró a la habitación y miró el retrato que estaba ya casi acabado y exclamó con furia: "*Krank, krank!*" Yo conocía el suficiente alemán como para saber que ella estaba diciendo: "¡Parece enfermo! ¡Lo pintaste como si fuera un cadáver!"

Él le respondió: "*Nicht krank, aber keine Gnade*" – "él no está enfermo; esa es la forma en que luce cuando no hay compasión en él, cuando la misericordia ha sido extraída de él".

Un par de frases a medio entender fueron suficientes para que yo pudiera adivinar correctamente, sin ver el retrato, qué es lo que estaba haciendo Willi. Con frecuencia habíamos hablado hasta tarde en la noche sobre la fe cristiana. Él odiaba la iglesia. Pensaba que los cristianos eran hipócritas, todos ellos. Él había hecho una excepción parcial conmigo en honor a la amistad. Todos los cristianos que él había conocido habían colaborado y bendecido a los nazis. Los cristianos que él había conocido eran responsables de los campos de concentración y la cremación de seis millones de judíos. Los cristianos que él había conocido habían transformado a su amada Alemania en una máquina pagana de guerra. En la experiencia de Willi, la palabra *cristiano* estaba asociada con la iglesia estatal, con aquellos que habían sido bautizados, tomado la comunión y tocaban a Mozart mientras permitían que la nación cayera en las peores atrocidades que el mundo jamás hubiera visto.

Su argumento era que la iglesia extraía el espíritu y la moralidad de las personas y las reducía a funcionar en una burocracia donde las etiquetas tomaban el lugar de los rostros y los roles eran más importantes que las relaciones humanas. Si yo argumentaba la posición contraria, él se volvería más vehemente. El inglés de Willi era bueno pero no fluido, cuando se emocionaba comenzaba a hablar en alemán. “No hay misericordia en la iglesia, *keine Gnade*, no hay compasión”. Él me decía que jamás me hiciera pastor. Si lo hacía, en veinte años no sería más que un clérigo de ojos hundidos bueno para nada que no fuera trabajo de oficina.

Eso era lo que había estado pintando día tras día sin que yo lo supiera: una advertencia profética. No era una retrato de mí en el presente, sino de lo que él estaba seguro yo llegaría a ser si persistía en ser cristiano.

Aun conservo aquella pintura. La tengo en un closet y saco para verla de vez en cuando. Los ojos son planos y vacíos. El rostro luce demacrado y enfermo. Nunca creí que lo que él estaba pintando pudiera llegar a suceder –si así fuera, jamás me hubiera hecho pastor– pero sí sabía que era una posibilidad. Ya sabía eso antes de conocer a Willi Ossa. Lo supe leyendo las Escrituras y mirando alrededor mío. Su imaginación artística creó un retrato que era mucho más vívido que cualquier advertencia verbal. El artista nos muestra lo que sucede antes de que suceda. El artista tiene ojos para conectar lo visible con lo invisible y la habilidad para mostrarnos por completo lo que en nuestra distracción descuidada vemos sólo por partes. Así que miro el retrato y luego me miro en el espejo y comparo.

Maestro de la imaginación

Jeremías tenía una imaginación artística. Fue una de las imaginaciones poderosas en la historia de la humanidad. Su imaginación, usada en la vocación profética, nos mantiene en contacto con la realidad de Dios y nuestras vidas esenciales. La imaginación de Jeremías nos despierta a la realidad de Dios que penetra todo a nuestro alrededor, nos muestra como lucen nuestras vidas desde adentro, y nos obliga a examinar lo que suponemos estamos haciendo y lo que Dios está haciendo en nosotros.

Jeremías, atento y sensible a la dirección de Dios, recibió la orden siguiente: “Levántate y descende a casa del alfarero, y allí te haré oír mis palabras”. La tarea de Dios, por medio de Jeremías, es esta: ¿Cómo hago para que este pueblo me tome seriamente, justo donde están? ¿Cómo hago para que vean lo que estoy haciendo en este preciso momento en sus vidas y en su historia, invisible y silenciosamente, pero segura y eternamente? ¿Cómo hago para que vean las conexiones entre lo que están haciendo y lo que serán en diez o en veinte años? ¿Cómo hago para que vean las continuidades entre lo que hice por medio de Abraham, Moisés y David, y lo que son ellos ahora? ¿Cómo los puedo sacar de sus egos tediosos y llevarlos a mi gloriosa voluntad aquí y ahora? “Desciende a casa del alfarero”.

Los grandes maestros de la imaginación no inventan cosas a partir del aire, ellos llaman nuestra atención sobre aquello que está frente a nuestros ojos. Luego nos hacen verlo de manera completa, no en fragmentos sino en su contexto, con todas las conexiones. Ellos conectan lo visible con lo invisible, *esto* con *aquello*. Nos ayudan a ver lo que está todo el tiempo alrededor nuestro, pero que generalmente obviamos. Con su ayuda vemos tales cosas no como algo simple sino asombroso, no como algo banal sino maravilloso. Por esto, la imaginación es uno de los ministerios esenciales en la nutrición de una vida de fe, porque la fe no es un escape a la vida diaria, sino una zambullida en sus profundidades.

“Desciende a casa del alfarero”. Desciende a la tienda del zapatero. Desciende al puesto del carnicero. Desciende a la tienda de comestibles. Ve donde sea necesario, hay trabajo por hacer todos los días. En nuestra comunidad hubiera enviado al profeta a la estación de gasolina. En el Israel del siglo séptimo antes de Cristo, la casa del alfarero era un elemento fijo en cada comunidad. El alfarero era un artesano cuyo lugar de habitación era conocido por todos, cuya actividad era conocida por todo el mundo y cuyo trabajo era necesario para el mantenimiento de la vida diaria.

“Descendí a casa del alfarero, y hallé que él estaba trabajando en el torno”. Jeremías observa al alfarero trabajando. Está trabajando en el torno que tiene una masa informe de arcilla sobre él. Gira

el torno y con ágiles dedos da forma a la arcilla. Un poco de presión aquí, un poco más allá, un vaso comienza a tomar forma a partir de la informal masa.

¿Se da cuenta de lo importante que es la cerámica? La invención de la cerámica provocó una revolución. Antes de la cerámica sólo había tribus nómadas, siguiendo manadas de animales, yendo de una fuente de alimento a otra, víctimas de la sequía y el hambre. No había tiempo para desarrollar nada, ningún tiempo libre que se reflejara en nada. Era una existencia de subsistencia, sobrevivir día a día. Mas la invención de la cerámica hizo posible guardar y llevar cosas. Luego fue posible estar en un lugar por cierto tiempo porque se podía llevar el agua y almacenar el grano para la próxima comida del invierno. Se podía entonces cocinar y transportar las mercancías. La invención de la cerámica señaló una revolución y esta revolución es lo que conocemos como civilización, la era del Neolítico.²

Imagínese cómo sería la vida si no dispusiéramos de recipientes en donde guardar las cosas: sin cacharros, sin cuencos ni platos, sin cubetas ni vasijas, sin envases ni barriles, sin cajas de cartón ni bolsas de papel, sin graneros ni cubas para almacenar aceite. La vida estaría reducida a lo que pudiéramos manejar en un solo día, a lo que pudiéramos sostener en nuestras manos. La cerámica hizo posible que las comunidades se desarrollaran. La vida se extendió más allá de lo inmediato, más allá de lo urgente.

El impacto real de la invención de la cerámica es inmenso. Pero hay algo más que es igualmente importante. Nunca nadie ha podido hacer una vasija de barro que sea *sólo* una vasija de barro. Cada vasija es también una forma de arte. La cerámica siempre está en un constante cambio a medida que los ceramistas encuentran nuevas proporciones, diferentes maneras de dar forma a sus vasijas en agradables combinaciones de figuras. No existe cerámica alguna que además de ser útil no tenga evidencia de belleza. La cerámica es hecha, diseñada, pintada, vidriada y cocida de manera artística. Es uno de los elementos más funcionales de la vida, y es también uno de los más bellos.

En los tiempos de Jeremías nadie colocaba una pieza de cerámica sobre la mesa tan sólo para admirarla ni para dar un

toque de elegancia a un estante vacío. Pero tampoco nadie, y esto es muy significativo, usó una pieza de cerámica sólo porque era útil, siempre hubo evidencia de la mano del artista en ella.

Es difícil para nosotros entender el significado de esta combinación, porque vivimos en una época muy diferente. Generalmente separamos lo útil de lo hermoso, lo necesario de lo elegante. Usamos bolsas de papel como recipientes a los cuales nadie se molesta en dar forma, color o diseño. Después de todo, lo único que queremos es algo en donde llevar nuestros comestibles a casa. Luego compramos pinturas para embellecer las paredes de nuestras casas. Construimos insípidos edificios de oficinas y antiestéticas fábricas para nuestro necesario trabajo, y luego construimos museos para contener los objetos hermosos. Pero hubo una época en la historia cuando estas cosas fueron hechas mejor, cuando lo necesario y lo bello estaban integrados, cuando de hecho, era imposible pensar en ellos por separado. Para Jeremías este fue ciertamente el caso: no hubo bolsas de papel ni museos, pero sí cerámica. En todas partes. Útil y hermoso. Funcionalmente necesario y artísticamente elegante al mismo tiempo sin sentido alguno de que ambos elementos pudieran estar separados.

La imaginación de Jeremías comenzó a trabajar mientras estaba de pie frente al alfarero con su vasija de barro en el torno. Jeremías había visto toda su vida alfareros trabajando, pero ese día vio algo más, vio a Dios haciendo un pueblo para su gloria. El pueblo de Dios. Personas creadas a imagen de Dios. Necesarias, pero no sólo necesarias, sino también hermosas cada una de ellas. Hermosas, pero no sólo hermosas, sino también necesarias cada una de ellas. Cada ser humano es una unión inseparable de necesidad y libertad. No hay ser humano que no sea útil con un papel por cumplir en lo que Dios está haciendo. Y tampoco existe ser humano alguno que no sea único con líneas, formas y colores especiales que lo distinguen de todos los demás. Todo esto se hizo claro para Jeremías en la casa del alfarero: el hecho bruto del barro, terroso e inerte, moldeado por las manos del alfarero para un propósito, y luego a medida que toma forma, la realización de una individualidad diseñada de manera única y una utilidad

de amplio espectro que tendrá una vez que la vasija sea terminada, pintada, cocida y vidriada. Dios nos moldea para sus propósitos eternos y él comienza justo desde aquí. El polvo del cual somos hechos y la imagen de Dios en la cual somos hechos son una misma.

La vasija estropeada

Y luego la vasija se dañó: "Y la vasija de barro que él hacía se echó a perder en sus manos".

Jeremías sabía de eso. Él sabía de vasijas estropeadas, hombres y mujeres con impurezas y manchas que se resistían a las manos modeladoras del creador. Él tenía que lidiar diariamente con personas inútiles: las imperfecciones hicieron que sus vidas gotearan, de manera que no podían contener ni vino ni agua; un error de proporción hizo que sus vidas se tambalearan o vacilaran, siendo inestables y poco confiables. Jeremías tenía otras palabras para esto: pecado, rebelión, egoísmo, deambular. Pero nunca había tenido una imagen tan llamativa para eso.

Jeremías siguió observando. ¿Qué haría ahora el alfarero? ¿Patear el torno y refunfunar? ¿Lanzar la arcilla a la basura e ir al mercado a comprar una nueva de otra marca? Nada de eso. "Él volvió a hacer otra vasija, según le pareció mejor hacerla". Dios amasó y presionó, haló y apretó. El trabajo creativo comienza de nuevo, paciente y hábilmente. Dios no se rinde. Dios no desecha lo que está estropeado. Utilizando otra imagen, George Herbert vio y dijo la misma cosa: "Las tormentas son el triunfo de su arte".³

Esperanza y advertencia

Esperanza y advertencia se juntan en este mensaje: "Como el barro en manos del alfarero, así sois vosotros en mis manos, casa de Israel" (Jer. 18:6). Se expande en ambas direcciones: "si esas naciones se convierten de su maldad contra la cual hablé, yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles" (Jer. 18:8). Por otra parte, "si hacen lo malo delante de mis ojos, no oyendo mi voz, me arrepentiré del bien que había determinado hacerles" (Jer. 18:10). Ninguna predicción siniestra se posa sobre nosotros. Ninguna promesa alentadora para la perezosa indolencia. "La arcilla

puede frustrar la intención del alfarero y hacer que cambie de opinión: de la misma forma en que la calidad de la arcilla determina lo que el alfarero puede hacer con ella, la calidad del pueblo determina lo que Dios puede hacer con él".⁴

El pueblo se rehusaba a responder, a participar, a involucrarse voluntariamente en el propósito modelador de Dios: "Es inútil, porque en pos de nuestros ídolos iremos, y haremos cada uno el pensamiento de nuestro malvado corazón" (Jer. 18:12). ¿Se sentía el pueblo prisionero de sus vidas y simplemente hacían lo mejor (o lo peor) que podían? Jeremías no se resignaría a su fatalismo. Él les predica, les confronta. Su visita a la casa del alfarero y su mensaje sobre la elaboración de la cerámica son usados para hacer que el pueblo respondiera al Dios que misericordiosamente moldea sus vidas haciéndoles útiles y bellos. En un panorama como este, incluso sus juicios serán vistos como misericordiosos.

En su incredulidad terca y obstinada el pueblo experimentaría el más allá de lo que hubieran creído posible, con su punto máximo en la caída de Jerusalén y el exilio a Babilonia, pero jamás serían descartados.

Dios el alfarero

Este es uno de los sermones más poderosos de Jeremías. Esta imagen ha capturado la atención de la gente de fe en todas partes. Su efectividad residió en parte, en que Jeremías la experimentó antes de predicarla. Ningún acto de imaginación, profético o artístico, es poderoso si no proviene de la vida interior. Esta imagen se había estado formando por largo tiempo dentro de Jeremías. La primera palabra que Jeremías escuchó de Dios fue "Antes que te formara en el vientre, te conocí" (Jer. 1:5). El verbo *formar* es *yatzar*. Ahora, cuando Jeremías está preparado para presentar ante el pueblo una imagen por medio de la cual puedan entenderse a sí mismos en relación con su Dios, se detiene en casa del *yotzer*, el alfarero. La palabra por la cual Jeremías aprendió primero a entender su propia vida, *yatzar*, es la palabra que ahora es usada para hacer entender al pueblo sus vidas: Dios formó a Jeremías; Dios está moldeando al pueblo. Dios es un alfarero, un *yotzer*, trabajando en su torno en Jeremías la vasija de barro, en el pueblo

quienes son una vasija de barro; él los forma, *yatzar*. Jeremías predica al pueblo lo que él mismo ha experimentado.

Toda verdad debe ser experimentada personalmente antes de que sea completa, antes de que sea auténtica. Esta verdad, la de que Dios nos moldea y que somos formados por Dios, fue la de Jeremías desde el comienzo. Él la había vivido en detalle. El había estado en el torno del alfarero desde antes de su nacimiento. Ninguna palabra podría haber significado más para Jeremías que esta, *formado* por Dios. Jeremías experimentó su vida como la obra creada por Dios. Él no fue una acumulación aleatoria de células, él fue formado por manos amorosas y hábiles. Él no era un material con potencialidades esperando la oportunidad perfecta cuando pudiera, imponiendo su voluntad, hacer algo de su vida; él ya había sido hecho algo por Dios, formado para sus propósitos.

La vida de fe es bastante física. Ser cristiano es mucho más que un asunto de la realidad material, de las cosas, del espacio y del tiempo. Significa ser arrojado al torno del alfarero y que nuestro ser íntegro sea moldeado en algo útil y hermoso. Cuando no somos útiles o bellos somos re-moldeados. Doloroso, pero necesario.

El retrato de Willi Ossa me muestra en lo que me convierto si me desvío o reniego de mi fe personal en un Dios misericordioso. La vasija de Jeremías me muestra en lo que me convierto si someto mi vida al Dios creativo y misericordioso. Nuestras vidas se transforman en la cerámica que hace posible el surgimiento de la civilización, lo que Jeremías llamó el "pueblo de Dios", lo que Jesús llamó el "reino de Dios", lo que Agustín llamó la "ciudad de Dios". El hombre ya no está más solo y el diablo es relegado. Somos recipientes, "regiones del ser" en palabras de Heidegger, en los cuales el amor, la salvación y la misericordia son conservados y compartidos. Todo está conectado y tiene sentido ahora, la forma de la creación y la forma de la salvación, la mano modeladora de Dios y la forma de mi vida.

7 Pasur azota a Jeremías

El sacerdote Pasur hijo de Imer, que presidía como principal en la casa de Jehová, oyó a Jeremías profetizar estas palabras. Entonces Pasur hizo azotar al profeta Jeremías y lo puso en el cepo que estaba en la puerta superior de Benjamín, la cual conducía a la casa de Jehová. Al día siguiente, Pasur sacó a Jeremías del cepo. Le dijo entonces Jeremías: "Jehová no ha llamado tu nombre Pasur, sino Magor-misabib".

Jeremías 20:1-3

Contrariamente a lo que se podría esperar, recuerdo con particular satisfacción experiencias que en su momento parecían muy desoladoras y dolorosas. De hecho, puedo decir con toda sinceridad que todo lo que he aprendido en mis setenta y cinco años este mundo, todo lo que verdaderamente ha enriquecido e iluminado mi existencia, ha sido a través de la aflicción y no a través de la felicidad, ya fuera buscado o alcanzado. En otras palabras, si alguna vez fuera posible eliminar la aflicción de nuestra existencia terrenal por medio de algún medicamento o alguna otra panacea médica... el resultado no sería hacer la vida encantadora, sino hacerla demasiado trivial y superficial como para ser soportable. Esto es, por supuesto, lo que la Cruz significa. Y es la Cruz, más que cualquier otra cosa, lo que me llevó inexorablemente a Cristo.

Malcolm Muggeridge¹

Mi primera asignación después de ser ordenado pastor casi acaba conmigo. Había sido llamado para ser pastor asistente en una grande y opulenta iglesia de los suburbios. Me sentí contento de formar parte de una organización obviamente ganadora como esta. Después de estar allí por un corto tiempo, algunas personas se me acercaron para pedirme que les impartiera un estudio bíblico. "Por supuesto", les dije, "nada me agradaría más". Nos reuníamos los lunes en la noche. No eran muchos, unas ocho o nueve personas, pero **eran tres veces el dos o tres que Jesús definió** como quórum. Ellos estaban ansiosos y atentos; y yo muy entusiasmado. Después de unas cuantas semanas el pastor principal, mi jefe, me preguntó qué era lo que estaba haciendo los lunes en la noche. Le conté sobre las reuniones. Me preguntó cuántas personas estaban asistiendo. Le dije cuántas. Me dijo que tendría que suspender el estudio.

"¿Por qué?", le pregunté.

"No justifica los costos. Son muy pocas personas en las que inviertes tu tiempo".

Luego pasó a decirme cómo debía gastar mi tiempo. Me habló de los principios de una administración eclesiástica exitosa: las multitudes son importantes, los individuos son prescindibles; lo positivo siempre debe ser acentuado, lo negativo siempre debe ser suprimido. No esperes demasiado de la gente, tu trabajo es hacerlos sentir bien sobre sí mismos y sobre la iglesia. No hables demasiado sobre abstracciones como Dios y el pecado, trata con asuntos prácticos. Teníamos un elaborado programa musical costosa y brillantemente elaborado. Los sermones duraban siete minutos y siguiendo el estilo del Padre Taylor (el predicador-pescador de Boston que sirvió de modelo para el Padre Mapple en la obra *Moby Dick* de Melville) en contra del trascendentalismo del último siglo: que una persona no podía ser convertida escuchando sermones, así como tampoco se podía intoxicar tomando leche desnatada.²

Pronto me di cuenta que no encajaba en aquella iglesia. Había pensado que estaba allí para ser pastor: para proclamar e inter-

pretar las Escrituras, para guiar a la gente a una vida de oración, para estimular la fe, para comunicar la misericordia y el perdón de Cristo en los momentos especiales de necesidad, para enseñar a la gente a vivir como discípulos en medio de sus familias, de sus comunidades y su trabajo. De hecho, había sido contratado para ayudar a conducir una iglesia y hacerlo de la manera más efectiva posible: para ser un animador de esta dinámica organización, para reclutar miembros, para prestarla dignidad de mi oficio a ciertas ocasiones ceremoniales, para promover la imagen de una prestigiosa institución religiosa.

Salí de allí tan pronta y decorosamente como pude. En ese momento pensé que simplemente no había tenido suerte. Luego me di cuenta que mi experiencia no era del todo extraña. Aquellas contrastantes expectativas y el conflicto que derivó de ellas son un tema recurrente en la historia de la religión.

Expectativas conflictivas

Algunas personas vienen a la iglesia buscando una forma de hacer que sus vidas sean mejores, para sentirse bien consigo mismos, para ver las cosas de mejor manera. Organizan un ritual y contratan a un predicador para que esto sea así. Otras personas vienen a la iglesia porque quieren que Dios los salve y los guíe. Aceptan el hecho de que las tentaciones, el sufrimiento y el sacrificio están involucrados en el abandono de un estilo de vida que pueden controlar a cambio de una existencia incierta en la cual Dios está en control. Un grupo de personas ve la religión como una manera para alcanzar una vida exitosamente feliz, nada que interfiera con el éxito o interrumpa la felicidad será tolerado. El otro grupo ve la religión como un camino en el cual la gente herida, imperfecta y estropeada se vuelven un todo en relación a Dios, todo será aceptado (burlas, dolor, renuncia, autonegación) para poder profundizar y ampliar esta realidad.

Una vía es el camino es la obtención de lo que yo quiero; la otra vía es un compromiso conmigo mismo de ser lo que Dios quiere. En todo tiempo y en todas partes estas expectativas contrastantes se evidencian. Estas fueron visibles en la experiencia de Jeremías y chocaron un día en Jerusalén en una ruidosa y dramática confrontación.

El predicador popular

En la época de Jeremías hubo un extraordinario avivamiento religioso. La reforma implementada por el rey Josías limpió el país, hizo conocida la verdad de Dios y su adoración popular. Jeremías fue uno de los predicadores de la reforma. Estuvo, sin duda alguna, encantado de que la gente estuviera atestando el templo. No hay duda alguna de que él estaba contento de que las Escrituras estuvieran siendo conocidas y enseñadas de nuevo.

El predicador más popular en Jerusalén en aquellos años fue, sin embargo, probablemente Pasur. Pasur era el jefe supervisor en el templo de Jerusalén, un hombre prominente. Al verlo al frente de un floreciente establecimiento religioso, el templo, era imposible evitar sentirse mejor. Su entusiasmo era contagioso. Cuando extendía sus brazos para bendecir, todos, desde el más pequeño hasta el más grande, sabían que estaban incluidos. Todos amaban escucharlo: era un hombre positivo, fehaciente, confiable. Tenía la habilidad de extraer lo mejor de todo. Era capaz de buscar en las Escrituras y hallar textos que hicieran brillar el más oscuro día.

Vivir es difícil. Muchas cosas pueden salir mal. Podemos ejecutar nuestros planes cuidadosamente y aún así las cosas pueden salir mal. Tratamos de avanzar, pero inesperadamente algo interfiere y nos damos de bruces. Los accidentes. El clima. Las contrariedades normales de la vida. La ley de Murphy. En medio de esto, algunos hombres y mujeres hacen que todo luzca mejor. Hay un tono en sus voces que disipa la penumbra. Tienen una sonrisa que es contagiosa. Dicen que todo va a estar bien, y lo creemos.

No es una ventaja desdeñable tener un lugar a donde ir de vez en cuando para aliviar las tensiones, tener a una persona que cumpla esta función para nosotros —un lugar como el templo, una persona como Pasur. Él podía ver la dimensión positiva en todas las cosas. El interpretaba la escena actual de manera que las ansiedades eran aliviadas y el miedo desaparecía. Pasur era un bien de la nación. Tenía un montón de imitadores, profetas, sacerdotes y maestros especializados en encontrar la manera de masajear la psique nacional. Flannery O'Connor describió a uno de sus descendientes del siglo veinte: "Él es realmente una combinación

de ministro y masajista”³ Su palabra favorita es paz: “Todo va a estar bien; Dios está realizando su propósito en nosotros; somos el pueblo de Dios; él bendecirá a toda la tierra por medio nuestro”. Celebran el pasado ilustre –Moisés el libertador, Josué el conquistador, David el dulce salmista de Israel, Salomón y espléndida sabiduría y riquezas. Con semejante sangre corriendo por sus venas el pueblo sabía que forman parte de una elección inviolable.

Había, para ser sinceros, unos cuantos problemas: un índice delictivo desmesurado, reportes escandalosos de injusticia, una brecha creciente entre el rico y el pobre. Y aun así, la vida religiosa del pueblo había sido limpiada en público, era un secreto a voces que todos los viejos ritos de fertilidad estaban siendo practicados en lugares apartados del país (“junto a los árboles frondosos y en los collados altos, en las montañas y sobre el campo” –Jeremías 17:2, 3). Lo que el movimiento de reforma había logrado mayormente fue quitar de la vista el comportamiento escandaloso y hacer que ir al templo fuera popular de nuevo.

Pero esto no amedrentó los pensamientos positivos de Pasur. La gente lo amaba. La gente colmaba el templo para ser confortados por su suave voz, para ser animados por su deslumbrante sonrisa: “Dios te ama... Paz, paz, paz”.

Paz, Paz, y no hay Paz

Hay un hombre en Jerusalén que no estaba impresionado por Pasur. Jeremías no podía tragarlo. Lleno de exasperación, le dijo: “desde el profeta hasta el sacerdote todos practican el engaño. Y curan la herida de la hija de mi pueblo con liviandad, diciendo: ‘Paz, paz’, ¡y no hay paz!” (Jer. 8:10, 11).

El trabajo de un profeta no consiste en restar importancia a las cosas sino en corregirlas. La función de la religión no es hacer que la gente se sienta bien sino hacerlas buenas. ¿Amor? Sí, Dios nos ama, pero este amor es intenso y exige ser correspondido con amor y fidelidad. Dios no desea mascotas domésticas para acariciar y alimentar; él desea gente libre y madura que responda a él con auténtica individualidad. Para que esto sea posible debe haber honestidad y verdad. El yo debe ser derribado de su pedestal. Debe haber corazones puros y una inteligencia clara, confesión de pecado y compromiso de fe.

¿Y la paz? Sí, Dios da paz. Pero no es la paz que acompaña a todo aquel que evita el contacto con todo lo que sea desagradable. No es la paz alcanzada al negarse a hablar sobre temas dolorosos o tocar asuntos delicados. Es la paz duramente ganada cuando se aprende a orar. Hay mal que combatir, apatía que derrotar, monotonía que retar, ambición que confrontar. Hay personas alrededor nuestro, niños y padres, jóvenes y adultos, que están siendo pisoteados y violentados, que están siendo heridos y menospreciados. Cualquier predicación de paz que de la espalda a esta realidad es una farsa cruel.

El éxito no es malo, y tampoco el reconocimiento. El que un predicador tenga delante de sí a una multitud de personas no es evidencia de venta exitosa de entradas, así como tampoco es prueba de superficialidad cuando una iglesia está completamente llena. Y tampoco, tomando el caso contrario, es una prueba de integridad que un hombre sea perseguido y huya fuera de la ciudad por lo que ha dicho. Él podría ser, de hecho, un peligroso fraude. Tampoco la pobreza puede ser tenida como una prueba de valiente autenticidad, la persona puede simplemente incompetente. Lo que está mal es evaluar el valor de las palabras y los hechos por su popularidad. Lo que es escandaloso sólo aprobará lo que es aplaudido. Lo que es desastroso asumirá que sólo lo celebrado es genuino.

Hay tiempos en los que la verdad es ampliamente escuchada y tiempos en los que no. Jesús tuvo una congregación de cinco mil personas un día y luego cuatro mujeres y dos aburridos soldados, en otro. Su mensaje fue el mismo en ambos días. Debemos aprender a vivir según la verdad, no según nuestros sentimientos, no según la opinión del mundo, no según lo que el último sondeo estadístico nos dice que es la moralidad aceptada, no según lo que los publicistas nos dicen sobre lo que es el más gratificante estilo de vida. Somos educados en la fe bíblica para analizar inteligentemente lo que los expertos dicen, lo que los estudios dicen, lo que los políticos dicen, lo que los pastores dicen. Se nos enseña a escuchar la Palabra de Dios, a escudriñarlo todo en relación a los que Dios nos revela en Cristo, a descubrir todo significado y valor al examinar la vida en relación con la voluntad de Dios.

Ego despótico

El trabajo de Jeremías era poner en evidencia las mentiras y hablar la verdad. ¿Por qué nos tragamos tan fácilmente las mentiras? ¿Por qué se nos hace tan difícil aceptar la verdad? Porque siempre estamos buscando ofertas. Nos gusta regatear. El modo fácil no existe. Sólo existe un camino. Si vamos a ser seres humanos completos, debemos incluir a Dios. Necesitaremos ser rescatados de nuestros despóticos egos que nos reducen a ser algo menos que humanos. Tendremos que exponer la vida egocéntrica y proclamar la verdad del teocentrismo.

Jeremías quería que el pueblo practicara la adoración a Dios – algo energizante y sublime– en lugar de merodear alrededor del templo acicalándose frente al espejo de la autoadmiración. Por esto arregló una conferencia con algunos de los líderes de la ciudad. Los llevó a unos 300 a 350 metros al sur del templo al valle de Hinom junto al lugar de Tofet. Allí se había realizado sacrificios de niños y todavía se hacían en secreto. Era el basurero de la ciudad. El lugar apeataba.

Jeremías llevaba consigo una vasija de barro bajo su brazo. Habló a los líderes sobre sus preocupaciones. Les dijo que Dios les amaba inmensamente y tenía un propósito santo para ellos. Les dijo lo que ya tantas otras veces les había dicho, que una reforma es inútil si no cambia la vida de las personas. De nada sirve pulir el metal del templo y la calidad de las vidas de las personas es más desatendida en su pobreza. De nada sirve obedecer los mandamientos escritos en el libro de Deuteronomio si el espíritu de amor que penetra Deuteronomio es ignorado. De nada sirve ser entusiasta sobre las grandes tradiciones religiosas si la gente que no nos agrada es tratada como escoria. De nada sirve amar las ceremonias y rituales religiosos que nos hacen sentir bien y tal sentimiento nunca llega a relacionarse con buenas acciones. La verdad es interna: debemos experimentar dentro de nosotros mismos lo que profesamos. La verdad es social: debemos compartir con otros lo que profesamos. Las estadísticas son una farsa. La popularidad es una pantalla de humo. Todo lo que importa es Dios.

Estando de pie allí con aquellos líderes en el lugar de recuerdos tan espantosos, Jeremías les acusó de seguir una religión que les

aseguraba el éxito en cualquier cosa que emprendieran al mismo tiempo que estaban abandonando al Dios que los había llamado a vivir en amor y fe. Los acusó de haber tomado su religión del mundo a su alrededor, creando un ritual religioso de la gratificación lujuriosa, ofreciendo fórmulas religiosas para la prosperidad económica. Cuando terminó su corto discurso, Jeremías rompió la vasija de barro lanzándola al suelo: “Así ha dicho Jehová de los ejércitos: De esta forma quebrantaré a este pueblo y a esta ciudad, como quien quiebra una vasija de barro, que no se puede restaurar más” (Jer. 19:11).

Terror por todas partes

Las palabras viajan rápido. Para el momento en que Jeremías había vuelto al área del templo, la ciudad era un hervidero de rumores. Pasur, por supuesto, se enteró. Como jefe supervisor del templo, Pasur era responsable de mantener la exitosa operación. Un hombre como Jeremías no ayudaba en nada. Pasur lo arrestó y lo puso en el cepo en el lado norte del área del templo. Jeremías fue humillado, pero no intimidado. Habló a Pasur tan duramente como nunca antes. Poner a Jeremías en el cepo sirvió para confinarlo, pero no para callarlo. Le gritó a Pasur: “Jehová no ha llamado tu nombre Pasur, sino *Magor-misabib*, Terror por todas partes. Vendrá juicio a causa del pecado egoísta, obstinado y afianzado, y todo lo que haces es rociar agua bendita sobre él. Babilonia invadirá este lugar saqueándolo todo y llevará al pueblo cautivo. Cuando esto suceda Pasur, tu nombre será recordado como *Magor-misabib*, Terror por todas partes. Será obvio entonces que tú, y no yo, eres el responsable de disturbar la paz. La falsedad de tu predicación será expuesta, la hipocresía de tu culto exitoso será manifestada y, por esto, el juicio será inevitable. *Magor-misabib* de hecho, Terror por todas partes”.

Esta no era la primera vez que Jeremías usaba esta frase. La había pronunciado con la suficiente frecuencia como para que fuera asociada con él. Tenemos referencias de esto en otros tres mensajes (Jer. 6:25; 46:5; 49:29). Etiquetar con ella a Pasur, bajo las circunstancias, fue inútil. Pasur era el honorable oficial en jefe del templo, que dirigía espléndidos rituales y era aplaudido por

las multitudes; Jeremías estaba en el cepo, un hazmerreír. Aquel día, a medida que la gente iba al templo y veía a Jeremías, alguien tomó la frase que solía usar tan frecuentemente y la usó contra él a manera de burla. Pronto la multitud comenzó a corear para escarnecer a Jeremías: "Allí está el viejo *Magor-misabib*, Terror por todas partes".⁴

La humillación de Jeremías fue completa: fue objeto del ridículo en el cepo, apodado burlescamente con el nombre de *Magor-misabib*. La palabra que había surgido del sufrimiento y puesta en uso por la preocupación por la peligrosa existencia de su pueblo era usada ahora como una expresión de desprecio: *Magor-misabib*, Terror por todas partes; *Magor-misabib*, fuego y azufre en él mismo.

Un muro de bronce

Sin temor al cepo. Sin temor a las mofas. Sin temor a la humillación, a la vergüenza, a la inseguridad, el dolor, el fracaso o la duda. Una ciudad fortificada, una columna de hierro, un muro de bronce, de hecho.

No tenemos que estar contentos con la situación. Jeremías tampoco lo estaba. Le gritó a Pasur, y luego de gritarle a Pasur le gritó a Dios, estando enojado, herido y, en cierta forma desconcertado, por lo que les estaba sucediendo (Jer. 20:7-10). Él estaba completamente disgustado por lo sucedido, pero no tenía miedo porque la cosa más importante en esta vida era Dios —no las comodidades, ni el aplauso, ni la seguridad, sino el Dios viviente. Lo que sí temía era la adoración sin asombro, la religión sin compromiso. Él temía obtener lo que él quería e ignorar lo que Dios quería. Eso es lo único que vale la pena temer.

Que desperdicio hubiera sido los cortos y preciosos años cargados de eternidad que recibimos y malgastarlos en parloteo irrelevante cuando podemos ser, al igual que Jeremías, vehementemente humanos y apasionados por Dios.

8 Mi herida incurable

*Tú lo sabes, Jehová;
acuérdate de mí, visítame...
No me senté en compañía de burladores
ni me engreí a causa de tu profecía;
me senté solo,
porque me llenaste de indignación.
¿Por qué fue perpetuo mi dolor,
y mi herida incurable,
que no admitió curación?
¿Serás para mí como cosa ilusoria,
como aguas que no son estables?*

Jeremías 15:15, 17, 18

Hablar con Dios, creo yo, es siempre mejor que hablar sobre Dios; aquellas conversaciones pías —siempre hay en ellas un toque de autoaprobación en ellas.

Teresa de Lisieux¹

Sin duda alguna los grandes personajes atraen nuestra atención. ¿Cómo son en el interior? ¿Qué hacen cuando nadie los ve? ¿Cómo son sus vidas privadas? Nuestro apetito por el chisme, por las confesiones, por la información privada es insaciable. Por cada persona que lee el artículo de primera plana sobre el discurso de un político hay veintidós que leen la columna de chismes que describe en minucioso detalle quien cenó con el mencionado político la noche anterior. Decimos que queremos saber cómo es en *verdad* una persona. No nos conformamos con la imagen pública, el evento o suceso exterior. Nos abalanzamos sobre cada detalle, aunque sea insignificante, que pueda revelar lo que sucede tras bastidores en el corazón.

Frecuentemente esta curiosidad es una descarada mezquindad que busca reducir a las personas a nuestra estatura de manera que no nos sintamos avergonzados por nuestra pequeñez. Es el tipo de actitud sórdida que Harry Snack Sullivan encontraba tan vergonzosa: "Si tengo que ser una madriguera, por Dios que no habrá ninguna montaña". Sin embargo, existe un ávido interés por los detalles personales de las vidas de los grandes personajes que es sano. Es la búsqueda instintiva por la esencia humana que establece un vínculo de parentesco con el resto de nosotros.

¿Cómo fue Jeremías en realidad? ¿Qué hacía cuando estaba a solas? ¿Qué hacía cuando nadie lo miraba? ¿Cómo se comportaba cuando no había una audiencia a la cual dirigirse? ¿Qué hacía Jeremías cuando no estaba confrontando a alguno de los líderes religiosos de Jerusalén? ¿Qué hacía cuando no estaba gritando a los oídos de la gente sus aterradoras profecías? ¿Qué hacía cuando no estaba contrariando a los oficiales del templo y desafiando el status quo? ¿Qué hacía cuando no era noticia de primera plana?

Un profeta de oración

Existe una respuesta clara, sencilla y directa para estas preguntas: él oraba. Siete pasajes en el libro de Jeremías son llamados "confesionales".² En cada uno de ellos Jeremías habla en primera persona. Abre su corazón en ellos. Jeremías revela lo que hay en su interior cuando no hay fuegos artificiales a su alrededor. Contenemos la respiración ante sus revelaciones más

privadas. Nos decepcionamos, incluso desilusionamos, con tanta frecuencia cuando logramos acceso a los diarios, cartas, cintas de video de los grandes y admirados personajes. ¿Cuántas reputaciones públicas pueden sobrevivir a la exposición de sus vidas privadas?³

La vida privada de Jeremías es revelada en estas confesiones. Nos sorprendemos, pero no nos desilusionamos. Cuando Jeremías estaba fuera del alcance de la mirada pública él era un apasionado de Dios, oraba. La vida secreta de Jeremías es una vida de oración. La realidad que subyace a la impresionante humanidad de Jeremías es la oración.

Una mirada a Jeremías en secreto no lo muestra con algunos amigos reunidos en una fiesta e intercambiando cuentos sobre Dios, poniéndose al día en los últimos rumores sobre Dios. Dios no es algo o alguien *sobre* el cual hablar. Tampoco encontramos a Jeremías en una biblioteca estudiando sobre Dios. No estudiaba minuciosamente los volúmenes sobre Babilonia con el objeto de analizar sus creencias. No examinaba las prácticas funerarias de los egipcios para descubrir que podía aprender de su concepto sobre la inmortalidad. Dios no es una idea a ser estudiada. Tampoco encontramos a Jeremías en su escritorio con lápiz y papel usando su mente aguda y gran inteligencia para elaborar respuestas a las preguntas sobre Dios (“¿Cómo puede ser que un Dios bueno permita tiempos malos?”). Dios no es un problema a ser resuelto.

Lo que vemos es a Jeremías *orando*: hablando a Dios, escuchando a Dios. Orar es el acto en el cual nos acercamos a Dios como persona viviente, un *tú* a quien le hablamos, y no un *aquello* de lo que hablamos. Orar es la atención que damos a aquel que nos presta atención. Es la decisión de acercarnos a Dios como el centro personal, como nuestro Señor y Salvador, expresando y recogiendo por completo nuestras vidas en este acercamiento. La oración es el lenguaje personal elevado a su máximo nivel. Estos siete pasajes confesionales muestran a Jeremías en sus momentos más personales y vulnerables diciendo *Yo* y *Tú*.

La intimidad de la oración

Casi todas las personas creen en Dios y hacen de vez en cuando al respecto comentarios casuales y a la ligera. Pero la oración es

algo muy distinto. Imagine que usted está cenando con una persona con la cual desea mucho compartir —una amistad, su pareja, una persona importante para usted. La cena es un restaurante exclusivo donde todo está dispuesto para crear una atmósfera de privacidad. En su mesa hay una adecuada iluminación y todo lo demás está en las sombras. Saben que hay otras personas y actividades en el salón, pero éstas no interfieren en su intimidad. Pueden hablar y escuchar. Hay momentos de silencio llenos de significado. Cada cierto tiempo un mesero se acerca a su mesa. Hacen preguntas, ordenan la comida, piden llenar sus copas de nuevo, devuelven el brócoli porque está frío, agradecen al mesero su atento servicio y dejan una propina. Usted abandona el lugar en compañía de la persona con la cual cenó, pero en la calle la conversación se vuelve menos personal, más casual.

Esta es una ilustración de la oración. La persona con la cual nosotros apartamos tiempo para estar con ella de manera íntima, para una más profunda y personal conversación, es Dios. En esos momentos el mundo no desaparece, sino que está en las sombras, en la periferia. La oración nunca es una angustiante y completa soledad; es, por el contrario, una intimidad cuidadosamente protegida y hábilmente apoyada. La oración es el deseo de escuchar a Dios directamente, hablar con Dios directamente, y luego apartar el tiempo y hacer los arreglos necesarios para hacerlo. Resulta de la convicción de que el Dios viviente es inmensamente importante para mí y de que lo que sucede entre nosotros demanda mi atención exclusiva.

Existe, no obstante, una parodia de oración en la cual nos enganchemos con demasiada frecuencia. Los detalles son los mismos pero con dos diferencias: la persona al otro lado de la mesa es Yo mismo y el mesero es Dios. Este mesero-Dios es esencial, pero periférico. No puedes tener la cena sin él, pero él no participa íntimamente en ella. Es alguien a quien usted le da órdenes, se queja y, tal vez, al final da las gracias. La persona a la cual usted da toda su atención es Usted mismo —su humor, sus ideas, sus intereses, su satisfacción o la falta de ella. Cuando usted deja el restaurante se olvida del mesero hasta la próxima vez. Es un lugar al cual usted va regularmente, e incluso puede que hasta sepa el nombre del mesero.

Las confesiones de Jeremías no son una parodia sino algo auténtico, exclusivamente centrado en Dios: intenso, completamente centrado en Dios. Estos relatos revelan lo que es poderoso y atractivo en Jeremías. Aquí encontramos la fuente de la intensidad personal y la integridad incorruptible que es tan impresionante en Jeremías.

¿Qué ocurre en esta relación íntima entre Jeremías y Dios? Sabemos *con quién* está en secreto, pero ¿qué es lo que *dice* en secreto? La confesión de Jeremías 15 es un buen ejemplo. Algunos de nosotros somos sorprendidos por ella, por la idea no enseñada de que la oración es un hecho tranquilizador y de aceptación, de que la persona que ora está en paz con el universo. Pero vemos a Jeremías orar estando asustado, solitario, herido y enojado.

Tú lo sabes, Jehová;

acuérdate de mí, visítame

y véngame de mis enemigos. (Jer. 15:15a)

Jeremías estaba atemorizado. Maldecido y perseguido, no había lugar seguro para él. Los complots en contra de su vida, el maltrato físico y el cruel confinamiento que había sufrido aparecen en su oración. Le habla a Dios sobre lo que estaba experimentando en ese momento. Es muy claro que esta situación no era de su agrado ni aceptada por él: “¡Dios, tú me metiste en esto, ahora sácame!”

Continúa comparando su propio sentido de la urgencia con la paciencia deliberada de Dios.

No me reproches en la prolongación de tu enojo;

sabes que por amor de ti sufro afrenta. (Jer. 15:15b)

John Bright lo traduce con mayor claridad: “No permitas que tu paciencia me destruya. Ten en cuenta que por ti sufro abusos”. Pareciera querer decir: “No seas tan indulgente con mis perseguidores que lleguen a tener tiempo para destruirme”.⁴ Hay desesperación en esta frase. Jeremías lucha con hacer compatibles su conciencia de la paciencia y paso mesurado de Dios con su miedo creciente de que el tiempo se le estaba acabando. Los molinos de Dios giraban muy lentamente mientras que los motores de la persecución corrían excesivamente rápido. Nuestra programación compulsiva choca con la providencia relajada de Dios. No sólo le decimos a Dios qué hacer si también cuándo hacerlo. Tomamos a

Dios en serio –si no fuera así no le estaríamos orando– pero nos tomamos a nosotros mismos más seriamente, diciéndole exactamente qué debe hacer por nosotros y cuándo hacerlo.

La soledad

Jeremías ora luego en medio de su soledad.

Fueron balladas tus palabras, y yo las comí.

Tu palabra me fue por gozo y por alegría de mi corazón;
porque tu nombre se invocó sobre mí,

Jehová, Dios de los ejércitos.

No me senté en compañía de burladores

ni me engreí a causa de tu profecía;

me senté solo, porque me llenaste de indignación. (Jer. 15:16, 17).

Desde el comienzo Jeremías recibió la palabra de Dios con entusiasmo. Puede que aquí haya una referencia al descubrimiento en el templo del rollo de Deuteronomio, al cual Jeremías dio la bienvenida y luego se dio a la tarea de predicar como vocero de la reforma comandada por Josías. Era un trabajo encantador, pero muy solitario. Significaba años de soledad. La mayoría alegre y risueña tomó su camino, mientras Jeremías tomó el suyo en solitaria reflexión, encontrando el significado de la palabra de Dios y predicando su vívida verdad. Jeremías estaba constitucionalmente impedido de decir algo sólo porque le hubieran dicho que era cierto: él *vivió* la verdad y luego la transmitió. Había placer en vivir de esa forma. Se dio a sí mismo sin reservas a esta forma de vida que significaba tomar la palabra de Dios más seriamente que cualquier palabra humana. Pero al haber adoptado esta forma de vida, se dio cuenta que nadie más estaba con él. Estaba completamente solo. ¿Qué haría entonces? ¿Regresar a la fiesta hasta que alguien decidiera acompañarlo? Él no podía hacer eso. Se había comprometido. Habiéndose habituado al sabor de la verdad de Dios, no podía regresar a dieta insípida del chisme y el rumor. Por todo esto, se trataba de un trabajo solitario.

El dolor

Jeremías ora en medio de su dolor.

¿Por qué fue perpetuo mi dolor,

*y mi herida incurable,
que no admitió curación?* (Jer. 15:18a)

El pecado del pueblo, la crueldad del malvado y la indiferencia alucinante de la multitud todos los días, se habían convertido en una profunda herida para Jeremías. Le dolía porque le importaba. Había asumido la tarea de hablar de parte de Dios, de hablar sobre aquel amor eterno para este pueblo inconstante. Sintió entonces en su propio ser la herida dolorosa del amor no correspondido. Habiéndose identificado tan profundamente con el mensaje de Dios, también sintió el rechazo en cada hueso y cada músculo de su cuerpo. La blasfemia del pueblo lo laceraba, su torpe rebeldía lo lastimaba, sus rituales irreflexivos eran como poner sal en sus llagas. Y no había cura alguna a la vista, porque el único remedio era un pueblo que se arrepintiera y confiara en Dios. Miró en vano a su alrededor buscando alguna señal de esto.

El enojo

La oración se intensifica. Volviendo de su dolor, en un estallido de audacia, ora en medio de su enojo.

*¿Serás para mí como cosa ilusoria,
como aguas que no son estables?* (Jer. 15:18b)

Jeremías reprende a Dios. Una vez había predicado que Dios era "fuente de agua viva" (Jer. 2:13); y ahora lo acusa de ser una "cosa ilusoria" —uno de esos arroyos en el desierto que lucen como si el agua estuviera fluyendo, pero cuando llegas a la orilla descubres que está seco. El agua sólo fluye en ellos después de una lluvia, no se puede depender de ellos todo el tiempo. Lo que Jeremías dice es, de hecho, "Dios, me tomaste el pelo. Prometiste pero nunca diste".

Jeremías no era tímido en sus oraciones. Acusaciones aun más graves aparecen a medida que su cólera aumenta: "¡Me sedujiste, Jehová, y me dejé seducir! ¡Más fuerte fuiste que yo, y me venciste!" (Jer. 20:7). Una traducción ruda pero literal sería: "Primero me sedujiste y después me violaste". Me atrajiste con palabras seductoras, luego me tomaste por la fuerza e hiciste conmigo como quisiste.⁵ Nuestra ira puede ser una medida de nuestra fe. Los creyentes discuten con Dios; los escépticos discuten entre sí.

Jeremías estaba temeroso, solitario, herido y enojado cuando oraba. ¿Le sorprende? ¿El indómito Jeremías orando de semejante forma? Todos nosotros experimentamos los mismos sentimientos. Nadie que haya estado vivo ha sido ajeno a ellos. Pero, ¿oramos cuando los sentimos? Jeremías lo hizo. Todas las cosas que Jeremías experimentó y pensó las puso en relación con un Dios viviente, sabio y salvador. En el momento en que estas cosas son puestas en relación con Dios algo comienza a suceder.

Arrepentimiento

Jeremías deja de hablar pero la oración continúa, porque la oración no termina cuando nosotros terminamos de hablar. En la oración, Dios no es un simple oyente, él es un interlocutor activo. Jeremías había hablado sinceramente, ahora escuchaba anhelantemente.

Por tanto, así dijo Jehová:

*"Si te conviertes, yo te restauraré
y estarás delante de mí"* (Jer. 15:19a)

Conversión / Arrepentimiento. Esta es una de las palabras clave en la predicación de Jeremías. Ahora el mensaje que él había estado dando al pueblo es dado a él mismo. ¿Podiera ser que su desahogo de dolor estuviera matizado con autocompasión? Dios responde: "Jeremías, entiendo tu miedo, tu soledad, tu dolor, tu enojo; pero no seré indulgente contigo por eso. No te regodees en ellos. Abandónalos. Arrepiéntete. Si te conviertes (de tu autocompasión) entonces te haré volver (te restauraré) a tu profesión profética". En este pasaje encontramos un juego en la palabra *conversión/arrepentimiento*.⁶

La *parte de Jeremías* en la oración era ser honesto y personal; es *Dios* con el que trata. El primer requisito en una relación personal es ser nosotros mismos. Quitarnos las máscaras. No fingir. "Soy yo, soy yo, soy yo, Señor". La oración de Jeremías no es piadosa, no es bonita, no es educada; él dice lo que siente, y se siente atemorizado, solitario, herido y enojado. Bastante mal. La *parte de Dios* en la oración es restaurar y salvar. Ante Dios en la oración no seguimos siendo iguales. El miedo, la soledad, el dolor y la acusación están allí, pero no se quedan allí. Parte (no todo) de lo

que Jeremías estaba haciendo era sentir lástima por sí mismo de rodillas. Dios siente nuestro dolor, pero no tolera nuestra autocompasión. Dios es severo con Jeremías así como Jeremías era severo con el pueblo: "Arrepiéntete. Deja ese tipo de sentimientos porque son destructivos. Luego te restauraré y te levantarás dignamente, listo para servir otra vez en mi presencia".

Prioridades reestablecidas

La respuesta de Dios continúa.

si separas lo precioso de lo vil,

serás como mi boca.

¡Conviértanse ellos a ti,

mas tú no te conviertas a ellos! (Jer. 15:19b)

Jeremías, comprensiblemente, se desanimó porque sus palabras no producían efecto alguno. Su predicación era inútil. Todo lo que consiguió fue ser perseguido y reprochado. ¿Debería acaso cambiar de tono y hablar sobre la basura que el pueblo amaba escuchar? Dios reforzó su resolución. Mantente fiel a tu llamado, tú serás como mi boca. "Deja que ellos vengan a ti, no vayas tú a ellos" (**traducción de Bright**). Jeremías estaba preocupado por lo que el pueblo decía; ese no debía ser su preocupación. Su preocupación debía ser Dios.

Las prioridades son reestablecidas en la oración. La diferencia es muy grande, si Dios está en el primer lugar que si está en el segundo. ¿Quién ocupa el primer lugar? ¿Dios o el pueblo? Si es Dios quien está en el primer lugar, las quejas expresan sólo lo que es natural a un trabajo duro. El trabajo vale la pena o no. ¿Qué es lo que quiero hacer realmente con mi vida? ¿Quiero amar a otros o halagarles, agradar a otros o agradar a Dios?

Establecer prioridades no es algo que se haga de una sola vez. Debe ser hecho una y otra vez. Las opiniones cambian y las circunstancias también. El humor varía. ¿Sigue siendo Dios, de hecho, la persona más importante en mi vida, o no? La oración es el lugar en el que las prioridades son reestablecidas.

Renovación

Jeremías sigue atendiendo y escucha lo siguiente:

Y te pondré en este pueblo

por muro fortificado de bronce;

pelearán contra ti,

pero no te vencerán,

porque yo estoy contigo para guardarte y para defenderte, dice Jehová.

Yo te libraré de la mano de los malos

y te redimiré de la mano de los fuertes (Jer. 15.20, 21).

Jeremías había escuchado estas palabras una vez, en su juventud (Jer. 1:18, 19). Todo lo que Dios había dicho antes, lo seguía manteniendo. La promesa seguía vigente.

No basta recordar, necesitamos *escuchar* de nuevo. La oración es el acto en el cual volvemos a escuchar. No basta con llevar con nosotros versículos memorizados, necesitamos encontrarnos diariamente con la voz resonante de Dios. La oración es ese encuentro. Las situaciones cambian. ¿Dios cambia? Oramos. Escuchamos. Dios da su palabra nuevamente –la misma palabra– y somos restaurados y renovados en nuestro compromiso.

Dios termina con cuatro frases que son, de alguna forma, sinónimas entre sí: *guardarte... defenderte... te libraré... te redimiré*. "La imagen completa de la liberación tiene muchas aristas y cada verbo provee un énfasis diferente".⁷ La conexión viva entre el llamado de Dios y el compromiso de Jeremías es reafirmada. La relación personal, la conexión del pacto, ha sido sujeta a miles de tensiones y puesta en tela de juicio una centena de veces. Lo que Walter Lippmann llamó los "ácidos de la modernidad" corren los tendones y correas que conectan nuestras vidas al propósito de Dios.⁸ La vida está en movimiento, es dinámica, cambiante y creciente. El mundo cambia y ataca. La palabra de Dios no cambia y mi llamado tampoco, pero la relación está bajo ataque constante y debe ser renovada constantemente. La determinación es esencial, pero no suficiente. En la oración Dios provee renovación. La oración no es tanto el lugar donde aprendemos algo nuevo, sino el lugar donde Dios confirma de nuevo la fe con la cual nos hemos comprometido.

Corriendo la carrera

El maratón es uno de los eventos atléticos más agotadores en los deportes. El maratón de Boston atrae a los mejores corredores del mundo. El ganador es colocado automáticamente entre los mejores

atletas de nuestra época. En la primavera de 1980, Rosie Ruiz fue la primera mujer en cruzar la línea de llegada. Ella tenía la corona de laureles sobre su cabeza en medio de las luces y los vítores.

Ella era completamente desconocida en el mundo de los corredores profesionales. ¡Una verdadera hazaña! ¡Era su primera carrera y ganaba el prestigioso Maratón de Boston! Luego alguien notó sus piernas, eran flácidas y llenas de celulitis. Las preguntas surgieron. Nadie la había visto por el curso de unos 42 kilómetros (26,2 millas). La verdad salió a la luz: se había unido a la carrera en el último kilómetro y medio.

Hubo un inmediato y amplio interés en Rosie. ¿Por qué haría eso si era seguro que sería descubierta? El desempeño atlético no se puede falsear. Sin embargo, ella jamás admitió el fraude. Repetidamente dijo que sería capaz de correr otro maratón para demostrar su habilidad. Por alguna razón jamás lo hizo. Fue entrevistada varias veces en busca de alguna pista que revelara su personalidad. Un entrevistador concluyó que ella en realidad creía que sí había corrido toda la carrera y ganado el Maratón de Boston. Fue diagnosticada como sociópata. Ella mentía natural y convincentemente sin conciencia alguna, sin sentido de la realidad en términos de lo bueno y lo malo, del comportamiento aceptable e inaceptable. Ella parecía una persona normal, brillante e inteligente, pero no tenía sentido moral que diera coherencia a sus acciones sociales.

Leyendo sobre Rosie comencé a pensar en todas las personas que conozco que quieren llegar a la línea final, pero que ingeniosamente evitan correr la carrera. Van a la iglesia los domingos coronados de sonrisas, participando en la celebración, pero no hay una vida personal que los haya conducido hasta allí, o los saque de allí. De vez en cuando se involucran en público en actos espectaculares de amor y compasión. Nos impresionamos y sorprendemos porque nunca habían hecho nada parecido antes. Pero, nunca se sabe. Es mejor darles el beneficio de la duda. Luego se descubre que todo fue un montaje: ningún compromiso personal precedió o siguió al acto. Resultan plausibles y convincentes, pero al final no corrieron la carrera, nunca creyeron en los momentos difíciles, ni oraron durante las horas de soledad, ira

y dolor. No tienen idea alguna de los que es *real* en la religión. El término adecuado para este tipo de persona es *religiópata*.

Nadie llegar a ser tan humano como lo fue Jeremías posando en una posición de victoria. Fueron sus oraciones, ocultas pero persistentes, las que lo llevaron a la completa humanidad y a la sensibilidad espiritual que anhelamos tener. Lo que hacemos en secreto determina el sonido que tendremos en público. La oración es el trabajo secreto que desarrolla una vida verdaderamente auténtica y profundamente humana.

9 Veintitrés años... sin cesar

Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, que son veintitrés años, ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y sin cesar, pero no escuchasteis. Y envió Jehová a vosotros a todos sus siervos los profetas. Los envió desde el principio y sin cesar; pero no escuchasteis ni inclinasteis vuestro oído para escuchar cuando decían: "Volveos ahora de vuestro mal camino y de la maldad de vuestras obras, y habitaréis en la tierra que os dio Jehová a vosotros y a vuestros padres para siempre".

Jeremías 25:3-5

Los alpinistas experimentados tienen un paso calmo, corto y regular, que al momento parece insignificante, pero luego este paso que mantienen a medida que van ascendiendo, mientras que el inexperto paisano se apresura, y pronto tiene que detenerse, golpe mortal de la subida... Cuando la densa neblina viene, el alpinista experto se detiene y acampa bajo alguna carpa ligera que trajo consigo, encendiendo silenciosamente su pipa, y avanzando de nuevo sólo cuando la neblina se ha disipado... ¿Desea crecer en virtud para servir a Dios, para amar a Cristo? Bueno, usted crecerá y alcanzará estas cosas si las hace algo lento y seguro, completamente real, una montaña alta y escalonada, deseoso de acampar por semanas o meses en la desolación espiritual, oscuridad y vacío en diferentes etapas de su marcha y crecimiento. Todo deseo por obtener lo mejor –lo mejor de sus propios sentimientos, el intento por eliminar o minimizar la cruz y el juicio, no es más que estúpida insensatez y pueril insignificancia.

Baron Friedrich von Hügel¹

La diferencia entre la palabra correcta y la palabra casi correcta es, según dijo Mark Twain, la diferencia entre un relámpago y una luciérnaga. Una sola palabra, si es la correcta, puede iluminar e iniciar un fuego al mismo tiempo. En el capítulo 25 de Jeremías, en el centro del libro y dado en el punto medio de su carrera profética, encontramos un ejemplo de estas palabras correctas: sin cesar, *hasbkem*.

Aquí tenemos una imagen muy interesante. *Shechem* (siquem) significa hombro. En el centro de Palestina hay dos grandes montes con forma de hombros, llamados Ebal y Gerizim. El pueblo situado entre ambos montes se llama Siquem. Cuando los israelitas llegaron por primera vez a la tierra prometida después de vagar por cuarenta años en el desierto, Josué los llevó a Siquem, y los enfiló hacia la ladera de los dos montes, una mitad en una ladera y la otra mitad en la otra ladera, y repasaron la palabra de Dios que los había llevado hasta allí. De un lado fueron invocadas las bendiciones que vendrían de una vida de verdadera adoración; del otro lado fueron invocadas las maldiciones que vendrían de una vida de rebelde egoísmo. Siquem, el centro donde la palabra de Dios fue hablada y escuchada.

Luego, como ocurre siempre con las palabras, *shechem* desarrolló también otro significado. Cuando se iba de viaje en aquellos días, se acostumbraba guardar provisiones para el trayecto en las alforjas del burro o en las del viajero mismo y ponerse en camino. En consecuencia, la palabra *shechem* se transformó también en un verbo que significa "llenar las alforjas de un animal de carga para un día de viaje".² En un país cálido como Israel era importante avanzar el mayor número de kilómetros posibles antes de que el sol subiera y comenzara a ser fatigoso, por lo que la mayoría de los viajes comenzaban por lo general mucho antes del amanecer. Eventualmente la palabra pasó a describir la actividad de aquellas personas que se levantaban antes del amanecer y hacían largos viajes con pesadas cargas.³ Se levantaban temprano para disponer del mayor número de horas posibles para hacer lo que tuvieran que hacer.

Esta es la forma del verbo que es usada aquí en el centro de Jeremías, el eje firme de su vida y su libro. "[Por] veintitrés años,

ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y sin cesar [*bashkem*], pero no escuchasteis". Por veintitrés años Jeremías se levantó de madrugada y escuchó la palabra de Dios. Por veintitrés años Jeremías madrugó y transmitió la palabra de Dios al pueblo. Por veintitrés años el pueblo permaneció adormecido, perezoso e indolente, sin escuchar nada.

Esta palabra no la encontramos solamente tan sólo en el centro del libro de Jeremías y de su vida, sino a todo lo largo de su ministerio. Tenemos once ejemplos de esto:

7:13 *Ahora, pues, por cuanto vosotros habéis hecho todas estas cosas, dice Jehová, y aunque os hablé sin cesar, no escuchasteis, y aunque os llamé, no respondisteis...*

7:25, 26 *Desde el día que vuestros padres salieron de la tierra de Egipto hasta hoy. Os envié todos los profetas, mis siervos; los envié desde el principio y sin cesar. Pero no me escucharon...*

11:7, 8 *Porque solemnemente advertí a vuestros padres el día que los hice subir de la tierra de Egipto, amonestándolos sin cesar, desde el principio hasta el día de hoy, diciendo: ¡Escuchad mi voz! Pero no escucharon ni inclinaron su oído...*

25:3 *Desde el año trece de Josías hijo de Amón, rey de Judá, hasta este día, que son veintitrés años, ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y sin cesar, pero no escuchasteis.*

25:4 *Y envié Jehová a vosotros a todos sus siervos los profetas. Los envié desde el principio y sin cesar; pero no escuchasteis ni inclinasteis vuestro oído para escuchar.*

26:5 *... para atender a las palabras de mis siervos los profetas, que yo os he enviado desde el principio y sin cesar, a los cuales no habéis escuchado...*

29:19 *... por cuanto no escucharon mis palabras, dice Jehová, que les envié por mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar. No habéis escuchado, dice Jehová.*

32:33 *Ellos me volvieron la espalda en vez del rostro, y cuando les enseñaba desde el principio y sin cesar, no escucharon para recibir corrección.*

35:14 *... os he hablado desde el principio y sin cesar, y no me habéis escuchado.*

35:15 *Envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar, para deciros: Volveos ahora cada uno de vuestro mal camino, enmendad vuestras obras...*

44:4 *Envié a vosotros todos mis siervos los profetas, desde el principio y sin cesar, para deciros: "¡No hagáis esta cosa abominable que yo aborrezco!"*

Suena como un trabajo pesado, una dura tarea, ¿no es cierto? No cabe duda alguna de que era difícil. Sabemos que Jeremías sufrió a lo largo de su vida una cantidad enorme de abusos. Tuvo que enfrentar la burla, el rechazo y la prisión. Luchó contra el desánimo, la desesperación y las ideas de rendición. ¿Para qué continuar? ¿Por qué no simplemente ajustarse a las mediocridades de su tiempo?

En uno de tales momentos, Dios confrontó a Jeremías así: "Si te cansaste en una carrera de a pié, ¿cómo podrás correr contra los caballos?" (Jer. 12:5, traducción de Bright). ¿Qué es lo que quieres Jeremías? ¿Acaso una vida doméstica e insulsa? ¿Deseas un paseo dominical con este pueblo presumido y cretino que vive como parásitos, o competir contra los caballos? La confrontación impulsó a Jeremías a salir de su enervante desesperación: "Deseo competir con los caballos". A la mañana siguiente despertó nuevamente antes del amanecer, viviendo *sin cesar y urgentemente*.

Un corazón preparado

La palabra *bashkem* ("sin cesar") tiene un amanecer en ella. Jeremías se despierta en la madrugada para hacer su trabajo. Él no es un trabajador reacio y aburrido. Hay claridad del amanecer en él. Cada día se anticipa a escuchar la palabra de Dios y luego transmitirla. Es muy probable que Jeremías conociera el Salmo 108 y hubiera sido completamente natural que lo usara como su oración matutina:

*Mi corazón está dispuesto, Dios mío,
¡dispuesto a cantarte himnos!*

Despierta, alma mía;

despierten, arpa y salterio;

¡despertaré al nuevo día! (Sal. 108:1, 2 DHH)

Jeremías optó por no aguantar durante veintitrés años, sin importar qué se levantó cada mañana antes del amanecer. El día era el día de Dios, y no el día del pueblo. Él no se levantaba cada día para enfrentar el rechazo, sino para encontrarse con Dios. Él no se levantaba para afrontar otra ronda de burlas, sino para estar con el Señor. Este es el secreto de su incesante peregrinación, no pensando con temor sobre el largo camino que le esperaba sino dándole la bienvenida al momento presente, a cada uno, con obediente delicia, con esperanza espectacular: "¡Mi corazón está listo!"

Conocemos a gente que pasa toda su vida en el mismo trabajo, en el mismo matrimonio, o en la misma profesión, que son disminuidos lenta e inexorablemente en el proceso. Son persistentes en el sentido de que siguen haciendo la misma cosa durante muchos años, pero no los admiramos particularmente por eso. Si acaso, sentimos lástima por ellos por haber quedado atrapados en una rutina tan aburrida sin energía o imaginación alguna en ella.

Pero nosotros no sentimos lástima de Jeremías. Él no estaba atrapado en la rutina, él está comprometido con un propósito. Una cosa de la cual Jeremías no da evidencia en un penoso y aburrido trabajo. Todo lo que sabemos de él nos demuestra que luego de veintitrés años su imaginación estaba aún más viva y que su espíritu era aún más fuerte que en su juventud. Nunca se resignó. Cada día era un nuevo episodio en la aventura de vivir la vida profética. Los días se sumaban a una vida de increíble tenacidad, de asombrosa resistencia.

Una vez se le preguntó a Joel Henderson cómo había hecho para escribir tantos libros. Respondió que jamás había escrito un libro. Todo lo que había hecho era escribir una hoja al día. Con su limitada energía y su restringida imaginación, una página al día era todo lo que podía manejar. Pero al final de un año él tenía un libro de 365 páginas.

La persistente fe de Jeremías contrasta con la errática e impulsiva naturaleza del pueblo con el cual vivía. Estaban repletos de proyectos, llenos de entusiasmo, pero jamás concluían nada. Eran como un personaje de las historietas de John Fowles —"quería escalar el Everest en un día; si necesitaba dos, perdía el interés".⁴

Jeremías hizo lo mejor que pudo para mostrarles el pobre estado de sus vidas. Con una audaz y sexualmente explícita metáfo-

ra capturó su atención y luego dramatizó la vanidad de sus días.

*Mira cuál fue tu conducta en el valle,
fíjate en todo lo que has hecho
tú, camella ligera de cascos
que corre en todas direcciones;
asna salvaje que tira al monte
y resopla jadeante de deseos.*

Cuando está en celo, nadie puede controlarla. (Jer. 2:23, 24 DHH).

Este es un lenguaje fuerte. Estaban en el campo mirando el valle como camella que busca pareja de un lado al otro. El resultado de su búsqueda incansable está en las huellas de la lujuria. Todo ese movimiento sin ir a ningún lado. O como el asna salvaje en celo que está en el desierto, oliendo el viento para captar la esencia de una posible pareja —sin importar cuál sea— completamente desenfrenada y sin propósito alguno que no sea la satisfacción del deseo.

Así es como lucen, les decía Jeremías. Dominados por el impulso y el apetito, sus vidas carecían de compromiso, propósito y continuidad. Eran frenéticos y ajetreados, corriendo de aquí para allá a dondequiera que hubiera la más ligera indicación de que podían satisfacer sus deseos allí. Pero ustedes no son camellos ni asnos en período de celo, ustedes son personas con la capacidad de ser fieles. ¿No es tiempo acaso para comenzar a vivir de esta manera?

Israel tuvo una larga historia de infidelidad. Toda promesa atractivamente presentada la apartaba de Dios. Toda moda pasajera era adoptada en una fugaz ráfaga de entusiasmo. Durante siglos habían tenido un amante tras otro.

En otro mensaje sobre el mismo asunto, Jeremías usa una ilustración diferente: "¿Por qué eres tan ligera para cambiar tus caminos? También serás avergonzada por Egipto, como fuiste avergonzada por Asiria" (Jer. 2:36). Aquí coloca un espejo delante de ellos y ven el reflejo de una inestable joven adolescente con un enamoramiento por el chico nuevo que se acaba de mudar a su calle. Presa de los nervios, en lo único en que puede pensar es en volver a verlo, en atraer su atención, en ser notada por él.

Cuando él la ignora, ella se va tras el chico de la calle de enfrente y la historia se repite toda de nuevo. Frívola y coqueta, la joven va de un chico a otro, sin importarle relación alguna, preocupada tan sólo por llamar la atención. Y los chicos, por supuesto, están tan sólo interesados en utilizarla. Se merecen mutuamente.

El mensaje es muy claro. Primero tuviste un enamoramiento con Asiria y aquello fue una pérdida de tiempo. Ahora tienes un enamoramiento con Egipto y terminará de la misma forma. Si alguna vez maduraste, mira atrás y recuerda aquellos tiempos de pena y vergüenza. ¡Mientras tanto Dios te ama, y una vez tú dijiste que lo amabas! Tus acciones se derivan de tus tontas fantasías. No tienen base alguna en la realidad. Nunca le importaste a Asiria; y a Egipto jamás le importarás. A Dios sí le importas. Dios no permitirá que el pueblo que él ama y creó para su gloria viva de manera tan estúpida y vacía.

Nuevas cada mañana

¿Cuándo aprendió Jeremías a ser persistente? ¿Cómo pasó esta palabra a formar parte de su vocabulario, de su vida? Ciertamente no fue observando a la gente a su alrededor. Lo aprendió de Dios.

Jeremías aprendió a vivir para Dios sin cesar porque Dios vivió en él sin cesar. Las cinco oraciones poéticas del libro de Lamentaciones (escritas en la tradición de Jeremías) expresan el sufrimiento que experimentó el pueblo de Dios durante y después de la caída de Jerusalén, el evento más desastroso de su historia. En medio de este tiempo tan terrible, y ubicado también en el centro casi exacto de estos cinco poemas que lamentan el pecado y el sufrimiento, se encuentra estos versículos: "Que por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias; nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad!" (Lm. 3:22, 23).

Allí están, "nuevas son cada mañana. ¡Grande es tu fidelidad!" La constancia de Dios no es la tenaz repetición del deber. Hay en ella toda la sorpresa y creatividad, y también toda la certeza y regularidad, de un nuevo día. Amanece cuando la espontaneidad y la seguridad arriban al mismo tiempo.

¿Puede alguien acostumbrarse alguna vez al amanecer? Cada noche "nos disolvemos en la oscuridad así como un día nos disolveremos en el polvo; nuestro propio ser, tal y como lo conocemos, es borrado del mundo de las cosas vivientes; y luego somos resucitados como Lázaro, y hallamos todas nuestras extremidades y sentidos inalterados, con la llegada del día".⁵ nunca nos acostumbramos. El amanecer es siempre una sorpresa. Algunas veces, por supuesto, no logramos responder a él. Pero cuando esto sucede intrínsecamente sabemos que se debe a una deficiencia nuestra, derivada de la enfermedad o la depresión. Si las repeticiones de la naturaleza jamás son aburridas, cuánto menos las repeticiones de Dios.

Esta es la fuente de la persistencia viva de Jeremías, su constancia creativa. Él se levantaba antes del amanecer y escuchaba la palabra de Dios. Cada madrugada, se presentaba tranquilo y atento ante su Señor. Mucho antes de que la algarabía, las quejas y las burlas comenzaran, tenía este tiempo de enfoque, descubrimiento y exploración con Dios.

"Pero", dijo Jeremías, "no escucharon... nunca prestaron la más mínima atención" (Jer. 25:3, 4 -traducción de Bright). Aquí está, entonces, la razón de nuestros estilos erráticos de vida, nuestra inconstancia, nuestra infidelidad, nuestra estúpida incapacidad para distinguir entre la moda y la fe: no madrugamos para escuchar a Dios. No encontramos a diario un tiempo fuera de las multitudes, un tiempo de silencio y soledad para prepararnos para el resto del día. "Un hombre muy original" -dice Garry Wills- "debe modelar su vida, preparar un itinerario que le permita reflexionar, estudiar y crear".⁶

Jeremías tenía una prioridad bien definida: madrugar constantemente, escuchar a Dios, luego hablar y realizar lo que había escuchado. Esto no era así porque no tuviera otra opción que seguir. Era así porque él no podía pensar en ninguna otra cosa que hacer. Había elegido lo que Jesús llamó "la cosa necesaria": escuchar atentamente y con fe a Dios.

El rasgo característico de un cierto tipo de genialidad es la habilidad y energía para volver a la misma actividad incansablemente, imaginativamente, curiosamente, durante toda

la vida. No rendirse jamás e ir tras algo nuevo; sin distraerse nunca y divertirse con algo nuevo. Agustín escribió quince comentarios del libro de Génesis. Comenzó desde el principio y nunca estuvo satisfecho de haber llegado al comienzo. Nunca creyó haber llegado a las profundidades del primer libro de la Biblia, a los mismos orígenes de la vida, a los primeros principios de la relación de Dios con nosotros. Siempre volvía a las primeras preguntas. Beethoven compuso dieciséis cuartetos para cuerda porque nunca estuvo satisfecho con lo que había hecho. Siempre se sintió intrigado y retado por la estructura del cuarteto. La perfección huía de él, siempre volvía una y otra vez en un intento por alcanzar maestría. Creemos que sus cuartetos fueron bastante buenos, pero él no pensaba igual. Así que persistió, trayendo una energía nueva y creativa a cada uno de sus intentos. La misma cosa una y otra vez, y aún así nunca la misma cosa, porque cada nuevo intento resplandece con una creatividad deslumbrante.

Y Jeremías: “[por] veintitrés años, ha venido a mí palabra de Jehová, y he hablado desde el principio y *sin cesar*”. Una sola cosa es necesaria. Y es sólo hoy cuando podemos hacerla. Y volverla a hacer. Una y otra vez. *Sin cesar*. No negligentemente, sino con toda la fuerza de una repetición.

10 Toma un rollo en blanco y escribe en él

Aconteció en el cuarto año de Joacim hijo de Josías, rey de Judá, que vino esta palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: “Toma un rollo en blanco y escribe en él todas las palabras que te he hablado contra Israel, contra Judá y contra todas las naciones, desde el día en que comencé a hablarte, desde los días de Josías hasta hoy. Quizá oiga la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles para que se arrepienta cada uno de su mal camino. Entonces yo perdonaré su maldad y su pecado”.

Llamó Jeremías a Baruc hijo de Nerías, y escribió Baruc en un rollo en blanco, dictadas por Jeremías, todas las palabras que Jehová le había hablado

Jeremías 36:1-4

Algunas personas podrían preguntarse: “¿Por qué fue dada la luz de Dios en forma de lenguaje? ¿Cómo se puede concebir que lo divino pudiera ser contenido en esos vasos quebradizos que son las consonantes y las vocales? Esta pregunta esconde el pecado de nuestra época: tratar ligeramente el éter que lleva las ondas ligeras del espíritu. ¿Qué otra cosa en el mundo es capaz de unir a los hombres a través del tiempo y el espacio? De todas las cosas en el mundo, sólo la palabra nunca muere. Tienen tan poca materia y tanto significado... Dios tomó estas palabras hebreas y exhaló en ellas su poder, y las palabras se transformaron en un vehículo vivo cargado con su espíritu. Hasta el día de hoy existen guiones entre el cielo y la tierra. ¿Qué otro medio hubiera podido ser utilizado para comunicar lo divino? ¿Acaso imágenes esmaltadas en la luna? ¿O imágenes grabadas en la roca?

Abraham Heschel¹

Franz Kafka escribió en una carta, "Si el libro que leemos no nos despierta como lo haría un puñetazo en el cráneo, entonces ¿por qué lo leemos?... Un libro debe ser como una piqueta que parta el mar congelado dentro de nosotros".² Hay dos libros-piqueta en la vida de Jeremías, el que leyó y el que escribió.

La piqueta de Deuteronomio

El libro que Jeremías leyó fue Deuteronomio. Descubierto durante las reparaciones del templo, fue el manual guía de la reforma de Josías. Jeremías creció con el libro. Él evaluó y absorbió su mensaje. Él no leyó el libro como un experto, analizándolo y explicándolo (aunque es poco probable que hubiera rechazado tales asuntos); no lo leyó como un reformador, buscando los principios que pudieran ser aplicados a la sociedad para mejorarla (aunque él participó en dicha búsqueda y aplicación); él lo leyó como una persona personalmente dirigida por Dios. Todo lo que Jeremías predicó y luego escribió muestra la influencia de lo que leyó. George Adam Smith escribió que "Jeremías escuchó en el corazón del Deuteronomio el llamado de Dios [y] dio un amén a él".³ Tres elementos aparecen en su lectura.

Al leer Deuteronomio Jeremías adquirió una memoria. Deuteronomio recapitula la totalidad de lo que significa ser el pueblo de Dios. Escrito en la forma de un discurso de Moisés en el límite entre el desierto y la tierra prometida, recoge las experiencias de haber sido salvados de Egipto, preservados en el desierto y recibido la promesa de una vida de bendiciones. Contiene las experiencias dispersas y medio recordadas del pasado y las integra en el presente. La vida es más que la diaria anotación de individuos acosados: existe un patrón, cada detalle forma parte de un diseño. La vida diaria en constante vuelo desde sus orígenes vuelve a su fuente en este acto de recopilación.

Al leer Deuteronomio Jeremías desarrolló una teología. Aprendió a pensar en Dios de forma exhaustiva, ordenada y relacional. Deuteronomio presenta a Dios en una relación de amor leal y comprometida con su pueblo. Dios no es una idea aleatoria. Dios no es una palabra para llenar los espacios de lo que no

sabemos. Dios trata activa y enérgicamente con su pueblo en amor. El *amor* es la palabra clave y característica en el libro.⁴ Este amor es tanto una característica de Dios como un mandamiento suyo. Puesto que estamos bajo este tipo de Dios, no existe ser viviente que no sea partícipe de este amor.

Al leer Deuteronomio Jeremías se hizo responsable. Deuteronomio está lleno de mandamientos. Un mandamiento es una palabra que nos llama a vivir más allá de lo que en presente entendemos, sentimos o deseamos. "El mandamiento eleva a las personas de la animalidad a la humanidad".⁵ La vida no está mecánicamente determinada. No somos barridos por los movimientos sociológicos, fijados por las redes económicas. Cada quien tiene decisiones que tomar. Las elecciones no son adivinanzas de ensayo y error, son dirigidas por los mandamientos de Dios. Estos mandamientos no restringen la libertad natural, sino crean las condiciones de esta libertad. La primera palabra dicha a Adán por su Creador fue un mandamiento (Gn. 1:28). Los mandamientos asumen la libertad y la respuesta valiente. Bajo la dirección de los mandamientos aprendemos a desarrollar la habilidad de responder responsablemente.

La piqueta de Jeremías

El libro que leyó Jeremías dio origen al libro que Jeremías escribió. Así como el libro de Deuteronomio *re-enseñó* el mensaje de Moisés al pueblo que había perdido contacto con Moisés, así también Jeremías *re-enseñó* el mensaje de Deuteronomio al pueblo que había perdido de vista el atracadero. Josías, el rey con el cual Jeremías creció y compartió una vida modelada por el libro de Deuteronomio, había sido asesinado en una batalla en Megido. Su hijo estaba en el trono y no mostraba señal alguna de haber oído sobre el libro de Deuteronomio. Pronto cayó en la corrupción y la laxitud. La reforma inspirada en Deuteronomio estaba hecha trizas.

"No existe institución alguna que sea tan afectada por el tiempo como la religión", escribió Charles Williams. "En el momento en que es remotamente posible que toda una generación haya aprendido tanto algo de práctica como de teoría, los aprendices y su aprendizaje son removidos por la muerte, y la Iglesia es confron-

tada con la necesidad de comenzar de nuevo. Toda la labor de regenerar a la humanidad tiene que comenzar de nuevo cada treinta años más o menos".⁶ En este caso, fueron diecisiete años.

Jeremías fue dirigido: "Toma un rollo en blanco y escribe en él todas las palabras que te he hablado... Quizá oiga la casa de Judá todo el mal que yo pienso hacerles para que se arrepienta cada uno de su mal camino. Entonces yo perdonaré su maldad y su pecado" (Jer. 36:2, 3). Dios tiene algo que decir y quiere que sepamos qué es. Él no es reservado, ni disfruta mantenernos en la ignorancia; él se revela a sí mismo. Él se revela en una forma que es accesible para nosotros: *toma un rollo en blanco* —la palabra será escrita en un material del día a día, pergamino o papiro, el mismo tipo de material que usamos para enviar notas de agradecimiento y elaborar listas de compras. Luego el proceso es bosquejado: *escribe* para que el pueblo *oiga* y de esta forma se *arrepienta* y yo les pueda *perdonar*.

Nació así otro libro de las Escrituras. Pero este nuevo libro de las Escrituras no es un fenómeno estático, que pueda ser manejado a nuestro gusto o según nuestro gusto. Es un vórtice de energías que se mueven rápidamente constituidas por estos cinco verbos (*tomar, escribir, escuchar, arrepentirse, perdonar*). Este vórtice hace que las palabras de Dios sean visibles y audibles, trayendo receptividad a la vida humana. Abraham Heschel, un gran hombre en la oración y el aprendizaje, se quejaba de que algunas personas alababan a la Biblia como una pieza literaria, como si así le estuvieran dando el más grande cumplido que pudieran hacerle, "como si 'literaria' fuera el clímax de la realidad espiritual". Luego agregaba: "¿Qué hubiera dicho Moisés o Jeremías sobre semejante cumplido? Quizás lo mismo que Einstein hubiera dicho, si al manuscrito de la Teoría de la Relatividad hubiera sido aclamado por la belleza de su escritura".⁷

Jeremías reclutó a su amigo Baruc para el trabajo. Baruc escribía mientras que Jeremías le dictaba lo que había estado predicando y orando por veintitrés años: palabras examinadoras de vida, ilustraciones brillantes, confrontaciones mordaces, análisis profundos. Su lenguaje, como lo describió George Adam Smith, es "lacónico, concreto, conmovedor y lleno de gracia".⁸

Vivimos en el chisme del momento y en los rumores de la hora. No es como si nunca oyéramos la verdad, sino como si no nos diéramos cuenta de su inmenso valor. Es un extra, un apéndice. No tenemos sentido alguno de continuidad. Respondemos a los caprichos, a veces bien, a veces mal. Entonces se nos coloca delante las Escrituras. Las palabras están articuladas y ordenadas, y un poderoso modelo de verdad se hace visible. El mensaje que nos llevó al arrepentimiento hace diez años y que luego fue olvidado por las presiones de la vida diaria, la oración que nos dio una nueva esperanza en tiempos de dificultad y que fue enterrada bajo los fracasos y desilusiones—estas palabras, junto con muchas otras que nunca antes habíamos escuchado, vienen ante nosotros de una forma tal que todo pasa a ser coherente en su presencia. La amnesia es reemplazada por el reconocimiento. La distracción es cambiada por la atención. Jeremías dicta. Baruc escribe. La sintaxis da forma y las metáforas dan sentido a la palabra de Dios.

La Palabra en crisis

Varios meses después el ejército babilonio estaba en la tierra, y llegaron noticias de que ya habían reducido a escombros a la ciudad costera de Ascalón. Las potencias mundiales, Egipto y Babilonia se estrangulaban entre sí. Frente a los rápidos cambios de poder que estaban teniendo lugar, Jerusalén era peligrosamente vulnerable. El pueblo temía ser tomado como peones en la lucha entre las grandes potencias. Se convocó entonces a un día de ayuno por la crisis. La ciudad estaba repleta de gente que rogaba llena de ansiedad.

La coordinación fue propicia. La sensación de crisis había llevado a la nación de rodillas ante Dios, la congregación más grande que jamás tuvo Jeremías fue reunida en la ciudad. Aunque se le había prohibido hablar en público (pues era persona non grata para el rey Joacim),⁹ su mensaje estaba ahora escrito de manera que otra persona pudiera transmitirlo. Baruc llevó el rollo al templo y lo leyó delante del pueblo (Jer. 36:4-10).

Micaías, un hombre joven de la congregación, escuchó a Baruc leer del rollo de Jeremías y se volvió un verdadero oyente. Él había escuchado muchas veces las palabras de Jeremías, y ahora

escuchaba la palabra de Dios. Actuó rápidamente. Corrió a donde estaba su padre y le contó lo que había escuchado. Su padre, un miembro del gabinete del rey, se encontraba reunido con otros cuatro oficiales del gobierno. Atendiendo a la urgencia del joven, mandaron traer a Baruc para que le leyera el rollo. Baruc fue hasta ellos y leyó. El padre se sintió tan impresionado como el hijo. Sus compañeros tomaron una decisión sabia: "Cuando oyeron todas aquellas palabras, cada uno se volvió espantado a su compañero, y dijeron a Baruc: ¡Sin duda, le contaremos al rey todas estas palabras!" (Jer. 36:16).

Habían escuchado la verdad y se habían comprometido con ella. Eran hombres responsables que sabían que tanto sus vidas como la vida de la nación estaban dictadas por la palabra de Dios. Sabían que el rey debía saber esto. También sabían cómo era su rey. En el momento en que el rey supiera lo que había sido escrito y leído, Jeremías y Baruc estarían condenados a muerte. Así, le aconsejaron a Jeremías y a Baruc esconderse. El rey ya había matado a un profeta, Urías, por haberse atrevido a confrontarlo (Jer. 26:20-33); no dudaría en matar a otro.

El propósito de las Escrituras es decir a la gente, corriendo el riesgo de molestarles, los misterios de Dios y los secretos de sus propios corazones, hablarles claro y llevarlos a la confesión. Existen muchas formas de decir y escribir estas verdades: por medio de profecías, poemas, novelas, sermones, sátiras, noticias, dramas. Sinceramente escritas y valientemente presentadas, las palabras revelan la realidad y exponen nuestros intentos egoístas por violar la belleza, manipular la bondad y dominar a la gente, desafiando en todo esto a Dios. La mayoría del tiempo la mayoría de nosotros vivimos de esta forma, nos demos cuenta de ello o no. La escritura sincera nos muestra lo mal que vivimos y lo buena que es la vida. Esta iluminación no es ajena al dolor. Pero este dolor, aceptado y soportado, no es mutilador sino purgante. "Cada declaración es una herida, pero 'fieles son las heridas del amigo'".¹⁰

La quema del rollo

Ahora el turno del rey de escuchar lo que decía el rollo. El rey estaba en su casa de invierno, especialmente construida para los

meses fríos (era diciembre entonces), y había un brasero de carbones cerca de él con el cual se mantenía caliente. Envío a un sirviente, Jehudí, a traer el rollo y leerlo. El rey tenía un cortaplumas en su mano. Cuando Jehudí había leído tres o cuatro columnas, el rey las iba cortando y lanzando al fuego sarcástica y despectivamente. El brillante equipo de consejeros que le rodeaba se unió a él en las bromas y burlas. Todos creían que era algo divertido. Los principales ministros del gabinete quienes habían llamado la atención del rey sobre los rollos, le rogaron que tomara seriamente lo que había escuchado. El rey no escuchaba. El rollo había sido leído y destruido, cortado en tiras columna por columna y quemado en el fuego.

A medida que transcurre esta historia nos damos cuenta de lo diferentes que eran padre e hijo. Diecisiete años antes, el padre, Josías, recibió un rollo de manos del escriba Safán y pidió que se lo leyeran en voz alta. Su reacción fue penitente, "rasgó sus vestidos". Josías reconoció que el rollo era la palabra de Dios y se dio cuenta del pecado en el cual había estado viviendo de manera ignorante. Una profetisa, Hulda, respondió a su fe y arrepentimiento: "Por cuanto oíste las palabras del libro, y tu corazón se enterneció, y te humillaste delante de Jehová, cuando oíste lo que yo he pronunciado... también yo te he oído, dice Jehová" (2 R. 22:18, 19).

Ahora, una generación después, la escena se volvía a repetir. El hijo de Josías, Joacim, recibe un rollo de manos del hijo de Safán, Gemarías. La reacción de Joacim es también emocional, pero le invade la mofa. En lugar de rasgar sus vestidos en señal de penitencia como lo hizo su padre, rasga en libro en ridículo. Una palabra profética concluye también la narración, pero a diferencia del elogio de Hulda, hay una condenación de Jeremías: "Tú quemaste este rollo... Por tanto, así ha dicho Jehová acerca de Joacim rey de Judá: No tendrá quien se siente sobre el trono de David; y su cuerpo será echado al calor del día y al hielo de la noche" (Jer. 36:29, 30). El calor del rollo se había dispersado así como el calor con el cual se calentaba no duraría mucho, Joacim sería pronto un cadáver, expuesto al "hielo de la noche".

La palabra clave del elogio hacia Josías fue "oíste lo que yo he pronunciado". La palabra clave de condenación hacia Joacim y

sus descendientes fue "no escucharon" (Jer. 36:31). El padre escuchó la palabra de Dios y la obedeció, y el resultado fue el surgimiento de un nuevo pacto de vida para el pueblo. El hijo escuchó la palabra de Dios y se burló de ella, y el resultado fue la caída precipitada en el exilio.

La farsa de la indiferencia

La respuesta de Joacim a la lectura de las Escrituras demostró excesiva ansiedad. Reír tontamente en la presencia de lo santo y hacer bromas estúpidas en la atmósfera de lo sublime son sólo defensas contra una conciencia que requiere un cambio de vida. Estaba tratando desesperadamente de mantener acorraladas la verdad de las palabras de Jeremías y la realidad de la verdad de Dios. Pero la extravagante torpeza de su comportamiento no era producto de la simple ignorancia de que estaba siendo estúpido, sino de un complejo egoísmo. Joacim sabía que estaba escuchando la palabra de Dios, pero si daba señales de saberlo, se le exigiría responder de manera obediente. Por esto, hizo una elaborada farsa de indiferencia, en la cual cortaba casual e indiferentemente el rollo y alimentaba el fuego con los fragmentos hasta que estuvo todo consumido.

Joacim con su cortaplumas es una parodia de todo aquel que intenta *usar* las Escrituras, de todo aquel que intenta ponerlas bajo su control y reducirlas a algo manipulable. Las Escrituras no pueden ser *usadas*. Son la palabra de Dios exigiéndonos una respuesta personal. La palabra de Dios se dirige a nosotros, nos llama a ser. La única reacción apropiada es la respuesta reverente. Siempre hay algo que es más que nosotros, siempre algo que es anterior a nosotros, siempre algo que está por encima de nosotros.

Al querer mantener el control sobre nuestras vidas, al querer retener la iniciativa en nuestras propias manos, cortamos la palabra de Dios en pequeñas piezas de manera que podamos controlarla y, quizás, incluso darles uso práctico, como calentarnos en un día frío de invierno. Reducimos a las Escrituras a algo impersonal que podemos usar para nuestros propósitos o desechar a nuestro gusto. Desmembramos sus partes orgánicamente desarrolladas de forma que ya no sea una completa representación del mensaje de Dios para nosotros al cual debemos responder.

Las Escrituras pueden ser quemadas, pero la palabra de Dios no puede ser destruida. Ha sido lanzada al fuego muchas veces, pero nadie ha logrado suprimirlas exitosamente. Jeremías y Baruc simplemente volvieron de nuevo al trabajo, dictando y escribiendo. Esta vez había aún más: "Y aun fueron añadidas sobre ellas muchas otras palabras semejantes" (Jer. 36:32).¹¹ Joacim debió haberse quedado quieto, porque ahora había copias de mayor extensión que la primera edición circulando por todos lados en Jerusalén.

Me encantan las conversaciones que comienzan con la pregunta: "Si naufragaras y estuvieras en una isla desierta, ¿cuál sería el libro que más le gustaría tener con usted?" Con frecuencia trato de excluir la Biblia como una opción de respuesta para evitar trampas piadosas. Me gusta pensar que por medio de las respuestas puedo discernir gustos y valores importantes en las personas. La persona que elige *El rey Lear* de Shakespeare, creo yo, está comprometida con la exploración de las profundidades de las relaciones humanas. Quien elige el *Almanaque* o el *Libro Guinness de los Récords Mundiales* muestra una mente que reduce todo el conocimiento a información impersonal, prefiriendo tan pocas relaciones personales como sea posible. Una preferencia por el *Paraíso Perdido* de Milton indica una inclinación hacia la meditación teológica. La mejor respuesta que jamás haya escuchado a esta pregunta fue una sorprendente, pero obvia, la *Guía Práctica de Construcción de Barcos* de Butler.

El libro que Jeremías leyó y el libro que Jeremías escribió son ambos libros tipo de construcción de barcos. Estos no son libros piadosos de meditación. Nos son libros sobre ideas o cosas, sino sobre sobrevivencia, sobre cómo volver a casa. Ellos nos muestran cómo una vida es construida que nos lleva a donde se supone que debemos estar, con Dios. Todas las Escrituras están escritas de manera similar. *Deuteronomio* fue utilizado para reconstruir una sociedad que había naufragado por el reino malvado de Manasés. *Jeremías* fue utilizado para reconstruir las vidas que naufragaron en el exilio. Junto con los otros sesenta y cuatro libros que fueron añadidos a ellos, continúan presentando la palabra de Dios al pueblo naufrago para construir un medio de salvación.

11 La casa de los recabitas

"Ve a casa de los recabitas, habla con ellos e introdúcelos en la casa de Jehová..."

"Y nosotros hemos obedecido a la voz de nuestro padre Jonadab hijo de Recab en todas las cosas que nos mandó: no beber vino en todos nuestros días, ni nosotros ni nuestras mujeres ni nuestros hijos ni nuestras hijas; y no edificar casas para nuestra habitación, ni tener viña ni heredad ni sementera. Habitamos, pues, en tiendas, y hemos obedecido y hecho conforme a todas las cosas que nos mandó Jonadab, nuestro padre".

"Ciertamente los hijos de Jonadab hijo de Recab tuvieron por firme el mandamiento que les dio su padre; pero este pueblo no me ha obedecido".

Jeremías 35:2, 8-10, 16

Es más que nunca la tarea de los pequeños equipos y las pequeñas multitudes, luchar más efectivamente por el hombre y el espíritu y, en particular, proveer el testigo más efectivo para aquellas verdades que los hombres tan desesperadamente anhelan y las cuales son, por el momento, tan escasas. Sólo los pequeños equipos y las pequeñas multitudes son capaces de reunirse alrededor de algo que escapa completamente a la tecnología y a los procesos de masificación: el amor a la sabiduría y al intelecto, y la confianza en la irradiación invisible de este amor. Sus invisibles rayos llegan muy lejos y tienen el mismo tipo de poder increíble en el reino espiritual que el que tienen la fisión atómica y los milagros de la microfísica en el mundo de la materia.

Jacques Maritain¹

Las multitudes mienten. Mientras haya más gente, habrá menos verdad.² La integridad no se fortalece con la multiplicación. Podemos probar esta observación fácilmente. ¿Qué promesa es más fácil de mantener: la hecha por un político ante una multitud de diez mil personas, o la promesa hecha entre dos amigos?

Puesto que todos tenemos la experiencia diaria de la incapacidad de las multitudes para discernir y reflexionar sobre la verdad, es desconcertante que la alusión a los números continúe teniendo tanto peso entre nosotros. La venta de un millón de copias de un libro es aceptada como evidencia de la excelencia e importancia de dicho libro. La práctica reiterada de una mayoría de personas de un cierto comportamiento moral es tenida como evidencia de su legitimidad. La aprobación de las masas es una acreditación. Pero un ligero conocimiento de la historia corroborado por unos pocos momentos de reflexión personal nos convencerá que la verdad no es un asunto estadístico y que las multitudes son la mayoría de las veces más tontas que sabias. En las multitudes la verdad es aplastada para coincidir con un eslogan. No sólo la verdad que es dicha, sino también la verdad que es vivida, es reducida y distorsionada por las multitudes. Las multitudes hacen que seamos espectadores pasivos en la presencia de la excelencia o la belleza. Las multitudes nos hacen consumidores que toman inertemente lo que se les coloca en frente. Como espectadores y consumidores, los elementos fundamentales y centrales de nuestra existencia humana —nuestra habilidad para crear, nuestra búsqueda por sobresalir, nuestra capacidad para comunicarnos con Dios— se atrofian.

No hay nada malo, por supuesto, en estar en una multitud y, con frecuencia, es inevitable. Si deseo ver a algunos deportistas altamente calificados en un juego y otras 50 mil personas también los quieren ver, difícilmente podré evitar estar en una multitud sin que eso dañe mi vida. Pero si además de mirar el juego repito el desenfreno de la multitud e imito su comportamiento (porque 50 mil personas deben estar en lo correcto), entonces mi vida es falsificada.

No podemos evitar estar en medio de las multitudes. ¿Podemos evitar ser influenciados por las multitudes? ¿Podemos evitar

perder nuestra individualidad, y no permitir que la multitud nos reduzca a una absurda pasividad?

Inmune a las multitudes

Jeremías lidió la mayor parte de su vida con multitudes. A diferencia de la mayoría de los profetas, que llevaban una vida solitaria y rústica en el desierto, Jeremías fue un hombre de la ciudad "donde se cruzan las multitudinarias formas de vida". A diario caminaba por las calles. Con frecuencia se reunía en los atrios del templo. Pero, aunque Jeremías estaba frecuentemente entre las multitudes, nunca se dejó influenciar por ellas. Las multitudes no condicionaban su mensaje. Las multitudes no moldearon sus valores. Jeremías no solicitaba un sondeo de opinión pública para saber lo que las multitudes de Jerusalén querían escuchar sobre Dios. Él no pedía una votación para determinar qué nivel del comportamiento moral debía resaltar.

Dios modeló su comportamiento. Dios dirigió su vida. Dios instruyó sus percepciones. Este modelado, dirección y entrenamiento tuvo lugar mientras escuchaba a Dios y hablaba a Dios. Jeremías meditaba larga y apasionadamente en la palabra de Dios; creaba respuestas que era absoluta e intensamente personales. Todo lo que vivió y habló se derivó de esta realidad interior: "había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos. Traté de resistirlo, pero no pude" (Jer. 20:9).

Jeremías dejó huella. Él quería todo lo que Dios promete. Él quería participar en todo lo que Dios hace. Su intensidad espiritual y su pasión profética lo hicieron especial. Jeremías pasó a ser lo que Soren Kierkegaard —él mismo una notable figura al estilo de Jeremías— llamó "el único, el individual".³

Algunas veces cuando estamos frente a alguien de excelencia superior nos sentimos estimulados a esforzarnos por alcanzar un logro similar. Vemos el desempeño de un deportista y decidimos y deseamos adoptar la disciplina que dará gracia y aplomo a nuestras vidas. Escuchamos a un músico tocar y decidimos nunca más permitir algo feo o mediocre en nuestras vidas. Observamos a una persona vivir con valor y entusiasmo y decidimos que también nosotros buscaremos lo mejor en nuestro interior. Otras

veces, sin embargo, respondemos siendo intimidados. Asumimos que sin importar cuánto lo intentemos jamás llegaremos a alcanzar ese tipo de vida. Nuestras incapacidades son expuestas en comparación y nos conformamos con arreglárnosla lo mejor posible. El músico, el deportista y el santo son rechazados como evidencia y prueba de lo que es posible y son tratados como diversión y entretenimiento por espectadores perezosos y consumidores aburridos.⁴

Este fue el destino de Jeremías en Jerusalén. Las multitudes evitaron tener que lidiar con su vida diferenciándolo. Las multitudes comprendían lo que él estaba diciendo y probablemente admiraban la manera en que vivía, pero sus propios conceptos estaban influenciados por el pensamiento de la mayoría. No negaban a Dios, pero se descalificaban a sí mismos de una participación intensa y personal.

La fe bíblica, sin embargo, ha insistido siempre en que no existen aptitudes especiales para una vida con Dios, no se requiere un nivel especial de inteligencia o de moralidad, ni una experiencia espiritual particular. La afirmación "No soy del tipo religioso" es inadmisibile. No existen tipos religiosos. Sólo hay seres humanos, cada uno de ellos creado para una relación personal y eterna con Dios.

¿Cómo puede una persona que esta condicionada por una vida de distracciones e indulgencia ser movida a vivir una vida plena, a ser genios del día a día, a sumergirse en las aguas de la vida y a no merodear en la orilla?

El gremio de los recabitas

Cierto día apareció una gente rara en las calles de Jerusalén. Eran llamados los recabitas. Los recabitas llevaban una vida nómada y vivían en tiendas. Eran un gremio de artesanos involucrados en la fabricación de carros y otros tipos de armamento. Recorrían el país, estableciendo sus campamentos a las afueras de las villas y ciudades. Si se tenía una jabalina que necesitaba ser enderezada o una rueda de carro que necesitaba ser reparada, simplemente se las guardaba aparte hasta el momento en que los recabitas llegaran. Era un grupo pequeño y cerrado.⁵

Los recabitas podían trazar sus ancestros hasta 250 años antes, hasta alguien llamado Jonadab ben Recab en los tiempos de Jehú. Eran conocidos por su vida disciplinada y su identidad distintiva en términos de su obediencia al mandamiento dado por su ancestro: "Y nosotros hemos obedecido a la voz de nuestro padre Jonadab hijo de Recab en todas las cosas que nos mandó: no beber vino en todos nuestros días, ni nosotros ni nuestras mujeres ni nuestros hijos ni nuestras hijas; y no edificar casas para nuestra habitación, ni tener viña ni heredad ni sementera. Habitamos, pues, en tiendas, y hemos obedecido y hecho conforme a todas las cosas que nos mandó Jonadab, nuestro padre" (Jer. 35:8-10).

Como artesanos del metal debieron tener muchos secretos comerciales, cuidadosamente guardados. La abstinencia de alcohol se derivaba de la bien conocida regla de que "una lengua descontrolada causa muchos problemas". En la antigüedad, por lo general, los metalurgos formaban orgullosas familias con largas genealogías. Los matrimonios eran cuidadosamente arreglados dentro del gremio, previendo así la entrada de intrusos. El herrero debía disponer de una formidable tradición técnica que era transmitida celosamente de generación en generación. La naturaleza de su trabajo evitaba que el herrero pudiera establecer una residencia permanente. Podía permanecer en un lugar por unos cuantos meses o incluso varios años, hasta que se acabara el suministro de minerales y combustible en un lugar. El trabajo de herrería requería de tanta habilidad y tanto tiempo de dedicación que excluía cualquier trabajo agrícola.

La invasión babilonia de Judea había hecho peligroso vivir en el campo por lo que los recabitas buscaron la seguridad de la ciudad de Jerusalén con sus muros. Eran una rareza en la ciudad, evidentes en su extrañeza. Eran, por supuesto, notados, comentados y observados con sorpresa. En dos o tres días todo el mundo los habría visto u oído hablar de ellos.

Una invitación a comer

Luego, esto: "Palabra de Jehová que vino a Jeremías... 'Ve a casa de los recabitas, habla con ellos e introdúcelos en la casa de Jehová, en uno de los aposentos, y dales a beber vino'" (Jer. 35:1, 2).

Pero los recabitas no beben vino. Todo el mundo sabía eso. ¿Por qué invitarlos a una degustación de vinos si no podrían disfrutarla? De pronto Jeremías lo entendió todo. Por supuesto. Los recabitas eran la evidencia viva, justo en las atestadas calles de Jerusalén, de las dos cosas que la gente influenciada por el pensamiento de la mayoría, creía imposible: Los recabitas eran la evidencia de que la gente ordinaria podía vivir sus vidas diariamente bajo la dirección de una orden personal (y no la presión impersonal de las multitudes); eran la evidencia de que era posible mantener persistentemente una distintiva forma de vida (y no asimilar la moda de las multitudes). El pueblo ya había notado a los recabitas, y cómo no hacerlo. Ahora, si tan sólo pudiera notar exactamente qué era lo que los hacía diferentes y les daba su identidad, entonces ellos mismos quizás se darían cuenta de que una identidad personal y un carácter disciplinado eran posibles también para ellos.

Jeremías vio las posibilidades y puso manos a la obra. Acordó el uso de un salón pública en el área del templo, una cámara abierta en donde pudieran ser vistos tanto por los líderes religiosos como por el pueblo en general. Jeremías invitó a los recabitas —quizás unos quince o veinte— a una comida formal. Colocó jarras de vino y grandes cuencos para beber sobre la mesa.

Una gente disciplinada

Jeremías no era un novato en el uso de experiencias cotidianas para captar la atención de la gente hacia Dios. Cierta día en el bazar compró un fino cinturón de lino, del tipo acostumbrado para las ceremonias de boda o un festival religioso. Siempre me imagino a Jeremías sacando un provecho mayor a sus compras, empleando más de una tarde regateando con los vendedores (una práctica en sí misma muy normal en el Medio Oriente) de manera que muchas personas supieran de la compra. Los comentarios no se harían esperar: "¿Para qué estará comprando Jeremías ese fino cinturón de lino fino? ¿Qué importante evento está por venir? ¿A dónde fue invitado él y nosotros no?"

Después Jeremías tomó la hermosa pieza de vestimenta e hizo un taco con ella y la escondió en la hendidura de una peña hasta

el momento en el que la usaría. Después regresó a buscarla, como si fuera a utilizarla para la ocasión especial. Estaba rota, hecha harapos, por haber estado expuesta a los elementos y los insectos.

El pueblo entendió el mensaje: Israel era el fino cinturón que Dios quería vestir, pero no estaba lista para ser usada para su propósito. Ella deseaba tener una vida ordinaria primero, así que se encogió a sí misma y se escondió a sí misma en la seguridad de la rutina, apartándose a sí misma de lo que Dios había reservado para ella a un gran costo. Pero cuando aquel día llegase, Israel se daría de cuenta que no sirve para nada. La hermosa vida moral que había relegado para un día más conveniente resultaría estar, cuando quisiera retomarla, toda enmohecida y comida por la polilla (Jer. 13).

En otra ocasión Jeremías deambulaba por las calles de Jerusalén con un yugo sobre sus hombros, diciendo al pueblo que pronto experimentarían servidumbre bajo el cada vez más cercano imperio babilonio, y que lo único que podía hacer era acostumbrarse a la idea, pues esto sería mejor que terminar muertos (Jer. 27, 28).

Esta vez Jeremías tomó la noticia del momento, los recabitas. Invitados por Jeremías, estaban sentados a la mesa con él. El vino estaba servido. Jeremías, un anfitrión alegre y atento, levantó su copa para hacer un brindis: ¡Salud! ¡Beban vino!

¿Lo acompañarían en el brindis? ¿Cederían en sus costumbres para no ofender a su nuevo amigo? ¿Estarían concientes de que estaban viviendo bajo condiciones de guerra de emergencia y que era sólo un asunto de cortesía adaptarse a las costumbres de sus protectores? ¿Tuvieron una visión realista de la situación y se unieron al brindis, mostrando su aprecio por ser tratados de manera tan generosa?

No lo hicieron así, como Jeremías ya lo había previsto. "Pero ellos dijeron: «No beberemos vino, porque Jonadab hijo de Recab, nuestro padre, nos ordenó diciendo: «No beberéis jamás vino, vosotros ni vuestros hijos» (Jer. 35:6). Los recabitas no vivían sus vidas según las preferencias del momento de las multitudes, sino según lo ordenado por su ancestro. Sus condiciones de vida no era el producto de las condiciones históricas sino de siglos de devoción. El antiguo mandamiento, y no la noticia del momento,

les daba su identidad. Aquel mandamiento modeló y preservó sus orgullosas tradiciones como hábiles artesanos. Ni la hospitalidad de un amable anfitrión ni las costumbres de la ciudad en la cual se habían refugiado podrían distraerlos de lo que era esencial: que eran personas ordenadas, un pueblo disciplinado. El mandamiento de 250 años de Jonadab era más valioso para ellos que la reciente amistad con Jeremías. La disciplina que les permitió mantener su oficio era mucho más importante para ellos que hacer las adaptaciones elementales que les habrían ayudado a establecer buenas relaciones con sus vecinos.

La vida en relación con Dios

Ahora Jeremías disponía de ambas cosas, su texto y la atención de las multitudes: "Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Ve y di a los hombres de Judá y a los habitantes de Jerusalén: ¿No aprenderéis a obedecer mis palabras? dice Jehová. Fue firme la palabra de Jonadab hijo de Recab, el cual mandó a sus hijos que no bebieran vino, y no lo han bebido hasta hoy, por obedecer al mandamiento de su padre. En cambio, yo os he hablado desde el principio y sin cesar, y no me habéis escuchado... Ciertamente los hijos de Jonadab hijo de Recab tuvieron por firme el mandamiento que les dio su padre; pero este pueblo no me ha obedecido" (Jer. 35:13, 14, 16).

Nótese bien que Jeremías no dijo: "Ustedes deben vender sus casas y vivir en tiendas; deben abandonar sus viñedos y vagar por el desierto; deberán abstenerse del vino y beber sólo agua". No eran los detalles específicos de la vida de los recabitas lo que era elogiado, sino su vida de obediencia, integridad y disciplina.

La esencia del mensaje de Jeremías era esta: "Ustedes también tienen un padre que les ha ordenado vivir en relación total con él. Ustedes saben que él los ha apartado para una vida de amor. ¿Por qué no están viviendo de esa forma? Si creen que es porque los seres humanos común y corrientes no pueden hacerlo, mejor reconsiderénelo. Los recabitas son gente común y corriente, y lo han estado haciendo por 250 años. Ustedes también tienen un estilo de vida que requiere cierta disciplina para mantener su carácter. La disciplina involucra tomar decisiones específicas so-

bre la manera de vivir: adorar regularmente, orar con fe, velar por el pobre, tener una conducta moral y buscar la rectitud. Ahora bien, ¿por qué no lo hacen? Si creen que es esta forma de vida es demasiado rigurosa para seres humanos ordinarios, reconsidérenlo otra vez. Los recabitas son gente común y corriente, y lo han estado haciendo por 250 años.

No se conformen con mirarlos. No se conformen con hablar de ellos. Pongan atención a lo que los hace diferentes. Ellos no son material de entretenimiento, son un ejemplo. Dejen que les muestren la manera tan mala y absurda en que viven, y lo bien que podrían vivir.⁶ El problema no es que ustedes sean incapaces de ello, sino en que son muy holgazanes para hacerlo. No hay una sola persona en Jerusalén que no esté a la altura de vivir conciente y deliberadamente como hijo de Dios y, por lo tanto, a la altura de practicar la distintiva disciplina que soporta y preserva una vida de fe. Pero ustedes permitieron que las multitudes los transformaran en simples espectadores y consumidores. Permitieron que sus vidas se volvieran laxas e indulgentes. Ignoraron las mejores cosas que jamás fueron sido dichas a ustedes -¡la palabra de Dios!- y permitieron que el parloteo y los rumores de la multitud llenaran sus oídos. Abandonaron las acciones sencillas que la gente de fe ha hecho por siglos para mantenerse en contacto con la verdad de Dios, la belleza de la creación y la realidad del ser humano. En lugar de ello, permitieron que la multitud los distrajera con sus frivolidades y deshumanizaron con la propaganda.

¿Por qué no dejan que los mandamientos de Dios desarrollen en ustedes una vida de santa obediencia en lugar de permitir que la multitud los conduzca a una indolencia negligente? “Ciertamente los hijos de Jonadab hijo de Recab tuvieron por firme el mandamiento que les dio su padre; pero este pueblo no me ha obedecido” (Jer. 35:16).

Más grande, pero más pequeño

Jeremías levanta objeciones de peso a nuestros estilos irreflexivos de nuestros bien definidos trabajos, trabajos que modelan y sancionan nuestras vidas según las multitudes. El filó-

sofo neoyorquino William Barreto dice: “La civilización moderna ha elevando el nivel material de millones de personas más allá de las expectativas del pasado, pero ¿ha hecho esto más feliz a la gente? Juzgando por el volumen de literatura moderna, podemos decir que la respuesta es “No”; y, en cierta forma, podríamos decir que se ha logrado todo lo contrario”.⁷

El nivel moral de nuestra sociedad es vergonzoso. La integridad espiritual de nuestra cultura es una vergüenza. Cada parte de nuestras vidas que se guía por las multitudes hace que todo sea peor. Mientras más grande es la multitud, más pequeñas son nuestras vidas. Plinio el Viejo dijo una vez sobre los romanos que cuando éstos no podían hacer más bello un edificio, lo hacían más grande. La práctica continua siendo popular: Si no podemos hacer las cosas bien, las hacemos más grandes. Añadimos dinero a nuestros ingresos, habitaciones a nuestras casas, actividades a nuestros programas, citas a nuestros calendarios; y con cada una de estas adiciones, nuestra calidad de vida disminuye.

Por otro lado, cada vez que recuperamos una parte de nuestras vidas de las multitudes y respondemos al llamado de Dios, somos más nosotros mismos, más humanos. Cada vez que rechazamos los hábitos de la multitud y practicamos la disciplina de la fe, estamos un poco más vivos.

12 Carta a los exiliados

Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia: Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed del fruto de ellos. Casaos y engendrad hijos e hijas... Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová, porque en su paz tendréis vosotros paz... No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos, ni hagáis caso de los sueños que sueñan. Porque falsamente os profetizan en mi nombre. Yo no los envié, ha dicho Jehová...

Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis. Vendréis y oraréis a mí, y yo os escucharé. Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Seré hallado por vosotros, dice Jehová...

Jeremías 29:4-14

Cristo no está ciertamente menos preocupado que Nietzsche porque la personalidad debiera recibir el completo desarrollo de que es capaz, y ser cada vez más poderosa. La diferencia entre ellos yace en el método moral por el cual la personalidad es puesta en posesión de sí misma y sus recursos —en un caso afirmándose a sí misma, y en el otro perdiéndose... Completamos nuestra personalidad sólo cuando encontramos nuestro lugar y servicio en el movimiento vital de la sociedad en la cual vivimos. El aislamiento significa desarrollo limitado. El agresivo egotista trabaja en su propia destrucción moral atrofiando y disminuyendo su verdadera personalidad. La vida social, el deber y la compasión son las únicas condiciones bajo las cuales la verdadera personalidad puede ser modelada. Si nos preguntamos cómo una sociedad tan cruda, imperfecta, amoral e incluso inmoral como esta en la cual vivimos podría moldear una personalidad verdaderamente moral, es aquí cuando Cristo viene al rescate con el regalo de la fe tanto en un Espíritu activo como en una sociedad completa en Él.

Peter T. Forsyth¹

El exilio es traumático y aterrador. Nuestro sentido de quienes somos está en gran parte determinado por el lugar en el que estamos y las personas con las que estamos. Cuando eso cambia violenta y abruptamente, ¿quiénes somos? La manera acostumbrada en la que encontramos nuestro valor y percibimos nuestra importancia se desvanece. La primera ola de emociones desaparece y nos deja sintiéndonos sin sentido o valor alguno. No encajamos en ninguna parte. Nadie espera nada de nosotros. Nadie nos necesita. Somos un exceso de equipaje. No somos necesarios.

Israel fue llevada al exilio en 587 a.C.² La gente fue desarraigada del lugar en donde había nacido. La tierra que les había sido prometida, la cual ya habían poseído, en la cual su identidad como pueblo de Dios se había formado, ya no estaba. Fueron obligados a viajar unos 1120 kilómetros (700 millas) por el desierto del Medio Oriente, dejando atrás su hogar, templo y montañas. En la nueva tierra, Babilonia, las costumbres eran raras, el idioma incomprensible y el paisaje era extrañamente plano y monótono. Todos los puntos de referencia habían desaparecido. El clima era diferente. Los rostros eran desconocidos e irreconocibles.

El exilio de Israel fue una forma extrema y violenta de lo que todos nosotros experimentamos de vez en cuando. Las experiencias internas de exilio ocurren incluso si nunca nos movemos de la calle en la cual nacimos. Somos exiliados del vientre materno para comenzar a vivir en un ambiente extraño y duro. Somos exiliados de nuestro hogar a muy tierna edad para luego encontrarnos en el demandante y aterrador mundo escolar. Somos exiliados de la escuela para hacernos un futuro lo mejor posible en el mundo laboral. Somos exiliados de nuestros lugares de nacimiento para establecernos en nuevas ciudades y países.

Estas experiencias de exilio, menores y mayores, continúan en medio de los cambios de la sociedad, los cambios en el gobierno, cambios en los valores, cambios en nuestros cuerpos, nuestras emociones, nuestras familias y matrimonios. Apenas nos acostumbramos a un grupo de circunstancias y las encaramos cuando somos forzados a lidiar con unas nuevas. El exilio vivido por los hebreos es un ejemplo dramático de lo que todos experimentamos simplemente por estar vivos en este mundo. Nos en-

contramos una y otra vez en circunstancias en las que no estamos a gusto. Somos "extranjeros en una tierra extraña".³

El significado fundamental del exilio es que estamos en donde no queremos estar. Somos alejados del hogar. No se nos permite residir en el lugar donde comprendemos y apreciamos nuestro entorno. Se nos obliga a estar apartados de aquello que consideramos más agradable para nosotros. Es una experiencia de dislocación: todo está fuera de lugar, nada encaja con nada. Los miles de detalles que han sido acumulados a lo largo de los años que nos dan un sentido de familiaridad —gestos, costumbres, rituales, frases— desaparecen por completo. La vida es arrancada del suelo familiar de generaciones de una misma lengua, hábitos comunes, clima, tradición oral, siendo ruda y bruscamente lanzada a algún lugar desconocido de la tierra. El lugar del exilio puede ostentar un mejor nivel de vida o puede tener un clima más agradable, pero nada de eso importa. No es nuestro hogar.

Pero esta misma extrañeza puede abrir nuestros ojos a una nueva realidad. Un accidente, una tragedia, un desastre de cualquier tipo puede hacernos entender que el mundo no es predecible, que la realidad es mucho más amplia que nuestra percepción habitual de ella. En medio del dolor y de la soledad un sentido de libertad puede surgir.

Falsas visiones

La razón del exilio de Israel es bastante clara: Jeremías y otros profetas habían dicho que la estabilidad y seguridad de la nación dependían de una fidelidad absoluta al amor de Dios. Este mensaje había sido despreciado y rechazado. El ejército babilonio llegó un día y se apoderó de la ciudad. Después de conquistar a Jerusalén, los babilonios escogieron el liderazgo de la ciudad para su deportación. La táctica consistía en remover a todas las personas de influencia y liderazgo —artesanos, comerciantes, líderes políticos— de manera que el resto del pueblo dependiera y fuera sumiso a los invasores. Sin líderes, el pueblo, cual ovejas, se someterían a un rey títere y al ejército ocupador con un mínimo de resistencia. Jeremías, curiosamente, fue dejado atrás. Había sido ignorado como líder por tanto tiempo por su propio pueblo que los

babilonios no lo consideraron suficientemente importante como para exiliarlo.

¿Cómo se sintieron los exiliados? ¿Cómo reaccionaron? Si nos imaginamos a nosotros mismos en una situación similar, y recordamos cómo respondemos cuando somos obligados a estar mucho tiempo con gente que no nos agrada y en un lugar que tampoco nos agrada, no estaremos muy alejados de la verdad. La experiencia puede expresarse en una queja: "Una cosa terrible nos ha sucedido. Es algo injusto. Sabía que no éramos perfectos, pero no éramos peor que el resto de ellos. Hemos terminado en este desierto babilonio cuando nuestros amigos siguen su vida como siempre en Jerusalén. ¿Por qué nosotros? No podemos entender el idioma, no nos gusta la comida, sus costumbres son bárbaras, las escuelas están por debajo del nivel aceptable, no hay lugares decentes de adoración, las llanuras son estériles, el clima es atrozmente cálido, los templos están llenos de inmoralidad, todos hablan con acento". Se quejaron amargamente por las circunstancias en las cuales habían sido obligados a vivir. Anhelaban desesperadamente volver a Jerusalén. Se regodeaban en la autocompasión, lo que Robertson Davies llamó la "emoción corrompida".⁴

Tenían, además, líderes religiosos que alentaban su autocompasión. Sabemos los nombres de tres de ellos: Acab, Sedequías y Semaías. Estos profetas habían enfatizado la injusticia de su apremiante situación y estimulando el descontento: "Sí, debemos regresar a la antigua religión de Jerusalén. Sí, es mucha mala suerte que nosotros estemos aquí cuando hay tantos que están disfrutando la buena vida en Jerusalén. Resistamos un poco más y volveremos a Jerusalén. Esta situación no puede durar mucho más tiempo. ¿Qué tanto más podría? Ninguno de nosotros merecemos este tipo de vida. La justicia prevalecerá". Estos profetas hablaban de visiones, según ellos dadas por Dios, las cuales revelaban que el exilio terminaría pronto.

Estos tres profetas se habían asegurado una buena vida fomentando el descontento y sacando provecho a la nostalgia. Sus mensajes y visiones, además de ser falsos, eran destructivos. Las visiones falsas sabotean la vida diaria. Mientras que el pueblo pensara que podían regresar a casa en cualquier momento, no

tenía sentido alguno que se involucraran de manera fiel y comprometida con trabajar en Babilonia. Si había una buena oportunidad de que recuperaran todo lo que habían perdido, entonces no había necesidad de que desarrollar una vida rica, interesante y profunda en donde estuvieran. Puesto que sus verdaderas relaciones estaban en Jerusalén, podían ser casuales e irresponsables en sus relaciones en el exilio, a final de cuentas no a verían a estas personas por mucho más tiempo de cualquier forma. ¿Por qué molestarse en plantar huertos? Este era un trabajo agotador, y probablemente ya no estarían allí para el tiempo de la cosecha. ¿Para qué aprender las prácticas de negocios de los babilonios? Eso exigía mucho trabajo, tendrían que adaptarse a empleos extraños aquí y allá. ¿Por qué asumir la vida disciplinada del matrimonio y la familia? Podían conformarse con encuentros sexuales casuales hasta que regresaran a Jerusalén en donde podrían sentar cabeza y emprender seriamente la formación de una familia.

Estos profetas manipularon la autocompasión del pueblo y la transformaron en fantasías neuróticas. El pueblo, contentos de tener una justificación religiosa para su holgazanería, llevaba una vida centrada en la inmediatez, siendo parásitos de la sociedad, irresponsables en sus relaciones, indiferentes a la realidad en la cual vivían.

Una carta de Jeremías

Cierto día, dos hombres de Jerusalén aparecieron sin previo aviso entre los exiliados: Elasa y Gemarías. Habían venido en visita oficial trayendo un mensaje para el rey de Babilonia. En su viaje al palacio visitaron la comunidad en el exilio. El ambiente estaba cargado de emoción. Todos estaban llenos de preguntas: ¿Qué estaba haciendo Fulano? ¿Qué estaba haciendo Mengano? Elasa y Gemarías les pidieron que permanecieran en silencio. Antes de ponerlos al corriente de lo que estaba sucediendo en Jerusalén, tenían un mensaje de Jeremías para ellos, una carta para los exiliados.

“Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel, a todos los de la cautividad que hice transportar de Jerusalén a Babilonia:

Edificad casas y habitadlas; plantad huertos y comed del fruto de ellos. Casaos y engendrad hijos e hijas... Procurad la paz de la ciudad... rogad por ella a Jehová... No os engañen vuestros profetas que están entre vosotros, ni vuestros adivinos, ni hagáis caso de los sueños que sueñan. Porque falsamente os profetizan en mi nombre”.

Edificad casas y habitadlas. Ustedes no están de vacaciones. Este es su hogar, siéntanse como en su casa. Este puede que no sea su lugar preferido, pero es un lugar. Caven los cimientos, construyan sus casas, desarrollen el mejor espacio posible para vivir que puedan. Si todo lo que hacen es cruzarse de brazos y suspirar por volver a Jerusalén, sus vidas presentes serán miserables y vacías. Cada parte de sus vidas es tan valiosa aquí como lo fue en Jerusalén, cada parte es tan valiosa aquí como lo será cuando vuelvan a Jerusalén. El exilio en Babilonia no es algo que escogieran, pero es lo que recibieron. Construyan una casa babilonia y vivan en ella lo mejor posible.

Plantad huertos y comed del fruto de ellos. Adáptense al ritmo de las estaciones. Sean parte productiva de la economía del lugar. No sean parásitos. No esperen que otros los alimenten. Que sus manos toquen el suelo babilonio. Aprendan sobre el sistema de regadío babilonio. Aprendan a ser hábiles en el cultivo de frutos y vegetales en este tipo de suelo y clima. Tomen algunas recetas de cocina babilonias y prepárenlas.

Casaos y engendrad hijos e hijas. Las personas entre las cuales están viviendo ahora no están por debajo de ustedes, ni están por encima de ustedes; son sus iguales con los cuales pueden comprometerse en la más íntima y responsable de las relaciones. No podrán ser las personas que Dios quiere si se mantienen apartados de los otros. Aquello que tienen en común es mucho más importante que lo que los separa. Ellos son también personas de Dios: la tarea de usted como personas de fe es desarrollar confianza y diálogo, amor y entendimiento.

Procurad la paz de la ciudad a la cual os hice transportar, y rogad por ella a Jehová, porque en su paz tendréis vosotros paz. Paz: *shalom*. Shalom significa bienestar, la salud dinámica y vibrante de una sociedad que late según el propósito divinamente inspi-

rado y surge con un amor transformador de vida. Procurad el shalom y orad por él. Involúcrense en las áreas donde se sientan más a gusto, pero no a la manera babilonia sino a la de Dios. *Rogad*. Busquen el lugar en donde la voluntad de Dios es ejercitada (es decir, lo que hacemos cuando oramos) y trabajen a partir de allí.

La carta de Jeremías es, al mismo tiempo, un reproche y un reto: "Dejen de estar sentados cruzados de brazos sintiendo lástima de ustedes mismos. El propósito de una persona de fe es no estar tan cómodo como sea posible, sino vivir tan profunda y meticulosamente como sea posible, lidiar con la realidad de la vida, descubrir la verdad, crear belleza, exteriorizar el amor. Ustedes no hicieron nada de esto cuando estuvieron en Jerusalén. ¿Por qué no tratan de hacerlo ahora aquí, en Babilonia? No escuchen a los falsos profetas quienes han hecho una irresponsable forma de vida vendiéndoles falsas esperanzas. Estarán en Babilonia por un largo tiempo. Es mejor que se adapten lo mejor posible. No se limiten a esperar que ocurra alguna intervención milagrosa. Construyan casas, planten huertos, cásense, tengan hijos, oren por el bienestar de Babilonia y hagan todo lo que puedan por desarrollar ese bienestar. El único lugar que tienen para ser humanos es el lugar en el que están ahora. La única oportunidad que jamás tendrán para vivir por fe es el conjunto de circunstancias del día actual: la casa en la cual viven, la familia de la cual forman parte, el trabajo que realizan, las condiciones climáticas presentes en este momento".

Una vida plena

El exilio (estar en un lugar en el que no queremos estar con personas con las cuales no queremos estar) obliga a tomar una decisión: ¿Centraré mi atención en lo que están mal en el mundo y sentiré lástima de mí mismo? O, ¿Enfocaré mis energías en cómo tener una vida plena en el lugar en el cual me encuentro? Siempre es más sencillo quejarse de los problemas que comprometerse con una vida de virtud. En su novela *Felix Holt*, George Eliot hizo un comentario brillantemente apropiado sobre esta cuestión: "Todo está mal, dice él. Eso es una gran verdad. Pero, ¿Desea él hacer que las cosas estén bien? No. Perdería su verdad".⁵

A diario nos enfrentamos con decisiones sobre cómo responderemos a estas condiciones del exilio. Podemos decir: "No me gusta esta situación, me gustaría estar como hace diez años. Cómo me pide que me involucre en lo que no me gusta, eso sería una completa hipocresía. ¿Qué sentido tiene tomar el riesgo y fatigarme entre personas que ni siquiera me caen bien, en un lugar en donde no tengo futuro?"

O, también podemos decir: "Aprovecharé lo que esté a mi alcance para tener una vida plena. Mucho más importante que el clima de este lugar, la economía de este lugar, los vecinos de este lugar, es el Dios de este lugar. Dios está aquí conmigo. Lo que estoy viviendo ahora es en base a lo que fue creado por él y con personas a las cuales él ama. Las posibilidades de cumplir con la voluntad de Dios aquí son las mismas que en cualquier otro lugar. Estoy lleno de miedo. No conozco el medio que me rodea. Tengo mucho que aprender. No estoy seguro de lograrlo. Sin embargo, tuve sentimientos como estos en Jerusalén. El cambio es difícil. Desarrollar relaciones de amistad entre extranjeros siempre es un riesgo. Construir relaciones en un medio ambiente desconocido y hostil es difícil. Pero, si esto es lo que significa estar vivo y ser humano, lo haré".

Fénelon solía decir que había dos tipos de personas: los que ven la vida y se quejan de lo que no hay en ella; y los que ven la vida y se alegran por lo que sí hay en ella.⁶ ¿Viviremos tomando en cuenta lo que no tenemos o lo que sí tenemos?

Invitación y promesa

Hay mucho de reproche y consejo en la carta de Jeremías a los exiliados. Hay también una invitación y una promesa en ella, y esto es lo que finalmente llegó a ser el punto focal y dio forma a la experiencia del exilio: "Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz y no de mal, para daros el fin que esperáis. Entonces me invocaréis. Vendréis y oraréis a mí, y yo os escucharé. Me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón. Seré hallado por vosotros, dice Jehová".

Jeremías acostumbraba usar las palabras de manera extraordinaria, pero nunca como en este caso.

Algunas personas rechazaron el mensaje dado. Los tres profetas, por ejemplo, se enfurecieron. Semaías escribió una mordaz carta llena de ira a Sofonías, sumo sacerdote en Jerusalén, diciendo algo como esto: “¿Acaso no puedes hacer callar a Jeremías? ¿Hasta cuándo permitirás que este loco siga delirando, despotricando y escribiendo cartas en donde nos dice que este exilio será largo? ¿Te das cuenta del mal que nos hará esto? ¡Si el pueblo comienza a habituarse a estar en Babilonia, *jamás* regresaremos a Jerusalén! ¿Por qué no has disciplinado a Jeremías de Ananot? (Jer. 29:24-28).

Pero otros, quizás la mayoría, aceptaron el mensaje. Sacados de su cotidianidad por el exilio, se embarcaron en “la búsqueda”.⁷ Se asentaron para saber lo que significaba ser el pueblo de Dios en el lugar que ellos no querían estar, en Babilonia. El resultado fue que éste fue el período más creativo en toda la historia del pueblo hebreo. Antes que perder su identidad, la redescubrieron. Aprendieron como orar de manera más profunda y transformadora que nunca. Escribieron, copiaron y examinaron la enorme revelación que habían recibido a través de Moisés y los profetas y comenzaron a reconocer la extraordinaria riqueza de sus Escrituras. Se dieron cuenta de que Dios no dependía de un lugar, que no estaba limitado a un medio ambiente específico. La violenta dislocación del exilio acabó con sus confortables pero ilusorias presunciones y les permitió ver profundidades y alturas que jamás había visto antes. Perdieron todo lo que habían creído era importante y hallaron lo que en realidad sí lo era: encontraron a Dios.

El exilio rasgó la cobertura de su forma de vida y expuso la vacuidad de ella. Jamás podrían volver a vivir sólo de pan. La palabra de Dios era una nutrición esencial. Se dieron cuenta de que este extraordinario cambio de vida sólo podría tener lugar en las estructuras de la vida diaria –casas y huertos, matrimonios e hijos. Cuando Jeremías les dijo que construyeran casas, plantaran huertos y levantaran familias no interpretaron incorrectamente que debieran asimilarse a Babilonia. Eso hubiera sido repetir los mismos pecados de Jerusalén en Babilonia. Abrazaron el día a día, pero no fueron absorbidos por él. No permitieron que la rutina y los deberes de la vida los embotaran: oraron y buscaron. La búsqueda tuvo su recompensa: comenzaron a percibir la vida,

a ser receptivos a las muchas sutilezas esperando tan sólo que un ojo los notara, un oído los escuchara, una mente los creyera dignos de atención.

El exilio fue “el crisol de la fe de Israel”.⁸ Fueron presionados hasta el borde de la existencia hasta creer que pendían de un hilo, y luego se dieron cuenta de que en realidad habían sido colocados en el centro de ella, donde estaba Dios. No experimentaron la simple sobrevivencia sino la vida abundante. Ahora veían su vida anterior como una vida de subsistencia, una existencia marginal absorta en la moda y el consumo, el ritual vacío y la explotación insensible. El exilio los empujó desde los márgenes de la vida hasta el vórtice donde todos los temas de vida y muerte, amor y significado, propósito y valor, formaban el dinámico día a día, la realidad participativa del futuro de Dios con ellos.

Esto sigue sucediendo hoy en día. El exilio es lo peor que revela lo mejor. “Es difícil de creer”, dice Faulkner, “pero los desastres suelen ser buenos para las personas”.⁹ Cuando nos deshacemos de lo frívolo vemos lo esencial, y lo esencial es Dios. La vida normal está llena de distracciones e irrelevancias. Luego sucede la catástrofe: La dislocación. El exilio. La enfermedad. La pérdida del trabajo. El divorcio. La muerte. La realidad de nuestras vidas es reorganizada sin que nadie nos consulte o espere nuestra autorización. Ya no estamos en casa.

Todos habremos de recibir momentos, días, meses, años de exilio. ¿Qué haremos con ellos? ¿Desearemos estar en algún otro sitio? ¿Nos quejaremos? ¿Nos evadiremos en fantasías? ¿Nos perderemos en el olvido? O, ¿construiremos, plantaremos, nos casaremos y buscaremos el bienestar del lugar en el cual habitemos y las personas con las cuales estemos? El exilio revela lo que realmente es importante y nos libera para buscar lo que realmente importa, que es buscar al Señor de todo corazón.

13 Capitán... Rey... Eunuco

Y cuando llegó a la puerta de Benjamín, estaba allí un capitán que se llamaba Irías hijo de Selemías hijo de Hananías, el cual apresó al profeta Jeremías, diciendo: "¡Tú te pasas a los caldeos!"...

Entró, pues, Jeremías en la casa de la cisterna y en las bóvedas. Y habiendo estado allí Jeremías por muchos días, el rey Sedequías envió y lo sacó; y le preguntó el rey secretamente en su casa, diciendo: "¿Hay palabra de Jehová?"...

Oyó Ebed-melec, un etíope, eunuco de la casa real, que habían puesto a Jeremías en la cisterna... Ebed-melec... habló al rey, diciendo: "Mi señor, el rey, mal hicieron estos hombres en todo lo que han hecho con el profeta Jeremías, al cual hicieron meter en la cisterna; porque allí morirá de hambre"... Tomó, pues, Ebed-melec... trapos viejos, raídos y andrajosos, y con unas sogas los echó a Jeremías en la cisterna... De este modo sacaron con sogas a Jeremías y lo subieron de la cisterna...

Jeremías 37:13, 16, 17; 38:7-13

Debo admitir una cierta impaciencia con la ecuación en boga, nunca sugerida por mí, del término identidad con la pregunta "¿Quién soy?" Nadie se haría esta pregunta a sí mismo excepto en un más o menos trascendente estado mórbido, en una creativa autoconfrontación, o en un estado adolescente que algunas veces combina a ambos; por qué entonces me encuentro a mí mismo preguntando a un estudiante que dice estar atravesando una "crisis de identidad", si se está quejando o alardeando de ello. La pregunta pertinente, si es que acaso puede colocarse en primera persona, sería "¿Qué deseo hacer de mí mismo y con qué debo trabajar?"

Erik H. Erikson¹

La mayoría de las figuras en los libros de historia son ráfagas de color que iluminan un episodio y luego son olvidadas. ¿Cuántos pueden recordar diez años después el nombre del Secretario de Estado, ciertamente una de las posiciones de mayor prestigio en el mundo? ¿Quién puede decir el nombre del escritor de mayor ventas de hace cinco años? Pero la importancia de unas cuantas personas, en lugar de atenuarse, resplandece más brillantemente cada siglo. Su importancia brilla porque dichas personas no se limitaron a cumplir un prestigioso papel o ser asociados con un evento importante. Fueron profunda y meticulosamente *humanos*. Estos pocos, en palabras de R. P. Blackmur, "nos muestran una fuerza atractiva, enorme e infatigable, y una fuerza expansiva que es la primavera inagotable o declaración constante de valor. Cuando el hombre pequeño es un montículo a ser aplanado [tal persona es] una montaña a ser minada en todos los flancos".²

Jeremías es "una montaña a ser minada en todos los flancos". Marcó una época. Fue un participante de primera mano en los eventos que llegaron a ser el eje de un milenio. La época de Jeremías es un ganglio **nodal** que dispara terminaciones nerviosas en todas las direcciones de la existencia humana: filosofía, religión, política, artes. En la China, India, Israel y Grecia yacen los fundamentos de la historia universal. Karl Jaspers describe el siglo de Jeremías como el "momento axial" (*Achsenzeit*).³

Jeremías encabezó las noticias del momento. Su percepción teológica, su sensibilidad religiosa, su poder retórico, su alcance emocional, su valor de confrontación, todo ello dejó su huella histórica. Pero el interés primario del pueblo de Dios en Jeremías no es su impacto histórico, sino su desarrollo personal.

Sólo unas pocas personas hacen los titulares históricos, pero todos pueden llegar a ser humanos. ¿Es posible ser grande cuando arrojamus la basura así como cuando firmamos un tratado de paz? ¿Es posible mostrar la gracia en la conducta mientras se está en la cocina así como en un debate televisado a nivel nacional?

Una vez conocí a un hombre bueno que tenía una presencia pública muy fuerte y resultaba encantador a todo aquel que lo conocía. Todo lo que decía era *importante*. Él tenía *influencia*. Siempre iba impecablemente vestido y era infaliblemente cortés.

Su secretaria, sin embargo, estaba siempre bañada en lágrimas debido a sus rudamente imperiosas exigencias. Tras bastidores era un tirano y un insensible. Su imagen pública era perfecta; sus relaciones personales eran pobres.

¿Cómo trataba Jeremías con las personas diariamente? ¿Cómo era estar con él cuando no estaba predicando un sermón, afinando una profecía o prosiguiendo una confrontación? La profunda reflexión de los siglos se añade a un consenso impresionante: Jeremías se hizo humano en un complejo y desarrollado sentido *personal*. Un examen de algunas de las personas con las cuales trato refuerza nuestra estima de su "completa humanidad", frase de Abraham Maslow para nuestros raramente concientes destinos.⁴

En los capítulos 37 al 39 de Jeremías tienen lugar importantes eventos históricos. La historia mundial es modelada ante nuestros ojos. Israel cambia radicalmente. Emergen poderosas realidades teológicas. Jeremías está en el medio de todo ello. Jeremías, sin estar involucrado directamente con los grandes temas, trata mayormente con las *personas*, personas con *nombres*. Los individuos forman la materia prima de la vida diaria de fe de Jeremías. Cada vida de fe, ya sea evidente o no, es ejercitada en el contexto de personas no muy diferentes a aquellas con las cuales convivió Jeremías. Aparte de las ideas que examinamos, los movimientos importantes en los cuales participamos, los trabajos específicos que tenemos, las personas individuales, con nombres, forman la mayor parte de la agenda de nuestras vidas. Tres personas en la agenda de Jeremías son representativamente importantes: Irías el capitán, Sedequías el rey y Ebed-melec el eunuco.

Irías el capitán

La ciudad estaba bajo el ataque final de los babilonios. Pronto caería. Jeremías había aconsejado a los líderes y predicado al pueblo que la presencia babilonia era el juicio de Dios: debían aceptarla y someterse a ella. Habían pecado y estaban siendo juzgados. El juicio era la manera de Dios de restaurar la integridad del pueblo.

Al pueblo no le gustó eso. Trataban de buscar maneras de evitar la realidad del juicio, de pensar en otras categorías alterna-

tivas a bueno y malo, pecado y responsabilidad. Una de sus maneras substitutas fue pensar en términos de lealtad y deslealtad. El patriotismo fue usado para confundir el sentido de moralidad: "Nuestro amado país está siendo atacado y debemos ser fieles a él; en tiempos de crisis no es correcto criticar a los líderes. Es desleal, un acto de traición".

Usar lenguaje patriótico es mucho más sencillo que asumir la responsabilidad de conducir rectamente a la nación. Es mucho más sencillo crear frases patrióticas que trabajar patrióticamente por la justicia.

Cierto día Jeremías iba saliendo de la ciudad rumbo a su pueblo natal de Anatot, a unos 4.8 kilómetros (3 millas) de distancia. Irías, el capitán, lo arrestó bajo el cargo de estar desertando al bando enemigo.

Jeremías había vivido en Jerusalén toda su vida adulta. Había sido una figura pública por más de treinta años. Era conocido por ser un amigo fiel y consejero del gran rey Josías. Jamás había siquiera por un momento rechazado o repudiado su identidad como judío o exentado a sí mismo de ninguna de sus obligaciones como miembro de la comunidad. Para todo aquel que lo conocía, él obviamente no era un transeúnte criticando ni un traidor propagandista, sino un agonizante ciudadano.

Irías llevó al hombre que había arrestado ante sus jefes, los príncipes, quienes lo golpearon y encarcelaron. Aparentemente habían estado esperando cualquier incidente que pudieran usar para abalanzarse sobre él. Irías, con los reflejos indiscriminados de un perro guardián, se lanzó al ataque.

Irías era un hombre que usaba su trabajo para escapar de sus responsabilidades como persona. Era un burócrata en el peor sentido de la palabra, una persona que se esconde tras las reglas y prerrogativas de un empleo para hacer un trabajo que destruye a las personas. Hacía su trabajo sin tomar en cuenta la moralidad o la rectitud, a Dios o a las personas. Nos topamos con este tipo de personas todo el tiempo. Y este tipo de trabajos es cada vez más común. Cada día las personas son heridas y menospreciadas por funcionarios públicos que se niegan a mirarnos a los ojos, escudándose a sí mismos tras reglamentos y papeleo, secretarías y comités.

Irías era el tipo de persona que Melville describió con gran desdén, en su novela *The Confidence Man* (El Hombre Confianza), como "el hombre moderado, el invaluable subordinado del hombre malvado. Usted, el hombre moderado, puede ser usado para el mal, pero es inútil para el bien".⁵ Irías, sin duda alguna, habría protestado vehementemente si le hubieran acusado de tener algo personal en contra de Jeremías, habría dicho que sólo estaba haciendo lo que le habían ordenado hacer.

El ejemplo más famoso de Irías del siglo veinte es Adolf Eichmann, figura clave en el asesinato de seis millones de judíos en la Alemania nazi. En su juicio en Jerusalén se hizo bastante claro que no tenía nada en contra de los judíos, que sólo había hecho su trabajo. El odio no corría por sus venas, simplemente había sido obediente a lo que sus superiores le habían dicho. Hannah Arendt acuñó la frase "la banalidad del mal" para describirlo a él.⁶ Incalculable mal puede venir de estas fuentes inesperadas: personas tranquilas, eficientes y humildes que hacen su trabajo y que desde hace mucho tiempo dejaron de pensar en sí mismas como individuos moralmente responsables.

Jeremías respondió a Irías con una gran resistencia. No gritó ni insultó. No amenazó ni reprendió a nadie. Tampoco se dejó pisotear. Jeremías afirmó su inocencia; soportó y aceptó, según parece, aquella banal estupidez con ecuanimidad, persistiendo en su vocación.

Sedequías el rey

Sedequías no fue propiamente un rey, sino más bien un gobernante títere impuesto por los babilonios. El verdadero rey, Joacim, había sido llevado al exilio en 598 a.C. junto con la mayoría de la clase dirigente de la ciudad. Su tío, Sedequías, fue puesto a reinar en lugar suyo. Sedequías fue rey por once años. Durante todo ese tiempo tuvo conversaciones frecuentes con Jeremías. Jeremías había estado cercanamente asociado con su hermano, el gran Josías, y con sus dos sobrinos, los reyes Joacim y Joaquín.

Sedequías tenía sentimientos encontrados sobre Jeremías. Lo respetaba. ¿Cómo no hacerlo? Su estatura era inmensa, su integridad impresionante, su valor legendario. Pero al mismo tiempo era un

motivo de vergüenza, porque Sedequías permitió a sí mismo ser rodeado con el acostumbrado tropel de sicópatas autocomplacientes, que estaban tratando siempre de ganar ventaja de estar asociados a su reinado. Bien podía suponer Sedequías que Jeremías sentía poco aprecio por este tipo de personas.

Siendo una persona débil y vacilante, Sedequías fue elegido para reinar, según suponemos, porque los babilonios sabían que era una persona sin voluntad propia y que se sometería a lo que se le ordenara. Lo que nunca llegaron a anticipar era que Sedequías acataría las sugerencias de cualquiera que estuviera en la misma habitación con él. Cuando los babilonios se fueron y los ultranacionalistas del tipo más temerario comenzaron a aparecer con elaborados planes para acabar con el dominio babilonio con la ayuda de una alianza egipcia, Sedequías fue fácilmente convencido. Algunas veces tenía momentos de conciencia y llamaba a Jeremías para consultarlo, por un breve período de tiempo ponía atención a la palabra profética. Pero nada era eterno con Sedequías. El hombre era como una barra de goma flexible. Recibía impresiones de todo aquel que presionara suficientemente fuerte. Cuando la presión disminuía, volvía gradualmente a su estado anterior listo para la próxima impresión. Al contrario de Jeremías, quien fue formado desde adentro por obediencia a, y fe en Dios (¡una columna de hierro!), Sedequías tomó la forma que se necesitara según las circunstancias.

Sedequías demuestra que las buenas intenciones carecen de valor alguno si no están acompañadas de desarrollo en el carácter. No llegamos a ser personas íntegras con sólo deseando serlo, consultando los profetas correctos o leyendo el libro correcto. Las intenciones deben madurar hasta transformarse en compromisos si vamos a ser personas con definición, con carácter, con sustancia.

Después que los príncipes arrojaron a Jeremías al calabozo cuando fue arrestado por Irías, Sedequías lo hizo traer secretamente a su palacio para hablar con él. Sedequías no hubiera hecho esto abiertamente por temor a los príncipes. Pero tampoco lo habría ignorado, temeroso de pasar por alto alguna verdad importante que Jeremías pudiera revelar. Más tarde los príncipes, furiosos

por la predicación de Jeremías desde la celda de prisión, lo pusieron dentro de una cisterna. Sedequías hizo nada para evitarlo.

Sedequías nunca fue una persona en el sentido estricto. Todo le daba igual. Se adaptaba a cualquier plan que gente más poderosa tuviera para él. No era una persona malvada. No hay evidencia alguna de que planificara hacer malas acciones. Pero, y esto es lo importante aquí, tampoco planificó hacer cosas buenas. Las cosas buenas no suceden por sí solas. No surgen completamente formadas de la cabeza del rey. Requieren una formación cuidadosa, un disciplinado entrenamiento, un largo desarrollo. Sedequías no tenía estómago para esto.

Sedequías debió haber sido una de las personas más difíciles en la vida de Jeremías. Un rey (Josías) había sido su amigo cercano; un rey (Joacim) había sido su enemigo implacable. Pero este rey no era ni una cosa ni la otra: nunca se podía contar con él para nada, fuera positivo o negativo. Mientras tanto, Jeremías mantenía su testimonio bajo la fidelidad de su Dios, muy diferente a la inconstancia de su rey.

Ebed-melec el eunuco

Ebed-melec era un extranjero, un hombre negro de Etiopía y un funcionario en el gobierno administrativo. Cuando supo que Jeremías estaba en la cisterna, se dio cuenta de que éste moriría pronto si no era rescatado. Aunque la cisterna no tenía agua, estaba llena de fango y que Jeremías estaba hundido en él. Jeremías moriría pronto, ya fuera por asfixia o por exposición.

Ebed-melec fue al rey y lo confrontó con la injusticia que había permitido. Él tenía la autoridad para llevar a cabo una operación de rescate. Tomó varios hombres con él, algunas sogas, fue a los armarios del palacio y tomó trapos viejos, y luego fue a la cisterna. Bajó los trapos a Jeremías y le indicó colocar los harapos bajo sus axilas de manera que las sogas no hirieran su piel a medida que lo halaran hacia arriba. Así rescató a Jeremías.

Jeremías nunca fue popular. Nunca fue alagado con aplausos. Pero tampoco careció de amigos. De hecho, Jeremías fue extremadamente afortunado en lo que se refiere a sus amistades.

Unos veinte años atrás, en tiempos del rey Joacim, Jeremías fue casi asesinado, pero Ahicam hijo de Safán intervino para salvarlo (Jer. 26:24). Baruc fue su discípulo y secretario, leal y fiel, se mantuvo junto a él en los momentos difíciles hasta el final. Y Ebed-melec, el eunuco etíope, vino en su ayuda. "Tener un amigo en la vida es bastante", escribió Henry Adams, "dos amigos son muchos; tres son casi imposibles".⁷ Jeremías tuvo tres.

Ebed-melec arriesgó su vida al rescatar a Jeremías. Siendo un extranjero no tenía derechos legales. Estaba yendo en contra de la opinión popular en una crisis que se tornaba histórica con la emoción de los tiempos de guerra. Nada de eso le importó. Un amigo es un amigo. Ebed-melec no sucumbió a la lástima sentimentalista por Jeremías, lamentando filosóficamente su suerte; fue hasta el rey, tomó sogas e incluso harapos como relleno para que las sogas no hirieran a su amigo, buscó ayuda y sacó a Jeremías de la cisterna. Él demostró su amistad.

Aquel año en Jerusalén no todos estuvieron haciendo simplemente su trabajo. No todos se dejaron llevar por los vientos de la opinión popular. Hubo algunas personas para quienes un amigo era más valioso que un trabajo, para quienes un amigo era más importante que una ventaja calculada, para quienes un amigo significaba un compromiso y bien valía el riesgo.

El simple hecho de que Jeremías tuviera amigos dice algo acerca de él: el *necesitaba* amigos. Él estaba bien desarrollado en su vida interior. Era imposible apartarlo de su camino por medio de la enemistad o de la adulación. Estaba acostumbrado a la soledad, pero aun así necesitaba amigos. Nadie que sea íntegro es autosuficiente. La vida íntegra, la vida completa, no puede ser vivida con arrogante independencia. Nuestra meta no puede ser no necesitar de nadie. Una de las evidencias de la integridad de Jeremías fue su capacidad para recibir la amistad, su capacidad para permitir que otros lo ayudaran, de ser accesible a la misericordia. Es más fácil ofrecer amistad a otros que recibirla nosotros mismos. Al ofrecer amistad compartimos fortaleza, pero al recibirla mostramos debilidad. Una persona bien desarrollada,

sin embargo, jamás se esconden tras dogmas o proyectos, antes bien están abiertos a un amplio espectro de relaciones.

Las ideas teológicas, las fuerzas históricas y las causas correctas que tocaron la vida de Jeremías nunca fueron ni llegaron a ser abstractas, sino que se manifestaron a través de personas, personas con nombres. Jeremías jamás usó etiquetas que redujeran a las personas a categorías despersonalizadas. No es de extrañar que haya más nombres personales en el libro de Jeremías que en ningún otro libro profético.⁸

14 Compré el campo de Anatot

Compré la heredad de Hanameel, hijo de mi tío, la cual estaba en Anatot, y le pesé el dinero: diecisiete siclos de plata. Redacté la escritura, la sellé, la hice certificar con testigos y pesé el dinero en balanza... Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: "Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra".

Después que di la escritura de venta a Baruc hijo de Nerías, oré a Jehová, diciendo: "¡Ab, Señor Jehová!, tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido. Nada hay que sea difícil para ti... He aquí que con arietes han acometido la ciudad para tomarla, y la ciudad, a causa de la espada, el hambre y la peste, va a ser entregada en manos de los caldeos que pelean contra ella. Ha venido, pues, a suceder lo que tú dijiste, y he aquí lo estás viendo. ¡Ab, Señor Jehová!, cuando la ciudad va a ser entregada en manos de los caldeos, ¿tú me dices: cómprate la heredad por dinero y pon testigos?" Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: "Yo soy Jehová, Dios de todo ser viviente, ¿acaso hay algo que sea difícil para mí?..."

Como traje sobre este pueblo todo este mal tan grande, así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo. Poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís: "Está desierta, sin hombres ni animales, y va a ser entregada en manos de los caldeos". Heredades comprarán por dinero; harán escrituras y las sellarán, y pondrán testigos...

Jeremías 32: 9, 10, 15-17, 24-27, 42-44

Puedo colocar flores artificiales en este árbol que no florecerá, o crear las condiciones en las cuales el árbol florezca naturalmente. Puede que tenga que esperar mucho tiempo por mis flores naturales, pero estas serán las únicas verdaderas.

John Fowles¹

La palabra *práctico* ha sido plagiada del discurso corriente y puesta aparte como una virtud. Es un gran elogio describir a una persona como práctica. Decir que una persona es poco práctica es calificarla de irrelevante. Virtudes antiguas como la justicia y la fortaleza, el amor y la fe, mantiene una precaria media vida en la oscuridad mientras que la recién llegada virtud, la practicidad, se coloca orgullosa en la cumbre de nuestros valores.

Los estadounidenses han contribuido de manera especial al honor de este adjetivo. El sello distintivo de los Estados Unidos es lo práctico. Los estadounidenses han dejado su huella en el mundo su resuelta practicidad. Somos veloces, no perdemos el tiempo. Somos eficientes, no malgastamos energía. Tenemos los pies bien puestos sobre la tierra, no nos dejamos atrapar por ideas descabelladas. Terminamos lo que comenzamos. Hacemos que las cosas sucedan. Si como individuos no llegamos a alcanzar estos altos estándares, admiramos extravagantemente a aquellos que sí lo logran. Guiamos al mundo en lo que se refiere a cómo concluir las cosas.²

Bíblico y práctico

Aplauzo el énfasis. Este llamado a ser prácticos es una postura básica de la fe bíblica. Podría decirse con toda razón que *bíblico* y *práctico* son, esencialmente, palabras sinónimas. Si es práctico, es bíblico; si el bíblico, es práctico. La fe bíblica rechaza, feroz y decididamente, toda conducta o pensamiento que disminuya nuestra habilidad para funcionar como seres humanos en el tiempo y el espacio. Las ideas que llevan una cuña entre Dios y la creación son falsas. Las oraciones o los actos de devoción que nos desvían o incapacitan del aquí y el ahora son espurios. En todo lugar y en todo tiempo la fe bíblica ha advertido sobre las voces de sirenas que alejan a la gente de sus compromisos diarios y específicos con el clima y la política, los perros y los vecinos, la compra de víveres y las tareas laborales. Ninguna vida espiritual puede ser destilada o abstraída de este mundo de químicos y moléculas, pago de cuentas y eliminación de la basura.³

Si es cierto que aplauzo el énfasis en lo práctico y lo encuentro profundamente bíblico, frecuentemente me hallo en desacuerdo

lo que se supone es práctico. Sentimos gran entusiasmo por todo lo práctico en nuestra sociedad, pero hay mucha confusión y no poco de ignorancia en lo que es realmente práctico. En medio de esta confusión e ignorancia, grandes multitudes viven una vida extremadamente imprácticas y se comprometen con hechos irremediabilmente imprácticos, mientras que creen al mismo tiempo que son personas lógicas, realistas y prácticas.

La practicidad de Jeremías

Jeremías fue una de las personas más prácticas que jamás haya vivido. Todas sus ideas y creencias se transformaron en acciones, y sus acciones estuvieron tan bien dirigidas que la historia de su época fue en gran medida la sombra extendida de su historia personal. Una de las cosas más prácticas que hizo fue comprar un campo por diecisiete monedas. En el momento en que lo hizo, fue considerado un tonto impráctico. Las personas que lo veían pensaban que estaba comprando el puente de Brooklyn.

El sentido de lo práctico de Jeremías chocaba constantemente con la impracticidad de las personas que lo rodeaban. Jeremías estaba convencido de que él vivía en una creación que fue hecha para trabajar y trabajar bien —una creación *práctica*. Todo es importante y lo que sucede a todo y a todos —personas, montañas, flores, lo que sea— importa. Es una afrenta a Dios cuando las cosas no salen bien, cuando la gente vive de manera incorrecta. Es escandaloso sustituir el devoto amor y fe en Dios en el lugar de adoración por una falsa postura. En el cuerpo de la creación hay enormes heridas abiertas cuando el pobre y el desafortunado, ambos criaturas de Dios, son cruelmente explotados.

El sentido de lo práctico de Jeremías fue construido en la creencia de que Dios es la realidad más importante con la cual él y el pueblo con el cual vivía tenían que tratar. Esto fue lo que dijo toda su vida insistente y persuasivamente. Él creía que todas las personas habían sido creadas para tener una relación con Dios, y cuando no reconocemos y nutrimos esa relación vivimos falsamente y, por lo tanto, de manera impráctica. La gente trata de ser buena sin Dios y eso es infructuoso. Tratamos de vivir la buena vida y no la vida de Dios, y eso es infructuoso. El desperdicio de

nuestras subdimensionadas vidas es horroroso, y Jeremías estaba horrorizado. Es imposible, por lo tanto, sin consecuencias desafortunadas. Jeremías rogó: “Una voz se oye sobre las alturas, llanto de los ruegos de los hijos de Israel, porque han torcido su camino, se han olvidado de Jehová, su Dios. ¡Convertíos, hijos rebeldes, y os sanaré de vuestras rebeliones!” (Jer. 3:21, 22). La realidad no cohabita con la irrealidad. La naturaleza, incluyendo la naturaleza humana, advirtió Patmore, “no soportará ninguna contradicción sostenida y absoluta. Ella debe ser convertida, no violentada”.⁴

Los ruegos fueron ignorados y el juicio llegó. El ejército babilonio capturó la ciudad y llevó al exilio a los líderes del pueblo. Durante los once años (598 al 587 d.C.) siguientes las personas que fueron dejadas atrás tuvieron una cierta libertad personal, pero estaban políticamente sujetos a Babilonia. Pudieron haber seguido teniendo una vida decente en aquellas circunstancias, pero después de varios años de intranquilidad y agitación tramaron quitarse de encima el yugo babilonio concertando una alianza con Egipto. De nada sirvió. La conspiración provocó una severa represalia por parte de Babilonia. Los egipcios se dieron cuenta de que no podrían obtener beneficio alguno y abandonaron la escena. Judá era superada militarmente de manera aplastante por los babilonios. Fue la peor época de su historia. El día del Juicio Final estaba a la vuelta de la esquina. En cuestión de semanas, quizás sólo días, la ciudad sería saqueada y todos llevados al exilio. No había esperanza alguna.

Fue durante estas semanas que Jeremías fue encarcelado. Había sido acusado de colaborar con el enemigo, un cargo falso surgido en medio de la histeria de la guerra. Era una figura impopular y, por ello, en lo que respectaba al pueblo, la cárcel no era un lugar inapropiado para él. En aquella prisión —que podemos imaginarnos como cierto tipo de confinamiento amplio en el área del palacio que era abiertamente visible y con acceso a los visitantes— Jeremías hizo algo que en aquel momento pareció absolutamente loco: compró un campo por diecisiete monedas.

Era una locura porque en el preciso momento en el que compraba el campo, el ejército babilonio estaba acampando en él. Jeremías se encontraba en la cárcel sin posibilidades de ser

liberado. El enemigo estaba golpeando los muros de la ciudad y a punto de llevar al pueblo al exilio. En ese momento Jeremías compró un campo en cual jamás llegaría a plantar un olivo, cosechar una vid o construir una casa, un campo que con toda probabilidad jamás llegaría siquiera a ver.

¿Por qué lo hizo? Por la más práctica de las razones: lo hizo porque estaba convencido de que los problemas que cada quien estaba experimentando eran usados por Dios en aquel preciso momento para salvar la tierra. La realidad esencial para Jeremías no era que los babilonios estuvieran acampando en Anatot (aunque nadie negaba tal hecho) sino que Dios estaba usando esa situación para cumplir sus promesas. Jeremías compró el campo como una inversión en el próximo proyecto de Dios para Israel, una inversión que, como ahora sabemos, dio ganancias de manera admirable. "Mientras que las cosas son realmente esperanzadoras", escribió Chesterton, "la esperanza es simple halago o un asunto obvio. Es sólo cuando todo luce desesperanzador que la esperanza comienza a ser fortaleza. Como todas las demás virtudes cristianas, es tan irrazonable como indispensable".⁵

Jeremías había predicado sobre el juicio de Dios por años. Ahora que el juicio había llegado, dirige alertamente la atención al propósito del juicio, el cual es preparar sus vidas para recibir la promesa de la salvación. Él no dijo: "Se los dije". no miró de manera engreída la inevitable evidencia de que estaba en lo correcto. Su intención no es construir para sí mismo una reputación como un exacto pronosticador. No se interesa por llevar un control de las predicciones cumplidas. Es un hombre práctico interesado en cómo se relacionan los propósitos de Dios con el presente, cambiándolo de la futilidad que envuelve la ciudad como la niebla a la paz. No gasta tiempo disfrutando la mala fortuna de sus detractores. Su interés se centra en Dios y las personas.

Así que para el momento en que llega el juicio, Jeremías pronuncia palabras de esperanza. Hay algo más que el ejército babilonio a las puertas de la ciudad, es Dios en medio de ustedes. El juicio ha llegado, pero no se desesperen, es el juicio de Dios. Enfréntenlo. Acepten el sufrimiento. Experimenten la corrección. Dios no está en contra de ustedes; está a favor de ustedes. Dios no los ha

rechazado, está trabajando a favor de ustedes. "Es un tiempo de angustia para Jacob, pero de ella será librado" (Jer. 30:7). "¿Por qué gritas a causa de tu quebrantamiento?... yo haré venir sanidad para ti, y sanaré tus heridas, dice Jehová" (Jer. 30:15, 17).

El juicio no es la última palabra, jamás lo es. El juicio es necesario debido a siglos de endurecimiento espiritual, su propósito es abrir y sensibilizar corazones a la realidad que va más allá de nosotros mismos, quebrantar el caparazón de la autosuficiencia para que podamos experimentar la paciente gracia del Dios sanador, misericordioso y perdonador.

*El pueblo que escapó de la espada halló gracia en el desierto...
Con amor eterno te he amado; por eso, te prolongué mi
misericordia.*

*Volveré a edificarte: serás reedificada, virgen de Israel.
De nuevo serás adornada con tus panderos y saldrás en ale-
gres danzas. (Jer. 31:2-4).*

Este no es el lenguaje indiferente de la sala de justicia, ni el lenguaje airado de la represalia y la venganza. Es el tono personal de un padre.

¿No es Efraín un hijo precioso para mí?

¿No es un niño en quien me deleito?

Desde que hablé de él,

lo he recordado constantemente.

*Por eso mis entrañas se conmovieron por él,
y ciertamente tendré de él misericordia, dice Jehová. (Jer. 31:20)*

Cuando el pueblo había gozado prosperidad, creyeron que nada podría interrumpir o interferir con sus carreras de autosatisfacción. Durante aquellos años Jeremías predicó sobre el juicio. Ahora la calamidad les rodeaba y pensaba que era imposible corregir la situación. Cuando la máquina de asedio babilonia golpea los muros y cuando llegan cada hora los reportes de la devastadora ocupación babilonia, Jeremías desde la prisión de palacio (un lugar distintivo de desesperación) da el siguiente mensaje: "Esperanza hay también para tu porvenir, dice Jehová" (Jer. 31:17).

Pero el mensaje de paz no es más creído de lo que había sido el mensaje de juicio, y por la misma razón. Todo lo que no sea

corroborado por las noticias del día y los boletines informativos es calificado de impráctico.

El campo de Ananot

Cierto día cuando todo esto estaba sucediendo, el primo de Jeremías, Hanameel, fue al patio donde estaba confinado Jeremías y ofreció venderle un terreno en Ananot, el pueblo natal de Jeremías, a unos 4,8 kilómetros (3 millas) al noreste de Jerusalén. ¿Hanameel hablaba en serio? ¿Se estaba burlando de Jeremías? El ejército babilonio estaba acampando en todo Ananot. Es como si alguien me dijera que cree que en nuestra época la gente de la tierra va a vivir en Marte y yo le contestara: "Magnífico. Déjeme entonces venderle un acre de tierra justo en el canal principal". O como si alguien me hablara de su seguridad en que muy pronto habrá una paz estable y duradera en el Medio Oriente, y yo saliera a ofrecerle una franquicia para comercializar un pozo petrolero iraní.

Jeremías había estado diciendo: "Reprime del llanto tu voz y de las lágrimas tus ojos... Esperanza hay también para tu porvenir, dice Jehová, y los hijos volverán a su propia tierra" (Jer. 31:16, 17). Inmediatamente apareció Hanameel y dijo: "Cómprame ahora la heredad que está en Anatot, en tierra de Benjamín, porque tuyo es el derecho de la herencia y a ti corresponde el rescate; cómprala para ti" (Jer. 32:8).

¿Qué haría una persona práctica con semejante oferta? Me imagino a Jeremías caminando lentamente y teorizando: "Hanameel no me estás entendiendo, estoy hablando de manera simbólica y metafórica. Me estoy refiriendo a la vida interior, la manera en que nuestro inconsciente está en contacto con el propósito de Dios. No seas tan literal. Y no trates de deshacerte de esa inútil propiedad en Ananot a través de mí. El hecho de que sea un predicador no significa que sea estúpido. Conozco el valor del dinero como cualquier otra persona". Al decir esto, seguro que todos los transeúntes habrían aplaudido, tal vez después de todo Jeremías no era tan tonto como pensaban.

Pero esto no fue lo que sucedió. La Biblia narra que Jeremías, profundamente en contacto con una realidad que la mayoría de nosotros ignoramos, y sin la ansiedad de temer lo que otras

personas pensarán de él, compró rápidamente el campo. Pesó diecisiete siclos de plata, tuvo los testigos requeridos, firmó y selló las escrituras. Luego dio instrucciones a su amigo Baruc de colocar las escrituras legales en una vasija de barro para conservarlas "durante mucho tiempo. Porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: 'Aún se comprarán casas, heredades y viñas en esta tierra'" (Jer. 32:14, 15).

Jeremías sabía que al comprar aquel campo lucía bastante tonto e impráctico. Iba en contra de la historia, en contra de la razón, en contra de la opinión pública. Pero él no compró aquel campo siguiendo los consejos de su corredor de bolsa, sino de Dios. No estaba planificando construir en la propiedad una casa para su retiro; estaba dando testimonio de su participación en la continuidad de las promesas de Dios. Al mismo tiempo, de nada habría servido *sentirse* tonto, por lo que oró, centrándose a sí mismo en la palabra de Dios: "¡Ah, Señor Jehová!, tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder y con tu brazo extendido. Nada hay que sea difícil para ti. He aquí que con arietes han acometido la ciudad para tomarla, y la ciudad, a causa de la espada, el hambre y la peste, va a ser entregada en manos de los caldeos que pelean contra ella... ¡Ah, Señor Jehová!, cuando la ciudad va a ser entregada en manos de los caldeos, ¿tú me dices: cómprate la heredad por dinero y pon testigos?" (Jer. 32:17, 24, 25).

A medida que ora recibe la confirmación: "Yo soy Jehová, Dios de todo ser viviente, ¿acaso hay algo que sea difícil para mí?... Porque así ha dicho Jehová: Como traje sobre este pueblo todo este mal tan grande, así traeré sobre ellos todo el bien que acerca de ellos hablo. Poseerán heredad en esta tierra de la cual vosotros decís: "Está desierta, sin hombres ni animales, y va a ser entregada en manos de los caldeos" (Jer. 32:27, 42, 43).

Vivir con esperanza

Comprar aquel campo en Ananot fue un acto deliberado de esperanza. Todos los actos de esperanza corren el riesgo de ser ridículos porque lucen a primera vista imprácticos, carentes de toda relación con la realidad visible. Pero, de hecho, son la realidad que está siendo construida pero no es aún visible. La esperanza nos obliga a tomar acciones que nos conectan con las promesas de Dios.

Lo que llamamos esperar es frecuentemente sólo desear. Deseamos cosas que creemos son imposibles, pero tenemos el sentido común necesario como para no gastar tiempo o dinero en ellas. La esperanza bíblica, sin embargo, es un acto similar a comprar el campo en Ananot. Los actos de esperanza se basan en la convicción de que Dios completará la obra que ha comenzado incluso cuando las apariencias, y especialmente en este caso, se oponen a ello.

William Stringfellow, quien ha tenido una amplia experiencia con los "babilonios", concuerda con Jeremías: "La esperanza es la dependencia de la gracia al enfrentar la muerte: el asunto es recibir la vida como un regalo, no como una recompensa ni como un castigo; la esperanza es vivir constante, paciente, ilusionada y gozosamente en la eficacia de la palabra de Dios".⁶ Cada persona que conocemos debe conocer esta esperanza. Cada situación en la cual nos encontramos debe ser incluida en el reino que estamos convencidos Dios traerá. La esperanza depende de lo que creemos. No nos apartamos llenos de desesperación. No nos llevamos las manos a la cabeza en señal de disgusto. No tachamos a tal persona de incorregible. No nos retiramos de un mundo complejo que es demasiado para nosotros.

Es, por supuesto, mucho más sencillo languidecer en medio de la desesperación que vivir esperanzadamente, porque cuando vivimos en desesperación no tenemos que hacer nada o arriesgar nada. Podemos vivir perezosamente e ineficientemente con una reputación inmaculada de practicidad, acorde con la manera en que lucen las cosas. Esta de moda adoptar el más reciente cinismo. Si vivimos en esperanza, vamos contra corriente.

Siendo prácticos

Me parece casi completamente incomprensible que alguien diga: "Bueno, la Biblia está bastante bien dentro de sus límites, pero después de todo cuando se trata de lo esencial debemos ser prácticos, ¿no es así? Jeremías, después de todo, nunca tuvo que lidiar con la nómina". Personas así me recuerdan al personaje de Mr. Tulliver, de George Eliot, quien "consideraba que la iglesia era una cosa y el sentido común otra, y que no deseaba que nadie le dijera que era el sentido común".⁷

Pero el gran hecho ineludible es este: En medio de la agitación y el pánico de aquel día en Jerusalén, en el más improbable y fortuito día de la semana, estando el vulgo dividido entre la obtusa resignación a lo inevitable y los planes descabellados de escape, el único hecho práctico que aparece consignado en los registros históricos es que Jeremías compró un campo en Ananot por diecisiete siclos de plata. Ese acto hizo visible la palabra de Dios, la hizo un punto de apoyo para todo aquel que quisiera encontrar la salida a la desesperación caótica y hallar el camino hacia la ordenada totalidad de la salvación. Muchos encontraron la salida.

Debemos ser prácticos. Realmente prácticos. La cosa más práctica que podemos hacer es escuchar lo que Dios dice y responder apropiadamente a ello. "Los argumentos son ineficaces si no son apoyados por los hechos".⁸ Las acciones determinadas por la esperanza forman parte del futuro que Dios tiene preparado. Estas acciones son raramente espectaculares. Por lo general tiene lugar fuera de ambientes sagrados. Casi nunca son percibidos como importantes por quienes los atestiguan. No es fácil actuar guiado por la esperanza por la mayor parte de la evidencia inmediata que siempre la contradice. Como resultado, vivimos en una de las sociedades más imprácticas que el mundo haya visto jamás. Si vamos a vivir de manera práctica, deberemos desafiar frecuentemente las impracticidades de nuestros semejantes. Se necesita valor para actuar guiados por la esperanza. Sin embargo, esta es la única acción práctica, porque es la única acción que sobrevive a la decadencia del momento y logra escapar al basurero de la moda de ayer.

15 Contra las naciones

Palabra de Jehová que vino al profeta Jeremías, contra las naciones. Acerca de Egipto... acerca de los filisteos... Acerca de Moab... Acerca de los hijos de Amón... Acerca de Edom... Acerca de Damasco... Acerca de Cedar y de los reinos de Hazor... acerca de Elam... contra Babilonia...

Jeremías 46:1, 2; 47:1; 48:1; 49:1, 7, 23, 28, 34; 50:1

Si los gentiles hubieran sido abandonados a sus propios mitos y a su propio destino, siendo considerados desde el punto de vista de su propia religión, no habrían constituido parte de la creación de Dios, habrían estado fuera, en la completa negación. Esto, sin embargo, no es así y nunca lo ha sido. No se encuentran abandonados a sus mitos o a su destino, sino que están involucrados desde el principio en los hechos poderosos de la creación de Dios; pertenecen a la tierra a la cual el Señor rescató del océano primigenio; ellos son "los fines" hacia los cuales se dirige el propósito de Dios, la razón última de la obra que él comenzó en el monte de Sión, centro de la tierra.

Arend Th. Van Leeuwen¹

Crecí en un pequeño pueblo del oeste, un lugar perdido en el territorio sin consecuencias para nadie más excepto quienes vivieran en él. Nadie en mi familia o entre mis conocidos viajaba. Estábamos aislados y desconectados de los grandes eventos y la gente importante. Las excepciones eran muy contadas. Tuve un tío, por ejemplo, que sirvió en la infantería en la Primera Guerra Mundial y fue herido en Francia. Escuchaba sus historias de la guerra. Varios de mis tíos y tías maternos vinieron de Noruega cuando eran muy jóvenes, y tenían historias de granjas y fiordos que daban color a las reuniones festivas. Mi abuelo paterno tenía acento sueco en su hablar diario, pero nunca nos habló del lugar de su nacimiento. Y así por el estilo. No era el lugar adecuado para adquirir una concepción realista del tamaño y complejidad del mundo.

Para cuando tuve diez años de edad ya tenía un vivo conocimiento de la gran diversidad de lenguas y costumbres, climas y terrenos que la tierra puede albergar. No adquirí este conocimiento en la escuela, aunque estoy seguro que hubo intentos allí por dármele. Lo aprendí en la iglesia. Con frecuencia, visitantes de los más remotos lugares del planeta venían a nuestra iglesia. Con frecuencia les dábamos alojamiento en nuestra casa. Las conversaciones en el desayuno incluían referencias a los elefantes de África y a los templos de la India, los lagos de Finlandia y las selvas de Brasil, los bailes en Indonesia y las canciones del Congo. Estas personas llevaban consigo artefactos y fotografías. Estas personas rebosaban de historias. Mis recuerdos de infancia son vívidos y están llenos de las impresiones que estos misioneros dejaron en mí con sus historias y entusiasmo, su pasión y sus oraciones. No crecí tanto en un pequeño pueblo como en una villa global.

Entre los cristianos mi experiencia es típica. Esto es así porque la religión bíblica es agresivamente internacional. Las personas que participan en la comunidad de la fe se encuentran a sí mismos en compañía de hombres y mujeres que sienten pasión por cruzar las fronteras —lingüísticas, raciales, geográficas, culturales— con el fin de demostrar que no existe lugar en la tierra y persona en el mundo que no esté incluido en el plan divino.

Una villa global

Este hecho no es reciente. Es original. No tiene nada que ver con la curiosidad humana por explorar o la tecnología de la era científica. Esta enraizado en la naturaleza de Dios y en la realidad de la fe. El misionero, no los medios, nos da la villa global. Para el momento de su llamado, Jeremías fue designado "profeta a las naciones" (Jer. 1:5). La palabra *naciones* (*goyim*) se refiere específicamente a las naciones limítrofes, a los otros, a los extranjeros. No había sido llamado para ser profeta a los hebreos ni para ser capellán en la corte de Judá.

El título "profeta a las naciones" es un rechazo deliberado a toda idea que identifica a la vida de fe con una sola nación o con una cultura en particular. La tarea de los seres humanos es crecer en conciencia y en una relación sana con toda la realidad, y Dios es la parte más grande de la realidad. Si Dios es entendido como algo local, como una deidad tribal, entonces es malentendido, y nuestras vidas son en consecuencia reducidas. Jeremías batalló toda su vida en contra la religión cerrada. Atacó cada tendencia de hacer del templo un lugar acogedor. Trabajó enérgica e imaginativamente para mostrar al pueblo que ellos no eran el único pueblo con el cual trataba Dios, y que la vida de fe necesariamente nos involucra en una comunidad mundial que incluye a gente que luce, habla y actúa de manera extraña.

La fe bíblica siempre ha tenido y siempre tendrá esta dimensión global. La promesa a Abraham fue que en él serían benditas todas las familias de la tierra (Gn. 12:3). D. T. Niles documenta la base bíblica: "El Dios que escogió a Israel de entre las naciones y le dio una historia distintiva siguió y seguirá siendo siempre el Dios de las naciones también. El mismo Dios que sacó a Israel de Egipto, sacó a los filisteos de Caftor y a los sirios de Kir (Amós 9:7). Dios se preocupa por la vida de las naciones porque él es su Dios (Jer. 20:4; Is. 10:5)".² La visión final del Apocalipsis nos muestra a las naciones caminando en la luz de la gloria de Dios y comiendo del árbol de la vida (Ap. 21:24; 22:2). Dios está geográficamente restringido a Palestina, su misericordia se extiende a los últimos rincones de la tierra. Jeremías es llamado profeta a las naciones porque el Dios al cual proclama es el Dios de las

naciones. Puesto que Dios no está confinado en un lugar, la vida de fe no puede ser restringida a un lugar.

Las religiones que hemos creado para nosotros mismos siempre reducen la realidad a aquello con lo cual nos sentimos cómodos o nos hace sentir confortables. Nos encantan los clubes. Nos sentimos seguros cuando estamos con amigos que hablan nuestro mismo lenguaje, cantan nuestras canciones y no se complican por nada. Difícilmente importa que tal vida sea banal. Es *segura*. "¿Por qué el hombre acepta vivir una vida trivial?", se pregunta Ernest Becker. Su respuesta: "Por el peligro que implica un horizonte completo de experiencia, por supuesto".³ El peligro no es para nuestra humanidad, sino para nuestro sentido de llevar la vida según nuestros propios términos, manejando a las personas y a las cosas con nosotros al centro. Mientras más grande sea el mundo, menos de él podremos someter a nuestro propio control. Esta es una mezquina ambición y una segura receta para el aburrimiento. Este es el mundo de Dios y él es quien lo rige. Nuestra totalidad viene de participar en lo que Dios está haciendo, no en manipular lo que esté a nuestro alcance. Por eso la Biblia protesta continuamente contra todas las formas de aislamiento. El gran estadista misionero John R. Mott, dijo: "Las actividades misioneras de la iglesia son la circulación de su sangre, la cual perdería su poder vital si nunca llegara a las extremidades".⁴

Profeta a las naciones

Jeremías, sin embargo, jamás dejó Jerusalén ni sus inmediaciones.⁵ Al final de su vida fue llevado a Egipto en contra de su voluntad, lo que difícilmente tuvo su título de "profeta a las naciones". ¿Cómo cumplió Jeremías con esta tarea sin siquiera dejar Jerusalén? Lo hizo mediante sus profecías sobre diez naciones diferentes: Egipto, Filistea, Moab, Amón, Edom, Damasco, Cedar, Hazor, Elam y Babilonia. El espacio geográfico representado por estas naciones es enorme, desde Egipto en el oeste hasta Elam en el este, unos 2.400 kilómetros (1500 millas), y desde Damasco en el norte hasta Edom en el sur, una distancia de unos 800 kilómetros (500 millas), un aproximado de 1.206.750 kilómetros cuadrados (750 mil millas cuadradas). Jeremías quizás nunca dejó Jerusalén,

pero él fue mental y espiritualmente un viajero mundial. Estas profecías se encuentran registradas en los capítulos 46 al 51 del libro de Jeremías.

Exceptuando un solo caso, no sabemos como se entregaron estos mensajes. La única excepción es el mensaje a Babilonia. Jeremías reclutó a Seraías para que lo llevara con él en su viaje diplomático y le encargó leerlo a los babilonios. También le dio instrucciones acerca de su dramático contenido. Cuando terminó de leerlo, Seraías tomó el rollo y lo ató a una piedra, lanzándolo luego al río Éufrates que corría junto a Babilonia y les anunció: "Así se hundirá Babilonia, y no se levantará del mal que yo traigo sobre ella" (Jer. 51:64). La *forma* en que el mensaje fue entregado fue tan importante como el *contenido* de aquello que era entregado.

En el caso de las otras naciones no disponemos de información alguna. ¿Fueron aquellos mensajes entregados de manera similar, por medio de un viajero comerciante, un soldado o un oficial del gobierno? La conjetura no es para nada improbable. Pero aunque no sabemos cómo fueron entregados, sí sabemos que los mensajes fueron preparados de manera cuidadosa y precisa.

Los mensajes de Jeremías a las diez naciones fueron preparados con la misma seriedad que los mensajes que él dio personalmente en Jerusalén. Jeremías predicó con gran poder y arte poético. Nunca utilizó clichés o eslóganes. Siempre trató el lenguaje con mucho respeto. Las palabras tienen una cualidad sagrada, fueron un regalo precioso tratado con reverencia y cuidado. Marianne Moore escribió sobre la necesidad de humildad, concentración y entusiasmo en el uso de las palabras. Describió la humildad como la necesaria armadura. Al hablar de concentración se refería a la intensidad que hace claro al lenguaje. Para ella, el entusiasmo es la espontaneidad que hacen posible la humildad y la habilidad.⁶ Estas cualidades son evidentes en todo lo que conocemos de Jeremías. Los mensajes a las naciones evidencian la misma fuerza exuberante y, al mismo tiempo, controlada. John Bright valora estos mensajes como "unas de las mejores poesías en todo el canon profético".⁷ No hay obras de segunda categoría garabateadas de manera descuidada porque estén dedicadas a extranjeros despreciados.

Jeremías fue tan cuidadoso en proclamar la palabra de Dios a personas a las cuales jamás vería como lo fue al dirigirse al pueblo con el cual creció y con el cual vivía. Un examen de estos mensajes demuestra que le importaban suficientemente las diez naciones como para adquirir un necesario y detallado conocimiento sobre ellos. Esperamos que Jeremías tome a *Dios* seriamente y que hable la palabra de Dios de manera cuidadosa, pero nos sorprende encontrar que estudió esmeradamente a estos *pueblos* que significaban nada para él en lo personal. Se molestó en conocer los detalles de sus vidas. Les comunicó la palabra de Dios en relación a las condiciones actuales de su existencia. Este hecho hace aun más difícil comprender los mensajes, porque muchos de los datos geográficos y las alusiones políticas no pueden ser determinados. Pero cada dificultad con la cual nos encontramos al leer el texto representa un detalle local en el cual los filisteos y los babilonios reconocían que estaban siendo considerados con atenta y personal seriedad. Las naciones no eran agrupadas justas como "paganas" o "pecadores perdidos" y luego asaltadas con fórmulas estereotipadas.

Una vez conocí a un hombre que había llegado al país después de la Segunda Guerra Mundial como refugiado. Había sido un hábil ebanista en su país de origen, pero después de la guerra tuvo que aceptar el trabajo de sacristán en una iglesia. No mucho después de ser pastor en aquella misma iglesia, fui también padre. Los juguetes comenzaron a acumularse en toda la casa. Sabiendo de su destreza con las herramientas y la madera, le pregunté a Gus si podía construirme una caja de juguetes en su tiempo libre. Quería algo donde guardar los juguetes y sabía que Gus podía hacerlo en una hora o dos. Unas semanas después se nos presentó con una cuidadosamente diseñada y hábilmente elaborada caja de juguetes. Mi ligera petición no fue tratada de manera ligera. Todo lo que yo quería era una caja, y lo que recibí fue una pieza de mobiliario. Estaba contento, pero también apenado. Me sentí avergonzado porque lo que yo pensé tomaría sólo una hora, había tomado muchas horas de trabajo. Le expresé cómo me sentía. Demostré mi gratitud con disculpas. Su esposa me reprochó diciendo: "Usted debe entender que Gus es un ebanista.

Él nunca podría hacer, como dice usted, una caja cualquiera. Su orgullo no se lo permitiría". Aquella caja de juguetes ha estado en nuestra familia por más de veinte años y me amonesta cada vez que estoy tentado a hacer cualquier tipo de trabajo de manera rápida y descuidada.

Jeremías fue un profeta de este estilo. No importaba a quien se estuviera dirigiendo, ya fuera que se tratara de personas esenciales para su vida diaria o conocidos pasajeros, de personas con las pasaría el resto de su vida o alguien a quien nunca vería la cara: él era un profeta. Él no podía preparar una profecía "cualquiera", ni "garabatear" un sermón. Su compromiso no se lo habría permitido. Tomó a las diez naciones, aunque éstas eran una parte minoritaria de su ministerio cotidiano, tan seriamente como a su propia nación.

Advertencia y Juicio

El contenido de los mensajes que Jeremías predicó a las naciones fue virtualmente el mismo que predicó a su propia gente: la advertencia y el juicio que anteceden a la salvación. A Egipto se le promete juicio: "Hazte equipaje de cautiverio, moradora hija de Egipto, porque Menfis será un desierto, será asolada hasta no quedar morador" (Jer. 46:19). También se le promete salvación: "pero después será habitado como en los días pasados, dice Jehová" (Jer. 46:26).

Moab es llorada y lamentada: "Cercano está el quebrantamiento de Moab, a punto de llegar; mucho se apresura su mal. Compadeceos de él todos los que estáis a su alrededor; y todos los que sabéis su nombre, decid: ¡Cómo se quebró la vara fuerte, el bastón hermoso!" (Jer. 48:16, 17). Pero la última palabra es: "Pero haré volver a los cautivos de Moab al final de los tiempos, dice Jehová" (Jer. 48:47).

A los amonitas se les dice: "¡Gritad, hijas de Rabá, vestíos de ropas ásperas, haced lamentación y rodead los vallados!, porque Milcom fue llevado en cautiverio juntamente con sus sacerdotes y sus príncipes" (Jer. 49:3). Aun así, la última palabra es: "Después de esto, haré volver a los cautivos de los hijos de Amón, dice Jehová" (Jer. 49:6).

Elam es advertido: "Yo quiebro el arco de Elam, parte principal de su fortaleza. Traeré sobre Elam los cuatro vientos desde los cuatro puntos del cielo, y los aventaré a los cuatro vientos" (Jer. 49:35, 36). Pero la característica palabra final es: "Pero acontecerá en los últimos días, que yo haré volver a los cautivos de Elam, dice Jehová" (Jer. 49:39).

La mayor parte del material es dedicado al juicio. La anticipación de la salvación es, en cada caso, una sola línea. Pero estas líneas demás evitan que los mensajes sean entendidos como la ira vengativa de un condenado llorón extranjero. La esperanza no es explícita en todos los mensajes, pero ésta tampoco aparece expresada siempre en los mensajes a Israel. El hecho de que esté presente demuestra que el juicio tiene como propósito la salvación, la salvación de las naciones así como de Israel. No hay un mensaje para los de casa y otro para los de afuera. El mensaje bíblico es el mismo para los judíos y gentiles. Como dijo Pablo: "¿Qué, pues? ¿Somos nosotros mejores que ellos? ¡De ninguna manera!, pues hemos demostrado que todos, tanto judíos como gentiles, están bajo el pecado" (Ro. 3:9).

Contra las naciones

Jeremías escribió contra las naciones: cada una fue mencionada por nombre, descrita detalladamente y tratada seriamente. Lo que los antropólogos llaman etnocentrismo —la suposición irreflexiva de que el propio pueblo es el mejor mientras que los otros, especialmente aquellos que constituyen una amenaza, son considerados inferiores— es claramente rechazada. Kenneth Cragg, reflexionando sobre esta realidad y meditando en sus implicaciones a lo largo de los siglos de la experiencia de la fe, escribió: "El evangelio como tal no tiene país de origen. Aquel que sale humildemente con Cristo en el mundo de todas las razas descubrirá perpetuamente la múltiple, pero constante, relevancia de lo que él toma. Es necesario un mundo completo para comprender a un Cristo completo... Aquellos que son tomados no universalizan vulgarmente su propia cultura: comunican que por la aprehensión tanto ellos como sus oyentes aprenden. Si las afirmaciones del evangelio son correctas no podría ser de otra forma".⁸

La acción de alcanzar es un acto de totalidad, no sólo para los otros sino para nosotros: "Es necesario un mundo completo para comprender a un Cristo completo". Cruzar los límites y explorar los horizontes (ya sea imaginativamente como lo hizo Jeremías o materialmente como lo hizo Seraías) demuestra el amor universal de Dios, pero también desarrolla nuestra más profunda salud. No nos podemos encerrar por completo en nuestros propios hábitos, incluso si son hábitos píos. O podemos alcanzar la madurez confinados en nuestro propio círculo social. No podemos hacer crecer un roble en un barril; necesita acres de tierra debajo de él y océanos de cielo sobre él. Así tampoco podemos hacer crecer a un ser humano en una secta estrecha, en una religión que funcione como un gueto. Mientras más grande sea el mundo en el cual vivimos, más grande será el desarrollo de nuestra capacidad de respuesta en nuestras vidas. Una de las razones, al menos, de la estatura heroica de Jeremías fue su preocupación por los elamitas. No podemos ser seres humanos completos si nos aislamos del ambiente que Dios creó y en el cual está trabajando. La gente de fe vive en una realidad mucho más grande que la gente sin fe. "Porque de tal manera amó Dios al *mundo*".

Con frecuencia traicionamos esta realidad. Nos replegamos y retiramos. Ignoramos e incluso menospreciamos a los de afuera. Elegimos algunos pocos amigos que lucen y piensan de manera similar a nosotros. Rechazamos toda sugerencia de que debemos trascender las comodidades biológicas y la seguridad psicológica. Levantamos barricadas para evitar el paso de imágenes que expongan nuestros prejuicios y de personas que reten nuestro narcisismo.

André and Pierce-Emmanuel Lacocque, en una brillante composición de material bíblico, teológico y psicológico, llamó a esto el "complejo de Jonás": el conflicto entre aquello con lo cual me siento bien dentro de mí mismo y aquello que Dios me ordena a hacer, la tensión entre comodidad y carácter.⁹ Jonás estaba dividido entre su deseo de disfrutar tranquilamente su potencial personal y posesiones acumuladas, y cumplir con un llamado que aturdiría sus preconcepciones e interrumpía su sosegada búsqueda de la felicidad.

Mientras tanto tenemos a Jeremías y a personas como él que continúan poniéndose de manifiesto en nuestras casas, comunidades e iglesias, que van más allá de los límites de lo que es seguro y confortable, que aprenden nuevos idiomas, descubren extrañas culturas, que enfrentan gran hostilidad y malentendidos, quienes tienen las cicatrices y cuentan las historias que prueban que la vida de fe puede ser vivida en todo lugar y en medio de todos los pueblos y que *debe* ser vivida en todo lugar y en medio de todos los pueblos.

16 En tierra de Egipto serán exterminados

Oíd la palabra de Jehová, resto de Judá, porque así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Si vosotros volvéis vuestros rostros para entrar en Egipto, y entráis para habitar allí, sucederá que la espada que teméis os alcanzará allí, en la tierra de Egipto, y el hambre que os asusta os perseguirá allí en Egipto, y allí moriréis.

No obedecieron, pues, ni Jobanán hijo de Carea ni los capitanes de la gente de guerra ni todo el pueblo, a la voz de Jehová para que se quedaran en tierra de Judá, sino que Jobanán hijo de Carea, con todos los capitanes de la gente de guerra, tomaron al resto de Judá, que había regresado de todas las naciones adonde había sido echado, para habitar en tierra de Judá. Eran los hombres, mujeres y niños, las hijas del rey y todas las demás personas que junto con Gedalías hijo de Ahicam hijo de Safán, y con el profeta Jeremías y Baruc hijo de Nerías, había dejado Nabuzaradán, capitán de la guardia. Entraron, pues, en tierra de Egipto, sin obedecer a la voz de Jehová, y llegaron hasta Tafnes.

Por tanto, así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: Yo vuelvo mi rostro contra vosotros para mal, para destruir a todo Judá. Y tomaré al resto de Judá que se obstinó en irse a la tierra de Egipto, para habitar allí, y en tierra de Egipto serán todos exterminados...

Jeremías 42:15, 16; 43:4-7; 44:11, 12.

Nada podría estar más alejado de la verdad que la creencia superficial de que Dios sólo se manifiesta a sí mismo en el progreso, en el mejoramiento de los niveles de vida, en la propagación de la medicina y en la reforma de los abusos, en la difusión del cristianismo organizado. La reacción de este tipo de mejoramiento teístico, el cual hace algunos años estuvo a punto de suplantar a la fe de Moisés, de Elías y de Jesús entre los cristianos modernos, tanto católicos como protestantes, está ahora sacando a escobazos a multitudes de sus atracaderos religiosos. El verdadero progreso espiritual sólo puede ser alcanzado a través de la catástrofe y el sufrimiento, alcanzando así nuevos niveles después de la profunda catarsis que acompaña los grandes trastornos. Cada período de agonía física y mental como este, cuando lo viejo está siendo eliminado y lo nuevo todavía no ha nacido, surgen diferentes patrones sociales y una mayor comprensión espiritual.

William Foxwell Albright¹

De vez en cuando, cuando me canso de vivir por fe conduzco unos 40 kilómetros (veinticinco millas) hacia el suroeste hasta el Memorial Stadium en Baltimore y veo a los Orioles jugar béisbol. Por un par de horas estoy en un mundo que es definido por líneas exactamente medidas y patrones geométricos precisos. Cada movimiento en el campo de juego es elegante y ecuánime. No se tolera el comportamiento indisciplinado. Con gran habilidad se hacen complejas hazañas físicas. Los errores son detectados inmediatamente y sus consecuencias inmediatamente sufridas. Los infractores son castigados directamente. La conducta rebelde es desterrada. Quién se rehúsa a jugar según las reglas es expulsado. El desempeño sobresaliente es reconocido y aplaudido en el sitio. Mientras se realiza el juego, personas de los más variados temperamentos, valores morales, compromisos religiosos y trasfondo cultural están de acuerdo en una meta y en los medios para conseguirla. Cuando termina el juego, todo el mundo sabe quién ganó y quién perdió. Es un mundo en el cual toda incertidumbre es borrada, un mundo en el cual todo es claro y obvio. Después, toda la experiencia es resumida en el claro y crudo lenguaje de los números, con absoluta precisión hasta el tercer punto decimal.

El mundo al cual retorno después que ha terminado el juego contiene todos los elementos que eran visibles en el estadio de béisbol —elegancia y descuido, gracia e indisciplina, victoria y derrota, diversidad y unidad, recompensa y castigo, límites y riesgo, indolencia y excelencia—pero con una importante diferencia: en lugar de ser marcadamente distinguidos, son terriblemente desordenados. Lo que sucede en un determinado momento casi nunca es completamente claro. Nada es preciso. Los límites no están claros. No hay acuerdo en relación a las metas. Los medios están en constante disputa. Cuando abandono el mundo de los patrones geométricos brillantemente trazados, me consigo con bloques de tinta, tratando de discernir el significado de las formas con toda la ayuda que puedo recibir de Rorschach. Mi reloj digital de pulsera, con toda su exactitud tecnológica, es incapaz de decirme si estoy al comienzo, en la mitad o al final de una experiencia. Al final del día —de la semana, o del año—no hay acuerdo sobre quién ganó y quién perdió.

La alternativa egipcia

Cuando los israelitas se cansaron de vivir por fe, viajaron poco más de 400 kilómetros (250 millas) hacia el sudoeste rumbo a Egipto, donde todo era claro y preciso. Llevaron a Jeremías con ellos. Toda su vida Jeremías había predicado una fe que era intensamente personal; Egipto tenía una religión que era impersonalmente burocrática. Es la mayor ironía de todas que la vida de Jeremías terminó en Egipto, el lugar que representaba todo lo que él aborrecía.

No era la primera vez que Israel hacía esto. La alternativa egipcia a la fe se imponía una y otra vez. Cuando Abraham, padre de todos aquellos que viven por fe, se cansó de vivir por fe se fue a Egipto (Gn. 12:10-20). Él esperaba encontrar allí seguridad, pero en lugar de eso fue sumido en engaño y compromiso. El experimento egipcio de Abraham fue casi un desastre para el desarrollo de la fe a la cual Dios lo había elegido pionero.

Para la época del Éxodo, después de que los hebreos habían sido liberados de la esclavitud en Egipto y estaban aprendiendo a vivir por fe en el desierto, el impulso a regresar a Egipto persistía. Ciertamente habían sido esclavos allí, pero al menos estaban seguros allá. Sabían qué esperar en Egipto. La columna de nube era un débil sucesor de las fijas y sólidas pirámides.

Más tarde, cuando la monarquía estaba en su cumbre, Salomón introdujo la certidumbre egipcia de la vida de fe al concertar una alianza matrimonial con la hija del faraón egipcio (1 R. 9:16). Pudo haber parecido una maravillosa idea en el momento: vivir por fe en la tierra prometida, pero construirán nido de seguridad egipcia a un lado. Salomón, habiendo ya comprometido la vida de fe, se encontró a sí mismo enredado irremediabilmente en intentos por asegurar su reino en todas las fronteras, casándose con mujeres de los reinos vecinos (1 R. 11:1-8).

Así que no era un hecho sin precedentes que Israel, en medio de la gran confusión y caos que siguió a la caída de Jerusalén en 586 a.C., hubiera sucumbido a la antigua atracción de Egipto.

No hay nada más difícil que vivir por fe de manera espontánea, esperanzada y virtuosa. Nunca hubo tampoco un tiempo en el que las condiciones externas ayudaran menos a vivir por fe que

en aquellos devastadores y desconcertantes días que siguieron a la invasión babilonia. El templo, centrado en la adoración por medio milenio, estaba en ruinas. El ritual, rico en alusiones y significado, fue eliminado. Las voces sacerdotales, que habían hablado por décadas en tono tranquilizador, estaban en silencio. En medio de esta situación Jeremías pidió al pueblo dejar de lado sus miedos y comenzar una vida de fe.

Era más sencillo ir a Egipto. Así que se fueron a Egipto. En Egipto no había incertidumbre alguna, no había finales inconclusos, no había ambigüedad. Cada detalle en esta vida y en la próxima ya estaba previsto en Egipto.

Egipto era claro geográficamente. El gran río Nilo, una línea de vida a través del seco desierto, dividía a Egipto. Junto al río había vida; lejos de él, muerte. No había misterios desconcertantes, valles sorprendentes o inesperados desbordamientos. Simplemente estaba este gran río fluyendo pacíficamente, predecible en su ritmo estacional. Toda vida, animal o vegetal, estaba ordenada en relación con el río.

Egipto era claro arquitectónicamente. Las pirámides y templos surgían del paisaje en líneas precisas. La exactitud matemática de sus construcciones es aún una maravilla. Nada fue dejado inacabado en aquellos monumentos que se revelaban en el desierto. Las pirámides ordenaban y conjuraban las incertidumbres de la muerte. La estatuaria y estructuras de los templos resolvían las ambigüedades de la vida. Bajo el despejado cielo de Egipto y sobre el monótono suelo egipcio, extrajeron y tallaron una realidad tal de formas estructuradas con una arrogancia tan megalomaniaca que toda ansiedad quedó eliminada. Si alguna vez hubo dudas sobre la importancia de una empresa, están fueron perseguidas por el intimidante expediente de hacerlo más grande.

Egipto era claro teológicamente. Lo invisible era llevado a lo visible. Todos los dioses poseían una imagen. Todo aquello que era más que humano fue reducido a todo aquello que era menos que humano: el gato, el halcón, la hiena, el toro, el ibis, eran las imágenes de los dioses de los egipcios. Cada imagen era estilizada, y en aquellas estilizadas imágenes todo lo maravilloso era eliminado. La espontaneidad era desconocida. Era una religión de

control absoluto. Toda realidad estaba sometida a la superficie llana de la piedra, en el lenguaje anónimo del número.

Egipto era claro socialmente. El lugar de cada persona estaba definido jerárquicamente. El rey estaba en la cumbre y el esclavo o sirviente en la base, con todos los demás distribuidos en el medio. El menosprecio de la gente era compensado por la claridad de saber en dónde se estaba en la escala. Si había menos honor, entonces había también menos responsabilidad. Si había menos qué esperar, entonces también había menos con qué lidiar.

Egipto era el Memorial Stadium del mundo antiguo: límites claros, reglas determinadas, clara separación entre los jugadores (la casa real) y los espectadores (todos los demás), todos los dioses en forma de retrato para que todos supieran quién era quién (sería imposible saber quiénes son los jugadores sin un programa) y, principalmente, los números: todo estaba contado de manera geométrica, trigonométrica, aritmética. Líneas rectas. Ángulos agudos. Datos estadísticos.

La claridad de la fe

Esto no quiere decir que no haya claridad en la vida de fe. La hay. Vastas y sonoras armonías; profundos y satisfactorios significados; ricas y variadas experiencias. Pero esta claridad se desarrollan desde adentro. No pueden ser impuestas desde fuera. No Pueden ser aceleradas. No es un asunto de ordenar apresuradamente "cosas muertas dentro de un mosaico muerto, sino de fuerzas vivas dentro de un gran equilibrio".² La claridad de la fe es orgánica y personal, no mecánica ni institucional. La fe invade el desorden, no lo elimina. La paz se desarrolla en medio del caos. La armonía es conseguida lenta, quieta y fluidamente, como los efectos de la sal y la luz. Esta claridad es el resultado de un valiente compromiso con Dios, no de controlar o ser controlado por otros. Esta claridad viene de aventurarse de manera profunda en los misterios de la voluntad y el amor de Dios, no manejando cautelosamente y moralizando de manera tal que el riesgo sea minimizado y se garantice la importancia del yo.

Esta claridad puede ser experimentada únicamente en actos de fe y sólo puede ser reconocida con los ojos de la fe. La vida de

Jeremías estuvo llena brillantemente de esta claridad, pero estuvo siempre rodeada por la confusión sin remedio. Algunas veces devoto y algunas veces desesperado, Jeremías dudó sobre sí mismo y sobre Dios. Pero estas agonías internas nunca parecieron haber interferido con su vocación y su compromiso. Jeremías discutió con Dios, pero nunca lo abandonó. Él estaba claro en el centro: su vida tenía que ver con Dios. Estaba comprometido con el pacto de Dios. Era firme en su comprensión de la moralidad. Esta seguro en su esperanza de la misericordia de Dios. El hecho de que estuviera seguro de Dios, sin embargo, no quiere decir que siempre estuviera seguro de sí mismo, ni que el mundo alrededor suyo llegara a ser claro. El mundo siguió siendo confuso, desde entonces y en el futuro.

Hay un momento en el último capítulo de la vida de Jeremías cuando pareciera que la confusión desaparece. El momento tiene lugar en el tiempo luego de la caída de Jerusalén y justo antes del escape a Egipto. El ambiente nunca había sido tan negro como entonces. Luego tenemos este momento único y luminoso en la vida de Jeremías. Cada detalle de la vida de fe es grabado claramente sobre el oscuro desorden de las calles de una Jerusalén arruinada por el pecado y el engañoso orden de la alternativa egipcia.

La ciudad había caído bajo el dominio babilonio como Jeremías había advertido que sucedería. Todo el pueblo había sido reunido y conducido al exilio como lo había predicho Jeremías. Las mentiras de los falsos profetas y sacerdotes fueron crudamente expuestas. La veracidad del mensaje de Jeremías fue confirmada. Jeremías fue encadenado junto al resto de las personas. Unos pocos de la gente más pobre, vistos como débiles e inútiles, ni siquiera calificaban como prisioneros y fueron dejados atrás. Comenzó entonces la marcha forzada de 1126 kilómetros (700 millas) de calientes llanuras rumbo a Babilonia. Cuando se había alejado unos 8 kilómetros (5 millas) de la ciudad, el capitán babilonio Nabuzaradán recibió una orden de su rey de detener la marcha y dar a Jeremías la opción de escoger entre ir a Babilonia o quedarse en Jerusalén.

Imagine: Jeremías fue apartado de la multitud para recibir un mensaje del conquistador del mundo, el rey Nabucodonosor. En

Jerusalén Jeremías había sido objeto de burla en las calles, había sido lanzado en un cisterna para morir, fue despreciado en la prisión, puesto en el cepo y ridiculizado. Ahora, habiendo viajado medio día rumbo al exilio, la acción es súbitamente detenida, Jeremías es apartado, liberado de sus cadenas, y Nabuzaradán le da a escoger. Jeremías podría ir a Babilonia con la promesa de un trato especial: no llevaría cadenas, no sufriría privaciones, tendría custodia protectora (para que nunca más tuviera que enfrentar el abuso de sus conciudadanos) y una provisión especial de parte del rey. O, en cambio, podría quedarse en Jerusalén, la ciudad en la cual había vivido y trabajado toda su vida. Acababa de ser nombrado un nuevo gobernante quien había sido un buen amigo de toda la vida de Jeremías (Gedalías, hijo de Ahicam). Jeremías es bienvenido, si así lo desea, a permanecer con él y ser parte de la pequeña comunidad remanente.

La vida en Jerusalén comenzaría de nuevo: en un ambiente brutal con la mayor escasez de recursos, tanto humanos como materiales, en medio de una ciudad en ruinas con unas pocas personas pobres que ni siquiera valían lo suficiente como para ser tomados prisioneros. No parecía en verdad un futuro prometedor a la edad de sesenta y cinco años.

La vida en Babilonia sería un retiro apacible: sería honrado por la corte babilonia, protegido por los guardaespaldas babilonios, viviría de una pensión babilonia. Jeremías estaba en edad de retirarse y se lo merecía. Luego de una vida llena de rechazos y burlas, hambriento de reconocimiento, recibía el ofrecimiento de un grado honorífico de parte del rey más poderoso del mundo. Este profeta, que siempre había sido ignorado o ridiculizado por sus paisanos, era admirado y respetado por babilonios.

Pero Jeremías no estaba listo para el retiro. No estaba cansado de vivir por fe. Estaba acostumbrado a comenzar de nuevo a partir de nada. Lo había estado haciendo por largo tiempo. Tenía largo tiempo calculando sus posibilidades contando sus recursos; él acostumbraba esperar las misericordias de Dios, porque "nuevas son cada mañana". Su decisión fue firme. Decidió quedarse en Jerusalén. Escogió los escombros, a los marginados, al pobre, al remanente del cual creía Dios construiría un pueblo para su gloria.

En la Jerusalén juzgada era imposible confundir prosperidad material con las bendiciones de Dios. Era imposible confundir estatus social con el favor de Dios. Era imposible confundir el orgullo nacional con la gloria de Dios. Era imposible confundir a los rituales de la religión con la presencia de Dios. El acaparamiento de posesiones, la búsqueda deshonesto de estatus, el orgullo de la nación y el esplendor de la religión habían desaparecido. Todas las suposiciones y presuposiciones de índole cultural, política, religiosa y social que interferían en la audición clara de la palabra de Dios en la predicación de Jeremías fueron eliminadas. Las condiciones nunca habían sido mejores para el desarrollo de una madura comunidad de fe. De la vacuidad Dios haría una nueva creación.

La elección de Jeremías aquel día en Rama es el actuar característico de su vida. Él eligió estar en donde Dios le ordenó estar, en el centro de la acción de Dios, en el lugar de la promesa de Dios, en medio de la salvación de Dios en desafío de las convenciones estereotipadas, las opiniones populares y los halagos exagerados. Jeremías escogió vivir por fe. Vivir por fe no significa ser famoso; vivir por fe no significa ser parte del equipo ganador; vivir por fe demanda estar preparado para vivir por lo que no puede ser visto, controlado o predecido. "Si fijamos nuestro ojos", escribió Karl Barth, "en el lugar donde el curso del mundo alcanza su punto mínimo, donde su vanidad es inequívoca, donde su gemir es más amargo y la incógnita divina más impenetrable, debemos encontrarnos allí -Jesucristo... La transformación de todas las cosas ocurre cuando donde el enigma de la vida humana alcanza su punto culminante. La esperanza de su gloria emerge para nosotros cuando nada más que la realidad de la existencia de Dios queda, y Él se vuelve para nosotros el Dios viviente y auténtico. Él, a quien podemos aprehender sólo en contraposición a nosotros, permanece allí, para nosotros".³

El abismo de oscuridad, contradicción y paradoja en la vida de Jeremías es resuelto en este momento. Todas los signos escépticos de interrogación que habían surgido sobre Jeremías a lo largo de su vida -¿Era él en realidad un verdadero o un falso profeta? ¿Era un patriota o un traidor? ¿Sabía de lo que hablaba o era un ingenuo?

¿Era una persona inútil o eficaz?—habían cambiado por signos de exclamación. La verdad de la predicación es justificada. La integridad de su vida, probada. Su compromiso con el pacto de Dios, validado. Finalmente, un final feliz.

No era el fin

Excepto que todavía no era el fin. El momento perfectamente modelado se desintegra en el caos. La dramática resolución colapsa en un desorden moral.

No mucho después de que Gedalías había sido instalado como gobernador y Jeremías se había ido a trabajar en el desarrollo de la vida del pueblo de Dios, un terrorista fugitivo llamado Israel mató al gobernador Gedalías, masacró a todos los que estaban en el lugar y lanzó sus cuerpos a una cisterna gigante. Un verdadero baño de sangre. Su acción fue respondida por Johanán, quien reunió a los sobrevivientes y persiguió a Ismael, restaurando el orden de nuevo.

La primer y mejor cosa que hizo Johanán fue pedir a Jeremías que orara a Dios pidiendo guía. Jeremías oró. Dios dio dirección en concordancia con la decisión previa de Jeremías: el pueblo debería permanecer en Jerusalén. Serían el remanente del cual Dios desarrollaría nación santa. En otras palabras, vivirían por fe. “Si permanecéis quietos en esta tierra, os edificaré y no os destruiré; os plantaré y no os arrancaré, porque estoy arrepentido del mal que os he hecho... Tendré compasión de vosotros” (Jer. 42:10, 12).

Johanán y el pueblo respetaban lo suficiente a Jeremías como para pedirle que orara, pero no confiaban lo suficiente en Dios como para seguir su consejo. Estaban cansados de vivir por fe. Decidieron ir a Egipto. El miedo fue uno de los motivos. Temían la represión de Babilonia por la masacre terrorista de Ismael. Pero la razón principal era su rechazo a vivir por fe. Ellos no deseaban el riesgo y la aventura de depender de un Dios invisible. Deseaban la seguridad y estabilidad de una economía sólida. No deseaban el duro trabajo de reconstruir una vida de fe en Dios. Deseaban la vida fácil que pensaban tendrían en Egipto: “No, sino que entraremos en la tierra de Egipto, en la cual no veremos guerra, ni oiremos sonido de trompeta, ni padeceremos hambre, y allá habitaremos” (Jer. 42:14). Buscaban una salida fácil.

Muchas personas eligen vivir en Egipto en lugar de vivir por fe. Acuden a la religión del mismo modo que yo acudo a los juegos de béisbol: para escapar del desorden, para tener todo claro, para encontrar una buena silla desde la cual pueda ver todo el panorama de un solo vistazo, evaluar el desempeño de cada quien de manera fácil y ver que las personas reciban lo que merezcan. Las puntuaciones son cuidadosamente anotadas en tableros morales. Muchas reuniones religiosas son diseñadas para satisfacer estos deseos. El mundo es reducido a aquello que puede ser organizado y regulado; cada persona es claramente etiquetada como aquella que está de tu lado o en el otro; no hay duda alguna acerca de lo que es bueno y lo que es malo.

El único problema con esta religión “egipcia” es que la claridad dura tan sólo lo que dura la reunión. No es una profundización en la realidad sino un escape a ella. Durante este espacio y tiempo protegidos, las actuaciones heroicas son aplaudidas y los villanos abucheados. Hay una clara oposición a la cual odiar. Pero una vez en el trabajo, en casa, en el tiempo libre, las etiquetas ya no sirven. La vida fuera de la reunión es calificada como irremediabilmente contaminada. Es entendible que las personas que adoptan este tipo de vida religiosa vayan a tantas reuniones como sea posible para tener la experiencia de un orden claro y controlado tan frecuentemente como sea posible.

Ni muerto ni casado

Flannery O'Connor señaló una vez que tenía una tía que pensaba que nada sucedía en una historia a menos que alguien se casara o terminara muerto al final de ella.⁴ La vida, sin embargo, rara vez provee de finales tan definitivos. Como consecuencia, las mejores historias, las historias que nos muestran nuestra verdadera condición al sumergirnos en la realidad, tampoco proveen tales finales. La vida es ambigua. Hay finales inconclusos. Se necesita madurez para vivir con la ambigüedad y el caos, lo absurdo y el desorden. Si nos negamos a vivir con ello, estamos excluyendo algo que puede muy bien ser lo esencial y más querido: las aventuras de la fe, los milagros de Dios.

Jeremías termina de manera inconclusa. Queremos saber el final, pero no hay un final. La última escena de la vida de Jeremías

lo muestra, del mismo modo que buena parte de su vida, predicando la palabra de Dios a un pueblo rebelde (Jer. 44). Deseamos saber que finalmente tuvo éxito, de manera que si nosotros vivimos correcta y valientemente, nosotros también tendremos éxito. O queremos saber que finalmente no tuvo éxito, de manera que si una vida de fe e integridad no reditúa, estamos en libertad de buscar otra manera de vivir. No obtenemos ninguna de las dos respuestas en Jeremías. No se casó y tampoco lo mataron.⁵ En Egipto, el lugar en el cual no quería estar, con gente que lo trataba mal, él siguió siendo determinadamente fiel, magníficamente valiente, cruelmente rechazado: una vida sobresaliente vivida genialmente.

Notas

Notas

Capítulo 1: ¿Cómo competir con caballos?

- 1 William McNamara, *The Human Adventure* (Garden City, N.Y.: Image Books, Doubleday, 1976), p. 9; y *Mystical Passion* (Nueva York: Paulist Press, 1977), p. 3.
- 2 Tom Howard, *Chance or Dance* (Carol Stream, Ill.: Harold Shaw Publishers, 1972), p. 104.
- 3 Cleanth Brooks, *The Hidden God* (New Haven: Yale University Press, 1963), p. 4.
- 4 "Maslow escribió en 1968: 'la única forma en que podremos saber que es lo correcto para nosotros es que se siente mejor subjetivamente que cualquier otra alternativa', y luego: 'lo que se siente bien es también, en sentido trascendente, "mejor" para nosotros'. Ninguna otra posición ha dañado más a la sociedad moderna. Los términos 'sentir' y 'subjetividad' como criterios de 'trascendencia' son especialmente engañosos. Es simplemente contrario a la verdad que uno 'trascienda' al escoger 'lo que se siente bien'. En muchos casos lo contrario es lo cierto. Si el judío Abraham Maslow hubiera estado en lo correcto en esto, Israel no hubiera existido en la historia de la humanidad". André Lacocque y Pierre-Emmanuel Lacocque, *The Jonah Complex* (Atlanta: John Knox Press, 1981), p. 106.
- 5 "El libro de Jeremías no enseña tanto verdades religiosas como presenta una personalidad religiosa. La profecía siempre ha enseñado sus verdades, su último esfuerzo fue revelarse a sí misma en una vida". A. B. Davidson, citado en John Skinner, *Prophecy and Religion* (Londres: Cambridge University Press, 1963), p. 16.
- 6 James Bentley, "Vitezslav Gardavsky, Atheist and Martyr" *The Expository Times*, June 1980, pp. 276-277.
- 7 Erwin Chargaff, *Heraclitean Fire* (Nueva York: The Rockefeller University Press, 1978), p. 122.

Capítulo 2: Jeremías

- 1 Eugen Rosenstock-Huussy, *Speech and Reality* (Norwich, Vermont: Argo Books, 1970), p. 167.
- 2 Eugen Rosenstock-Huussy, *I Am an Impure Thinker* (Norwich, Vermont: Argo Books, 1970), pp. 41-42.
- 3 Citado por Skinner, *Prophecy and Religion*, p. 350.
Rosenstock-Huussy, *I Am an Impure Thinker*, p. 66.
- 4 Thomas Merton, *The New Man* (Nueva York: Paulist Press, 1981), p. 85.
- 5 George Herbert, *The Country Parson* (New York: Paulist Press, 1981), p. 85.
- 6 William Faulkner, *The Town* (Nueva York: Random House, 1957), p. 112 ss.
- 7 Paráfrasis. Las preguntas y respuesta textuales son: "¿Cuándo te diste cuenta por primera vez que querías ser un poeta?" - "Pensé en ello una y otra vez". Mi pregunta es: '¿Cuándo otras personas abandonaron la idea de ser poetas?' Ya sabe, siendo niños escribimos e inventamos muchas cosas, y para mí la cuestión no es que

algunas personas escriben, sino por qué los demás deja de hacerlo". William Stafford, *Writing the Australian Crawl* (Ann Arbor: University of Michigan Press, 1978), p. 86.
 8 Stephen Spender, "What I expected was" in *The New Oxford Book of English Verse 1250-1950*, ed. Helen Gardner (New York: Oxford University Press, 1972), p. 930.

Capítulo 3: Antes

- 1 Pierre Teilhard de Chardin, *The Divine Milieu* (New York: Harper and Bros., 1960), pp. 48-49.
- 2 "Los hombres son hombres, y no hay teclados de piano sobre los cuales las manos de la naturaleza puedan tocar según su propia voluntad" Fyodor Dostoyevsky, *Letters from the Underworld* (New York: E. P. Dutton & Co., 1957), p. 36.
- 3 Citado por E. F. Schumacher, *A Guide for the Perplexed* (New York: Perennial Library, Harper & Row, 1977), p. 6.

Capítulo 4: Soy sólo un muchacho

- 1 J. R. R. Tolkien, *La Comunidad del Anillo*. (Barcelona: Ediciones Minotauro), p. 87.
- 2 Schumacher, *A Guide for the Perplexed*, p. 38.
- 3 William Barrett, *Irrational Man* (Garden City, N.Y.: Doubleday Anchor Books, 1962), p. 3.
- 4 W. H. Auden, "Reflections in a Forest", *Homage to Clio* (New York: Random House, 1960), p. 8.
- 5 Blaise Pascal, *Pensées* (New York: The Modern Library, Random House, 1941), p. 273.
- 6 Citado por Maisie Ward, *Gilbert Keith Chesterton* (Baltimore: Penguin Books, 1958), p. 114.
- 7 Esto no quiere decir que todo el mundo lo admita. Durante la vida de Jeremías, los falsos profetas aseguraron al pueblo que todo estaría bien. Los reyes continuaron haciendo alianzas políticas para evitar el desastre. Pero la estridencia de la predicación del pensamiento positivo y la desesperación por asegurar un tratado traicionaron el conocimiento de que el día del Juicio Final estaba cerca.

Capítulo 5: No confíes en palabras de mentira

- 1 Tomás de Kempis, *Imitación de Cristo*, Libro segundo, capítulo XI. (Madrid: Editorial Debate, 2000).
- 2 Ver también John Bright, *The Kingdom of God* (Nashville: Abingdon Press, 1953), p. 100.
- 3 William Meredith, "Chinese Banyan" citado en Richard Howard, *Alone with America* (New York: Atheneum, 1969), p. 324.
- 4 John Bright, *A History of Israel* (Philadelphia: Westminster Press, 1959), p. 299.
- 5 *Ibid.*, p. 297.
- 6 Citado por John W. Gardner, *Self-Renewal* (New York: Harper & Row, 1963), p. 96.

Capítulo 6: Desciende a casa del alfarero

- 1 R. P. Blackmur, *The Lion and the Honeycomb* (New York: Harcourt, Brace & World, 1955), pp. 179-80.
- 2 La línea no es tan clara como la he dibujado. Las excavaciones en Jericó de Kathleen Kenyon han revelado que la existencia de vida urbana antes de la invención de la cerámica, el "neolítico pre-cerámico". Pero exceptuando a Jericó y otros dos o tres sitios excavados de similares características, la generalización es válida. Véase Kathleen Kenyon, *Digging Up Jericho* (London: Ernest Benn Ltd., 1957).

- 3 George Herbert, "The Bag", *The Temple* (New York: Paulist Press, 1981), p. 276.
- 4 John Bright, *Jeremiah* (Garden City, N. Y.: Doubleday, 1965), p. 125.

Capítulo 7: Pasur azota a Jeremías

- 1 Malcolm Muggeridge, *A Twentieth Century Testimony* (Nashville: Thomas Nelson, 1978), p. 72.
- 2 F. O. Matthiessen, *American Renaissance* (New York: Oxford University Press, 1968), p. 182.
- 3 Flannery O'Connor, *The Habit of Being*, Cartas editadas por Sally Fitzgerald (New York: Farrar, Straus & Giroux, 1979), p. 81.
- 4 He dejado que mi imaginación vuele libremente al comparar y contrastar a Pasur y Jeremías. Algunas cosas vienen de un detalle textual que sugiere que Pasur es visto como una parodia de Jeremías: Pasur es la corrupción de una vida que Jeremías mantiene en integridad. Jeremías fue llamado como profeta a las naciones (Véase, "te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos", Jer. 1:10). El verbo "te he puesto" es *paqid*. La forma nominal de este verbo es *paqid*, un funcionario designado. Pasur es también un funcionario, un *paqid* ("principal en la casa de Jehová", Jer. 20:1). Así que ambos hombres desempeñan el papel de *paqid*, Jeremías como profeta de Dios, y Pasur como supervisor en el templo. Pasur, irónicamente, es exagerado como jefe designado, *paqid nagid*. Usando la misma raíz (*paqd*) en relación con sus respectivas funciones y describiendo el conflicto entre ambos a medida que desarrollaron sus vocaciones similares de manera tan diferente, el texto sugiere, me parece a mí, este tipo de reflexión.

Capítulo 8: Mi herida incurable

- 1 Teresa de Lisieux, *Autobiography of a Saint* (London: Fontana Books, Collins, 1960), p. 94.
- 2 Los pasajes son: Jeremías 8:18-9:3; 11:18-23; 12:1-6; 15:10-12, 15-21; 17:14-18; 18:18-23; 20:7-18.
- 3 "Tenemos el registro de un intento por descubrir las operaciones de santidad que es tan divertido para nosotros como frustrante para el observador. El tema bajo investigación es Francisco de Sales, y su arrogante y curioso observador fue Jean Pierre Camus, Obispo de Belley. Parece que no hubo ninguna malicia deliberada en el truco que el Obispo usó, pero ciertamente sí muy mal gusto. Perforó un hueco en la pared de su habitación en la residencia Episcopal de manera de poder espiar a su anfitrión Francisco cuando estuviera solo... ¿Qué descubrió Camus? Que se levantaba temprano y silenciosamente de la cama en las mañanas para no despertar a su sirviente. Oraba, escribía, respondía a sus cartas, leía sus oficios, dormía, y oraba otra vez". Phyllis McGinley, *Saint-Watching* (New York: The Viking Press, 1969), pp. 17-18.
- 4 Bright, *Jeremiah*, p. 110.
- 5 John A. Thompson, *The Book of Jeremiah* (Grand Rapids: Eerdmans, 1980), p. 459.
- 6 *Ibid.*, p. 398.
- 7 *Ibid.*
- 8 Walter Lippmann, *A Preface to Morals* (New York: MacMillan, 1929), p. 56.

Capítulo 9: Veintitrés años... sin cesar

- 1 Baron Friedrich von Hügel, *Selected Letters 1896-1924*, editado por Bernard Holland (New York: E. P. Dutton, 1933), pp. 305 y 266.
- 2 Brown Driver, Briggs, *Hebrew and English Lexicon of the Old Testament* (Oxford: Clarendon Press, 1957), p. 1014.
- 3 *Ibid.*

- 4 John Fowles, *The Ebony Tower* (Boston: Little, Brown & Co., 1974), I 17.
 5 G. K. Chesterton, citado en Ward, *Gilbert Keith Chesterton*, p. 397.
 6 Garry Wills, "Hurrah for Politicians", *Harper's Magazine*, Septiembre 1975, p. 53.

Capítulo 10: Toma un rollo en blanco y escribe en él

- 1 Abraham Heschel, *God in Search of Man* (New York: Farrar, Straus and Giroux, 1955), p. 244.
 2 Citado por George Steiner, *Language and Silence* (New York: Atheneum, 1970), p. 67.
 3 George Adam Smith, *Jeremiah* (London: Hodder and Stoughton, 1923), p. 146.
 4 En la lista de S. R. Driver de palabras y expresiones características en Deuteronomio, la mayor y más completa lista que jamás haya sido hecha, *amor* encabeza la lista. Véase *A Critical and Exegetical Commentary on Deuteronomy* (New York: Charles Scribner's Sons, 1895), pp. lxxvii-lxxxiv.
 5 André y Pierre-Emmanuel Lacocque, *The Jonah Complex*, p. 113.
 6 Charles Williams, *The Descent of the Dove* (New York: Meridian Books, 1956), p. 83.
 7 Heschel, *God in Search of Man*, p. 237.
 8 Smith, *Jeremiah*, p. 41.
 9 La antipatía del rey Joacim hacia Jeremías es comprensible. Al comienzo de su reinado Jeremías lo menospreció por pensar que era rey sólo por gastar dinero como un rey ("¿Reinarás tú, porque te rodeas de cedro?"). Lo comparaba desfavorablemente con su padre, Josías, quien había administrado justicia en la tierra y honrado a Dios, mientras que su hijo actuaba con voraz rapacidad. Predijo para él una muerte vergonzosa en el basurero de la ciudad: "En sepultura de asno será enterrado, arrastrándolo y echándolo fuera de las puertas de Jerusalén" (Jer 22:11-19). Con semejantes reproches resonando en sus oídos no es de extrañar que el rey hubiera prohibido a Jeremías hablar en público.
 10 R. E. C. Browne, *The Ministry of the Word* (Philadelphia: Fortress Press, 1976), p. 23.
 11 Este rollo contiene probablemente los capítulos 1 al 25, el primer paso en la composición del libro de Jeremías. El libro completo fue el resultado de un proceso largo e intrincado que incluiría las memorias de Baruc. La formación fue extremadamente compleja. Una Buena descripción de los elementos en el proceso se puede encontrar Thompson, *The Book of Jeremiah*, pp. 56-59.

Capítulo 11: La casa de los recabitas

- 1 Jacques Maritain, *The Peasant of the Garonne* (New York: Holt, Rinehart and Winston, 1968), p. 172.
 2 Soren Kierkegaard insistía en que "la multitud es falsa". Él exploró el significado de esta afirmación en todos sus escritos. Por ejemplo: "Hay una visión de la vida que concibe que donde está la multitud, está también la verdad, y que en la verdad en sí misma hay la necesidad de tener a la multitud de su lado. Hay otra visión de la vida que concibe que en todo lugar en donde haya una multitud hay falsedad, de forma que (considerando por un momento el caso extremo), incluso si cada individuo, cada uno en privado, estuviera en posesión de la verdad, y si fuera el caso que todos se reunieran en una multitud—una multitud para la cual todo significado decisivo es atribuido, una multitud ruidosa, audible y votante—la falsedad se haría evidente de una sola vez". Pero Kierkegaard califica también cuidadosamente su posición: "Quizás sea bueno acotar aquí, aunque me parece casi superfluo, que no se me ocurriría naturalmente objetar al hecho, por ejemplo, que la predicación e hecha o que la verdad es proclamada, incluso en medio de una asamblea de cientos de miles. En

- absoluto, si hubiera una asamblea de tan solo diez—y hubiera que someter a votación a la verdad, es decir, si la asamblea tuviera que ser considerada como la autoridad, si es a la multitud hacia donde se inclina la balanza—entonces es falsedad". *The Point of View* (London: Oxford University Press, 1939), p. 112.
 3 Kierkegaard, *The Point of View*, p. 131.
 4 Cuando "admiramos y lloriqueamos" en presencia de logros superiores humanos, nos transformamos, dice Kierkegaard, en espectadores y conocedores, evitando cuidadosamente el llamado a vivir nosotros mismos como seres humanos. En otras palabras, la admiración puede ser un escape. Véase Soren Kierkegaard, *Concluding Unscientific Postscript* (Princeton: Princeton University Press, 1941), pp. 320-22.
 5 Los recabitas han sido descritos usualmente como un clan nómada que llevaba una vida ascética y disciplina, pastoreando rebaños en el desierto. Su forma de vida era una protesta contra la decadencia de la civilización y una idealización de los cuarenta años en el desierto cuando la religión era austera y libre de los ritos de fertilidad de las comunidades agrícolas y las inmoralidades asociadas con las ciudades. Estudios recientes han demostrado que no hay bases bíblicas para estas suposiciones y argumentan un alto grado de probabilidad de que los recabitas eran un gremio de artesanos que trabajaban los metales. Véase Frank S. Frick, "The Rechabites Reconsidered", *Journal of Biblical Literature*, 90 (1971):279-87; y "Rechabites", *Interpreter's Dictionary of the Bible, Supplement* (Nashville: Abingdon Press, 1976), pp. 726-28.
 6 Maxim Gorky decía que él no escribía para entretener, él deseaba mostrar a la gente cuán "mediocre y aburridamente vivían sus vidas" de manera que pudieran luego vivirlas bien.
 7 William Barrett, *The Illusion of Technique* (Garden City, N.Y.: Anchor Press/Doubleday, 1978), p. 219.

Capítulo 12: Carta a los exiliados

- 1 Peter T. Forsyth, *Positive Preaching and the Modern Mind* (London: Independent Press Ltd., 1907), pp. 178-79.
 2 El exilio tuvo lugar en dos etapas. El rey Joaquín, la reina madre y la mayoría de los líderes fueron deportados en el 598 a.C. La mayor parte del pueblo fue dejada atrás bajo el gobierno del rey títere Sedequías. Jeremías, uno de los dejados atrás, escribió su carta alrededor del año 594. Once años después del primer exilio, provocado por conspiraciones e insurrecciones, Babilonia regresó en el 587 y destruyó la ciudad. En ese momento llegaron a casi todos al exilio. John Bright, *A History of Israel* (Philadelphia: Westminster Press, 1959), pp. 302-10.
 3 Éxodos 2:22. La frase pasó a ser de uso popular en nuestra época a través de la novela de ciencia-ficción de Robert A. Heinlein, *Stranger in a Strange Land* (New York: Avon Books, 1961).
 4 Robertson Davies, *Rebel Angels* (New York: Viking Press, 1981), p. 326.
 5 George Eliot, *Felix Holt* (New York: The Century Co., 1911), p. 301.
 6 Sus palabras exactas: "Los pecadores siempre desean lo que no tienen, y las almas llenas de Dios quieren solo lo que ya tienen". Citado por Thomas Merton, *Conjectures of a Guilty Bystander* (Garden City, N.Y.: Image/Doubleday, 1968), p. 285.
 7 El personaje Binx Bolling de Walker Percy dice: "La búsqueda es lo que cada quien asumiría si no estuviera sumergido en la cotidianidad de su propia vida... Tomar conciencia de la posibilidad de la búsqueda es estar en algo. No estar en algo es estar en desesperación". *The Moviegoer* (New York: Avon Books, 1980), p. 18.
 8 J. A. Sanders, *Interpreter's Dictionary of the Bible*, 2: 188.

9 William Faulkner, *Lion in the Garden*, Entrevistas editadas por James B. Merriweather y Michael Millgate (New York: Random House, 1968), p. 108.

Capítulo 13: Capitán... Rey... Eunuco

- 1 Erik H. Erikson, *Identity, Youth and Crisis* (New York: W. W. Norton and Co., 1968), p. 314.
- 2 R. P. Blackmur, *Henry Adams* (New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1980), p. 3.
- 3 F. H. Heinemann, *Existentialism and the Modern Predicament* (London: Adam and Charles Black, 1954), p. 67. Sus contemporáneos no tenían forma de saberlo, pero Jeremías fue la estrella más brillante en lo que después siglos de estudiosos verían como una constelación de líderes religiosos estratégicamente localizados alrededor del mundo. Los siglos seis y siete antes de Cristo fueron siglos de renacimiento en lo que se trata del alma y Dios. En otras partes del mundo Zaratustra estaba comenzando una nueva religión en Persia; Lao-tse formulaba el taoísmo en China; el Buda comenzaba su gran movimiento de reforma en la India. En Grecia los filósofos Tales y Anaximandro colocaban los fundamentos de la filosofía griega. En todo el mundo había sed, hambre y anhelo de rectitud. Profundos pensamientos y un ardiente deseo parece caracterizar lo que conocemos como el centro de la civilización en China, India, Persia y Grecia. En Palestina, fue Jeremías.
- 4 Abraham Maslow, *The Farther Reaches of Human Nature* (New York Viking Press, 1971), p. xvi.
- 5 Herman Melville, *The Confidence Man* (New York: New American Library, Signet Classics, 1964), p. 119.
- 6 Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem* (New York: Viking Press, 1963).
- 7 Henry Adams, *The Education of Henry Adams* (New York: Houghton Mifflin Co., 1918), p. 312.
- 8 Contando tan sólo los nombres de los contemporáneos de Jeremías que aparecen en la narrativa, cerca de sesenta personas son nombradas. No es posible ser precisos en el número debido a que en dos o tres casos los nombres pueden ser variantes de la misma persona. Sesenta nombres, más o menos dos o tres, me parece a mí un extraordinario número en tan breve narrativa.

Capítulo 14: Compré el campo de Anatot

- 1 John Fowles, *The Aristos* (Boston: Little, Brown and Co., 1964), p. 50.
- 2 Incluso en el campo del discurso filosófico —aparentemente un no muy práctico campo— hemos hecho nuestra distintiva contribución estadounidense en pensar cómo hacer que las cosas sucedan, en comprender cómo se hacen las cosas. El pragmatismo de William James y el instrumentalismo de John Dewey se mantienen alejados de cualquier cosa que se parezca a una torre de marfil y se han volcado hacia los asuntos relacionados con la persona práctica. "No es una exageración decir que en la vida intelectual estadounidense el pensamiento irrelevante ha sido considerado siempre un pecado capital". John E. Smith, *The Spirit of American Philosophy* (New York: Oxford University Press, 1963), p. vii.
- 3 "Hablando hace algunas semanas con David Riesman, me dijo que las soluciones apocalípticas, los análisis apocalípticos y los diagnósticos no le interesan realmente porque son las cosas pequeñas, el día a día, recoger la basura del pueblo, lo que hace que la vida *funcione* y los valores finalmente toman forma de estos miles de pequeños esfuerzos, de pequeñas decencias, pequeñas organizaciones que sientan las bases de la continuidad social". Robert Penn Warren *Talking*, Entrevistas de 1950 a 1978, edita-

- do por Floyd C. Watkins y John T. Hiers (New York: Random House, 1980), p. 192.
- 4 Coventry Patmore, *The Rod, the Root and the Flower* (Freeport, N.Y.: Books for Libraries Press, 1968), p. 52.
 - 5 G. K. Chesterton, *Heretics* (London: Bodley Head, 1905), p. 114.
 - 6 William Stringfellow, *An Ethic for Christians and Other Aliens in a Strange Land* (Waco, Tex.: Word Books, 1976), p. 138.
 - 7 George Eliot, *The Mill on the Floss* (New York: The Century Co., 1911), p. 409.
 - Philip Reiff, *The Triumph of the Therapeutic* (New York: Harper & Row, 1966), p. 37.

Capítulo 15: Contra las naciones

- 1 Arend Th. Van Leeuwen, *Christianity in World History*, (London: Edinburgh House Press, 1964), p. 100.
- 2 D. T. Niles, *Upon the Earth* (New York: McGraw Hill Co., 1962), p. 250.
- 3 Ernest Becker, *The Denial of Death* (New York: The Free Press, 1973), p. 74.
- 4 Citado por Niles, *Upon the Earth*, p. 259.
- 5 Una posible, aunque no probable, excepción es registrada en el capítulo 13 en la historia del cinto de lino. A Jeremías se le dice que vaya al Éufrates para enterrarlo allí, lo cual hizo. Si de hecho, es el río Eufrates, entonces hizo un viaje de ida y vuelta de unos 1126 kilómetros (700 millas). La palabra en hebreo es *perath* y, aunque frecuentemente es utilizada para referirse al río Eufrates, muy probablemente se refiere a Parah (la moderna Ain Farah), a unos 6 kilómetros y medio (4 millas) de Ananot donde hay una abundante fuente de agua. Puesto que Parah y Eufrates eran muy similares en sonido, la primero puede haber servido de símbolo para la segunda. De hecho, "a Parah" y "a Eufrates" se habrían escrito de manera idéntica en hebreo. Véase Thompson, *The Book of Jeremias*, p. 364, y Bright, *Jeremias*, p. 96.
- 6 Marianne Moore, *Predilections* (London: Faber & Faber, 1956), p. 12.
- 7 Bright, *Jeremias*, p. 307.
- 8 Kenneth Cragg, *The Call of the Minaret* (London: Oxford University Press, 1952), p. 183.
- 9 André y Pierre-Emmanuel Lacocque, *The Jonah Complex*, p. 30.

Capítulo 16: En tierra de Egipto serán exterminados

- 1 William Foxwell Albright, *From the Stone Age to Christianity* (Garden City N.Y.: Doubleday, Anchor Books, 1957), p. 402.
- 2 Friedrich von Hügel, *Essays & Addresses on the Philosophy of Religion* (London: J. M. Dent and Sons, Ltd., 1926), p. 54.
- 3 Karl Barth, *Epistle to the Romans* (London: Oxford University Press, 1960), p. 327.
- 4 Flannery O'Connor, *Mystery and Manners* (New York: Farrar, Straus and Giroux, 1961), p. 94.
- 5 La conclusión lógica que el libro de Jeremías falla en darnos es dada extrabíblicamente (como suele suceder) por la *Vida de los Profetas* del siglo primero. Un final más satisfactorio se nos da al combinar el honor de un héroe entre los egipcios y la muerte de un mártir a manos de los judíos. "El era de Ananot y murió en Taphenes en Egipto, apedreado a muerte por los judíos. Está enterrado en el lugar en donde se levantaba el palacio del faraón; porque los egipcios le tenían gran estima debido al beneficio que había recibido a través de él. Porque por medio de sus oraciones, las serpientes a las cuales los egipcios llamaban *epoth* se apartaban de ellos; e incluso hoy en día los fieles siervos de Dios oran en aquel lugar y quitando del polvo del lugar curan las picadas de serpiente". Charles Cutler Torrey, *The Lives of the Prophets*, Texto en griego y traducción. (Philadelphia: Society of Biblical Literature and Exegesis, 1946), p. 35.

Si corriste con los de a pie y te cansaron, ¿cómo contendrás con los caballos? –Jeremías 12:5

Todos anhelamos vivir una vida plena, unir libertad y espontaneidad con propósito y significado. Entonces, ¿por qué con tanta frecuencia hallamos nuestras vidas tan aburridas e insípidas, tan rutinarias; y otras veces en cambio tan frenéticas, tan llenas de actividad, pero aún así carentes de una plena realización? ¿Cómo aprendemos a arriesgarnos, a confiar, a perseguir la perfección y la excelencia, a competir con los caballos en medio de la vida actual?

En una serie de profundas reflexiones sobre la vida del profeta Jeremías, Eugene Peterson explora la esencia de lo que significa ser genuina y completamente humano. Con un estilo lleno de humor y autorevelación, perspicacia y sabiduría, el autor ayuda a otros a fijar el camino en la búsqueda de una vida plena.

Eugene H. Peterson, antiguamente Profesor de Teología en Regent College, Vancouver, sirvió como pastor fundador de la Iglesia Presbiteriana Christ Our King, en Bel Air, Maryland. Traductor de *The Message*, una nueva versión en inglés de la Biblia ampliamente aclamada, es también el autor de varios libros, entre ellos *Una obediencia larga en la misma dirección*.

ISBN 158802-268-4



9 781588 022684